

21  
IDAD  
CCIÓN

PQ6521

D5

1875



1020018267



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

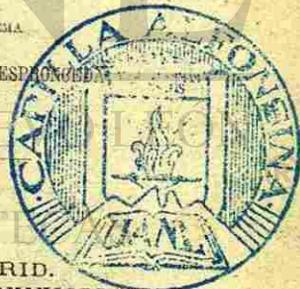
ANTIGUOS Y MODERNOS,  
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XIX.

EL DIABLO MUNDO,

POEMA.

DE D. JOSÉ ESPINOSA.



MADRID.  
DIRECCION Y ADMINISTRACION,  
calle de Leganillo

1876.

RESERVA DE LITERATURA

111349

PQ 6521

D5

1875



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE

Madrid, 1875.—IMP., EST. Y CALV. DE ARIDAÜ Y C.<sup>ta</sup>,  
SUCESORES DE RIVADENEYRA,  
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,  
calle del Duque de Osuna, número 3.

## EL DIABLO MUNDO,

POEMA

DE DON JOSÉ ESPRONCEDA.

CORO DE DEMONIOS.

Boguemos, boguemos,  
La barca empujad,  
Que rompa las nubes,  
Que rompa las nieblas,  
Los aires, las llamas,  
Las densas tinieblas,  
Las olas del mar.  
Boguemos, crucemos  
Del mundo el confin;  
Que hoy su triste cárcel quiebran  
Libres los diablos en fin,  
Y con música y estruendo  
Los condenados celebran,  
Juntos cantando y bebiendo,  
Un diabólico festín.

EL POETA.

¿Qué rumor  
Léjos suena,  
Que el silencio  
En la serena  
Negra noche interrumpió?  
¿Es del caballo la veloz carrera,  
Tendido en el escape volador,  
O el áspero rugir de hambrienta fiera,  
O el silbido tal vez del aquilon,  
O el eco ronco del lejano trueno  
Que en las hondas cavernas retumbó,  
O el mar que amaga con su hinchado seno,  
Nuevo Luzbel, al trono de su Dios?  
Densa niebla  
Cubre el cielo,  
Y de espíritus  
Se puebla  
Vagarosos,  
Que aquí el viento  
Y allí cruzan  
Vaporosos  
Y sin cuento.  
Y aquí tornan,  
Y allí giran,  
Ya se juntan,  
Se retiran,  
Ya se ocultan,  
Ya aparecen,  
Vagan, vuelan,  
Pasan, huyen,  
Vuelven, crecen,  
Disminuyen,

Se evaporan,  
Se coloran;  
Y entre sombras  
Y reflejos  
Cerca y léjos,  
Ya se pierden,  
Ya me evitan  
Con temor,  
Ya se agitan  
Con furor  
En aérea danza fantástica  
A mi alrededor.  
Vano enjambre de vanos fantasmas,  
De formas diversas, de vário color,  
En cabras y sierpes montados y en cuervos  
Y en palos de escobas, con sordo rumor,  
Baladros lanzan y aullidos,  
Silbos, relinchos, chirridos;  
Y en desacordado estrépito  
El fantástico escuadron  
Mueve horrenda algarabía,  
Con espantosa armonía  
Y horrisona confusion.  
Del toro ardiente al mugido  
Responde en ronco graznar  
La malhadada corneja,  
Y el agorero cantar  
De alguna hechicera vieja;  
El gato bufa y maulla,  
El lobo erizado aulla,  
Ladra furioso el mastín;  
Y ruidos, voces y acentos  
Mil se mezclan y confunden;  
Y pavor y miedo infunden  
Los bramidos de los vientos;

Que al mundo amagan su fin  
En guerra los elementos.

Relámpago rápido  
Del cielo las bóvedas  
Con luz rasga cárdena,  
Y encima descúbrese  
Jinete fantástico,  
Quizá el genio indómito  
De la tempestad.

De cien truenos juntos retumba el fragor  
En bosques, montañas, cavernas, torrentes :  
Quizá son del miedo los genios potentes,  
Que el cántigo entonan de espanto y terror.

Lanzando bramidos hórridos,  
Y tronchando añosos árboles,  
Irresistible su impetu,  
Teñida en colores lívidos,  
Gigante forma flamífera  
Cabalga en el huracán,  
Quizá el genio de la guerra,  
Cuya frente tornasola  
Con roja vaga aureola  
El relámpago fugaz.

Aquí retiembla la tierra,  
Allí rebrama la mar,  
Altísima catarata  
Zumba y despéñase allá :

Allí torrentes de lava  
Lanza mugiente volcan ;  
Aquí temerosa tromba  
Se agita en la tempestad,

Y agua, fuego, peñas, árboles  
Ávida sorbe al pasar ;  
Allí colgada la luna,  
Con torva cárdena faz,

Triste, fatídica, inmóvil,  
En la inmensa oscuridad,  
Más entristece que alumbra,  
Cual lámpara sepulcral.

Allí bramidos de guerra  
Se escuchan, y el golpear  
Del acero, y de las trompas  
El estrépito marcial ;

Aquí relinchar caballos  
Y estruendo de pelear ;  
Allí retumban cañones,  
Lamentos suenan allá,  
Y alaridos, voces, ayes,  
Y súplicas y llorar.

Aquí desgarradas músicas  
Y cantares, acullá  
Ruido de gentes que danzan  
Con bullicioso compas :  
Acá risas y murmullos,  
Riñas y gritos allá.

Allí el estruendo se escucha  
De amotinada ciudad,  
Carcajadas, órgias, brindis,  
Y maldecir y jurar ;

Aquí el susurro entre flores  
Del cefirillo galan ;  
Allí el eco interrumpido  
De algun suspiro fugaz ;

Ora un beso, una palabra,  
De alguna trova final :  
Todo en confusa discordia  
Se oye á un tiempo resonar.

Breve compendio es del mundo,  
La tartárea bacanal ;  
Y trastornan y confunden

Tanto estrépito á la par;  
Y aturden, turban, marean  
Tanta vision, tanto afan.

UN CORO.

Allá va la nave:  
¿Quién sabe dó va?  
¡Ay, triste el que fia  
Del viento y la mar!

UNA VOZ.

¿Qué importa? el destino  
Su rumbo marcó.  
¿Quién nunca sus leyes  
Mudar alcanzó?  
Allá va la nave:  
Bogad sin temor,  
Ya el aura la arrulle,  
Ya silbe Aquilon.

SEGUNDO CORO.

Venid, levantemos  
Segunda Babel;  
El velo arranquemos  
Que esconde el saber.

UNA VOZ.

Verdad, te buscamos:  
Osamos subir  
Al último cielo  
Volando tras tí  
Con noble avaricia  
Y en ánsia sin fin

De ver cuanto ha sido  
Y está por venir.

TERCER CORO.

Mentira, tú eres  
Luciente cristal,  
Color de oro y nácar  
Que encanta el mirar.

UNA VOZ.

Feliz á quien meces,  
Mentira, en tus sueños:  
Tú sola halagüefios  
Placeres nos das.  
¡Ay, nunca busquemos  
La triste verdad!  
La más escondida  
Tal vez ¿qué traerá?  
¡Traerá un desengaño,  
Con él un pesar!

VARIAS VOCES.

PRIMERA VOZ.

Yo combato por la gloria,  
Su corona es de laurel:  
Cántame versos, poeta,  
Póstrate, mundo, á mis piés.

SEGUNDA VOZ.

Yo levantaré un palacio  
Que oro y perlas ornarán:  
Príncipes serán mis siervos,  
El pueblo dios me creará,

TERCERA VOZ.

Venid, hermosas, á mí,  
Dadme deleite y amor,  
Voluptuosa pereza,  
Besos de dulce sabor;  
Y entre perfumes y aromas,  
Bullentes vinos, y al són  
Del arpa, blanda me arrulle  
Y armoniosa vuestra voz.

CUARTA VOZ.

Venid, empujadme,  
La cima toqué;  
Subidme, que luégo  
La mano os daré.

QUINTA VOZ.

¡Ay! yo caí de la elevada cumbre  
En honda sima que á mis piés se abrió:  
Grande es mi pena, larga mi agonía!...  
¡Una mano! ¡ayudadme! ¡compasion!

SEXTA VOZ.

Errante y amarrado á mi destino  
Vago solo y en densa oscuridad;  
Siempre viajando estoy, y mi camino  
Ni descanso ni término tendrá!

SÉPTIMA VOZ.

Sin pena vivamos  
En calma feliz;  
Gozar es mi estrella,  
Cantar y reir.

OCTAVA VOZ.

¿Quién calmará mi dolor?  
¿Quién enjugará mi llanto?  
¿No habrá alivio á mi quebranto?  
¿Nadie escucha mi clamor?

EL POETA.

¿Dónde estoy? tal vez bajé  
A la mansion del espanto;  
Tal vez yo mismo creé  
Tanta vision, sueño tanto,  
Que donde estoy ya no sé.

Hórrida turba, quizá  
Que en tormenta y confusion  
A anunciar al mundo va  
Su ruina y desolacion,  
Mensajeros de Jehová,

¿Quiénes sois, genios sombríos,  
Que junto á mí os agolpais?  
¿Sois vanos delirios míos,  
O sois verdad? ¿Qué buscais?  
¿Qué quereis? ¿A dónde vais?

Mas de la célica cumbre  
Llameante catarata  
En ondas de viva lumbre  
Súbito miro saltar.

Y ola tras ola de fuego  
Vuela en el aire y se alcanza  
Con estruendo y furor ciego,  
Como despeñado mar.

Y al hondo abismo en seguida  
Se precipita y se pierde  
La catarata encendida

Que en arco rápido cae.  
Océano inmenso volcado  
Rojos los aires incendia ;  
En tumbos arrebatado  
Recia tormenta lo trae.  
Y en medio negra figura  
Levantada en pie se mece,  
De colosal estatura  
Y de imponente ademan ;  
Sierpes en su cabellera  
Que sobre su frente silban ;  
Su boca espantosa y fiera  
Como el cráter de un volcan.  
De duendes y trasgos  
Muchedumbre vana  
Se agita y se afana  
En pos su señor ;  
Y allí entre las llamas  
Resbalan, se lanzan,  
Y juegan y danzan  
Saltando en redor.  
Bullicioso séquito  
Que vienen y van,  
Visiones fosfóricas,  
Ilusion quizá :  
Trémulas imágenes  
Su marcada faz,  
Su voz sordo estrépito  
Que se oye sonar,  
Cual zumbido unísono  
De mosca tenaz.  
Allí entre las llamas,  
Hirviendo en monton ,  
No cesa su ronco  
Monótono són ,

Murmurando á un tiempo mismo  
Todos juntos y á una voz,  
Y apareciéndose súbito  
Ora fuego, ora vapor.  
Tendió una mano el infernal gigante  
Y la turba calló ; y oyóse sólo  
En silencio el estrépito atronante  
Del flamígero mar ; luégo un acento  
Claro, distinto, rápido y sonoro  
Por la vaga region cruzó del viento  
Con rara melancólica armonía,  
Que brotaba doquiera ,  
Y un eco en derredor lo repetía.  
Voz admirable, y vaga, y misteriosa  
Viene de allá y del alto firmamento,  
Crece bajo la tierra temblorosa,  
Vaga en las alas del callado viento ;  
Voz de amargo placer, voz dolorosa,  
Incomprensible, mágico portento ;  
Voz que recuerda al alma conmovida  
El bien pasado y la ilusion perdida.  
« ¡Ay! » exclamó con lamentable queja ;  
Y en torno resonó triste gemido,  
Como el recuerdo que en el alma deja  
La voz de la mujer que hemos querido.  
« ¡Ay! ¡cuán terrible condiccion me aqueja  
Para llorar y maldecir nacido,  
Víctima yo de mi fatal deseo,  
Que cumplirse jamas mis ansias veo.  
» ¿Quién es Dios? ¿Dónde está? Sobre la cumbre  
De eterna luz que altísima se ostenta,  
Tal vez en trono de celeste lumbre  
Su incomprensible majestad se asienta :  
De mundos mil la inmensa pesadumbre  
Con su mano tal vez rige y sustenta,

Sempiterno, infinito, omnipotente,  
Invisible doquier, doquier presente.

»Y allá en la gran Jerusalen divina  
Tal vez escucha en holocausto santo  
Del querub que á sus piés la frente inclina  
Voces que exhalan armonioso canto.

La máquina sonora y cristalina  
Del mundo rueda en derredor, en tanto;  
Y entre aromas, y gloria, y resplandores,  
Recibe humilde adoracion y amores.

» ¡Santo, Santo! los ángeles le cantan ;  
¡ Hosanna, Hosanna! en las alturas suena;  
Rayos de luz perfilan y abrillantan  
Nube de incienso y transparencia llena ;  
Y en ella con murmullo se levantan,  
Paz demandando á la mansion serena,  
Las preces de los hombres en su duelo,  
Y paz les vuelve y bendicion el cielo.

» ¿ Es Dios tal vez el Dios de la venganza,  
Y hierve el rayo en su irritada mano,  
Y la angustia, el dolor, la muerte lanza  
Al inocente que le implora en vano?  
¿ Es Dios el Dios que arranca la esperanza,  
Frívolo, injusto y sin piedad tirano,  
Del corazon del hombre, y le encadena,  
Y á eterna muerte al pecador condena?

» Embebido en su inmenso poderío,  
¿ Es Dios el Dios que goza en su hermosura,  
Que arrojó el universo en el vacío,  
Leyes le dió y abandonó su hechura?  
¿ Fué vanidad del hombre y desvarío  
Soñarse imagen de su imagen pura?

¿ Es Dios el Dios que en su eternal sosiego  
Ni vió su llanto, ni escuchó su ruego?

» ¿ Tal vez secreto espíritu del mundo,

El universo anima y alimenta,  
Y derramando su hálito fecundo,  
Alborota la mar y el cielo argenta,  
Y á cuanto el orbe en su ámbito profundo  
Tímido esconde ó vanidoso ostenta,  
Presta con su virtud desconocida  
Alma, razon, entendimiento y vida?

» ¿ Y es Dios tal vez la inteligencia osada  
Del hombre, siempre en ansias insaciable,  
Siempre volando y siempre aprisionada  
De vil materia en cárcel deleznable?

¿ A esclavitud eterna condenada,  
A fiera lucha, á guerra interminable,  
Tal vez estás, divinidad sublime,  
Que otra divinidad de inercia oprime?

» ¿ Y es en su vida el Universo entero  
Himitado campo de pelea ;  
Cada elemento un triste prisionero  
Que su cadena quebrantar desea ;  
Y ardes en todo, espíritu altanero,  
Lumbre, matriz, devoradora tea,  
Como el que oculto, misterioso aliento  
Mueve la mar con loco movimiento?

» ¿ Cuando tu guerra término tendrá,  
Y romperás tu lóbrega prision?  
¿ Su faz el universo cambiará?  
¿ Creará otros seres de inmortal blason,  
Ó la muerte silencio te impondrá?  
¿ Volarás fugitivo á otra region,  
Ó disipando la materia impura  
El mundo inundarás de tu hermosura?

» ¿ Quién sabe! acaso yo soy  
El espíritu del hombre  
Cuando remonta su vuelo  
A un mundo que desconoce;

Cuando osa apartar los rayos  
Que á Dios misterioso esconden,  
Y analizarle atrevido  
Frente á frente se propone.  
Entre tanto que impasibles  
Giran cien mundos y soles  
Bajo la ley que gobierna  
Sus movimientos acordes,  
Traspasa su estrecho límite  
La imaginacion del hombre,  
Jinete sobre las alas  
De mi espíritu veloces,  
Y otra vez va á mover guerra,  
A alzar rebeldes pendones,  
Y hasta el origen creador  
Causa por causa recorre;  
Y otra vez se hunde conmigo  
En los abismos, en donde  
En tiniebla y lobreguez  
Maldice á su Dios entónces.  
¡Ay! su corazón se seca,  
Y huyen de él sus ilusiones:  
Delirio son engañoso  
Sus placeres, sus amores;  
Es su ciencia vanidad,  
Y mentira son sus goces;  
¡Sólo es verdad su impotencia,  
Su amargura y sus dolores!  
»Tú me engendraste, mortal,  
Y hasta me distes un nombre;  
Pusiste en mí tus tormentos,  
En mi alma tus rencores,  
En mi mente tu ansiedad,  
En mi pecho tus furores,  
En mi labio tus blasfemias

E impotentes maldiciones;  
Me erigiste en tu verdugo,  
Me tributaste temores,  
Y entre Dios y yo partiste  
El imperio de los orbes.  
Y yo soy parte de tí,  
Soy ese espíritu insomne  
Que te excita y se levanta  
De su nada á otras regiones,  
Con pensamiento de ángel,  
Con mezquindades de hombre.  
»Tú te agitas como el mar  
Que alza sus olas enormes,  
Humanidad, en oleadas  
Por quebrantar tus prisiones.  
¿Y en vano será que empujes,  
Que ondas con ondas agolpes,  
Y de tu cárcel la linde  
Con vehemente furia azotes?  
¿Será en vano que tu mente  
A otras esferas remontes,  
Sin que los negros arcanos  
De vida y de muerte ahondes?  
¿Viajas tal vez hácia atrás?  
¿Adelante tal vez corres?  
¿Quizá una ley te subyuga?  
¿Quizá vas sin saber dónde?  
Las creencias que abandonas,  
Los templos, las religiones  
Que pasaron y que luégo  
Por mentira reconoces,  
¿Son quizá ménos mentira  
Que las que ahora te forjes?  
¿No serán tal vez verdades  
Los que tú juzgas errores!

»Mas tú, como yo, impulsada  
Por una mano de bronce,  
Allá vas, y en vano, en vano  
Descanso pides á voces.  
Los siglos se precipitan,  
Se hunden cien generaciones,  
Piérdense imperios y pueblos,  
Y el olvido los esconde;  
Y tú allá vas, allá vas  
Abandonada y sin norte,  
Despeñada y de tropel  
Y en aparente desorden;  
Y ora inundas la llanura,  
Allanas luégo los montes,  
No hay hondo abismo ni cielo  
Que á descubrir no te arrojes,  
Pobre, ciega, loca, errante,  
Aquí sagaz, allí torpe,  
Tú misma para ti misma  
Toda arcano y confusiones.  
»Y ya por senda trazada  
Viajes sometida y dócil,  
Y sigas crédula y paz  
Las huellas de tus mayores;  
Ya nuevas galas te vistas  
Y de las antiguas mofes,  
Y rebelde de tus hierros  
Muerdas ya los eslabones;  
Yo siempre marchó contigo;  
Y ese gusano que roe  
Tu corazón, esa sombra  
Que anubla tus ilusiones,  
Soy yo, el lucero caído,  
El ángel de los dolores,  
El rey del mal, y mi infierno

Es el corazón del hombre.  
¡Feliz mientras la esperanza  
¡Ay, tus delirios adorne!  
¡Infeliz cuando tu mente  
Los recuerdos emponzoñen,  
Y á la mar sin rumbo fijo  
Desesperado te arrojes!  
Ni un astro te alumbrará;  
Será en vano que á Dios nombres,  
Ora le reces sin fe,  
Ora su enojo provoques.  
Sólo el huracán y el trueno  
Responderán á tus voces,  
Sin hallar puerto ni playa  
Por más que anhelante bogues.  
Y al fin la materia muere;  
Pero el espíritu, ¿á dónde  
Volará? ¡Quién sabe! ¡Acaso  
Jamás sus cadenas rompa!!!»  
Dijo, y la ignea luminosa frente  
Dejó caer desesperado y triste,  
Y corrió de sus ojos larga fuente  
De emponzoñadas lágrimas; profundo  
Silencio en torno dominó un momento;  
Luégo en aéreo modulado acento  
Cien coros resonaron,  
Y allá en el aire en confusión cantaron.

PRIMER CORO.

Genios, venid, venid  
Vuestro mal con el hombre á repartir.

SEGUNDO CORO.

Ya la esperanza á los hombres  
Para siempre abandonó;

Los recuerdos son tan sólo  
Pasto de su corazón.

TERCER CORO.

Nosotros, genios del alma,  
Aunque en nosotros no cree,  
Somos su Dios, condenado  
Nuestro influjo á obedecer.

PRIMER CORO.

Genios, venid, venid  
Vuestro mal con el hombre á repartir.

UNA VOZ.

Yo turbaré sus amores,  
Disiparé su ilusión,  
Atizaré sus rencores  
Y haré eternos sus dolores,  
Mal llagado el corazón.

SEGUNDA VOZ.

Yo confundiré á sus ojos  
La mentira y la verdad,  
Y la ciencia y los sucesos  
Su mente confundirán.

TERCERA VOZ.

Marchitaré la hermosura,  
Rugaré la juventud;  
El alma que nació pura  
Renegará la virtud,  
Maldecirá de su hechura.

CUARTA VOZ.

Yo haré dudar del cariño  
Que muestra al tímido niño  
El corazón maternal;  
Y haré vislumbre al traves  
Del amor el interés  
Como su vil manantial.

QUINTA VOZ.

Una barra de oro  
Su Dios será,  
La avaricia del hombre  
La adorará:  
Viles pasiones  
Gobernarán tan sólo  
Sus corazones.  
Genios, venid, venid  
Vuestro mal con el hombre á repartir.

SEXTA VOZ.

Mi lanza impávida  
Derribará  
Ese Dios mísero  
De vil metal.  
Sobre sus aras  
Me asentaré,  
Y esclavo al hombre  
Dominaré.

Genios, venid, venid,  
Y esos esclavos á mi carro uncid.

SÉTIMA VOZ.

Yo romperé las cadenas,  
Daré paz y libertad,

Y abriré un nuevo sendero  
A la errante humanidad.

CORO.

¡Quién sabe! ; ¡Quién sabe!  
Quizá sueños son,  
Mentidos delirios,  
Dorada ilusión.

Genios, venid, venid  
Nuestro mal con el hombre á repartir.

Como nubes que en negra tormenta  
Precipita violento huracan,  
Y en confuso monton apiñadas,  
De tropel y siguiéndose van ;  
Y visiones y horrendas fantasmas,  
Monstruos raros de formas sin fin,  
Y palacios, ciudades y templos  
Nuestros ojos figuran allí ;  
Y entre masas espesas de polvo  
Desaparece la tierra tal vez,  
Cual gigante cadáver que cubre  
Vil mortaja de lienzo soez ;  
Como zumba sonante á lo léjos  
El doliente rugido del mar,  
Cuando rompe en las rocas sus olas  
Fatigadas de tanto luchar ;  
Y la brisa en la noche serena  
En sus ráfagas trae la cancion,  
Que al compas de los remos entona  
Que al dentro quizá un pescador ;  
Así, en turbio veloz remolino,  
El diabólico ejército huyó,  
Vagarosas pasaron sus sombras,

Y el crujir de sus alas sonó.  
Y en el yermo fantástico espacio  
Largo tiempo se oyó su cantar,  
Y á lo léjos el flébil quejido  
Poco á poco armonioso espirar.

Embargada y absorta la mente  
En incierto delirio quedó ;  
Y abrumada sentí que mi frente  
Un torrente de lava quemó.

Y en mi loca falaz fantasia  
Sus clamores y cántico oi ;  
Y el tumulto y su inquieta porfia  
Encerrado en mí mismo sentí.

Así al són agudo de bélica trompa  
Y al compas del golpe que marca el tambor,  
Brioso en alarde y magnífica pompa,  
En órden desfila guerrero escuadron.

Y espadas, fusiles, caballos, cañones,  
Pasan, y los ojos en confuso ven  
Brillar aún las armas, ondear los pendones,  
Fantásticas plumas del viento al vaiven,  
Relumbrar corazas, y el polvo y la gente ;  
Y se oye á lo léjos un vago rumor,  
Y queda en su encanto suspensa la mente,  
Y oír y ver piensa despues que pasó.

Mas ya del primer albor  
La luz pura tiñe el cielo,  
Y al naciente resplandor  
Naturaleza su velo  
Pinta con vário color.

Ya se esparce por el mundo  
Un armonioso contento,  
Un confuso movimiento,  
Que en pensamiento profundo  
Suspende el entendimiento.

¿ Es verdad lo que ver creo?  
¿ Fué un sueño lo que vi  
En mi loco devaneo?  
¿ Fué verdad lo que fingí?  
¿ Es mentira lo que veo?



## CANTO PRIMERO.

Sobre una mesa de pintado pino  
Melancólica luz lanza un quinqué,  
Y un cuarto, ni lujoso ni mezquino,  
A su reflejo pálido se ve.  
Suenan las doce en el reloj vecino  
Y el libro cierra que anhelante lee  
Un hombre ya caduco, y cuenta atento  
Del cansado reloj el golpe lento.

Carga despues sobre la diestra mano  
La ya rugosa y abrumada frente,  
Y un pensamiento fúnebre, tirano,  
Fija y domina, al parecer, su mente.  
Borrarlo intenta en su ansiedad en vano;  
Vuelve á leer, y en tanto que obediente  
Se somete su vista á su porfia,  
Lánzase á otra region su fantasia.

«¡ Todo es mentira y vanidad, locura! »  
Con sonrisa sarcástica exclamó;  
Y en la silla tomando otra postura,  
De golpe el libro y con desden cerró.  
Lóbrega tempestad su frente oscura  
En remolinos densos anubló,  
Y los áridos ojos quemó luégo  
Una sangrienta lágrima de fuego,

¿ Es verdad lo que ver creo?  
¿ Fué un sueño lo que vi  
En mi loco devaneo?  
¿ Fué verdad lo que fingí?  
¿ Es mentira lo que veo?



## CANTO PRIMERO.

Sobre una mesa de pintado pino  
Melancólica luz lanza un quinqué,  
Y un cuarto, ni lujoso ni mezquino,  
A su reflejo pálido se ve.  
Suenan las doce en el reloj vecino  
Y el libro cierra que anhelante lee  
Un hombre ya caduco, y cuenta atento  
Del cansado reloj el golpe lento.

Carga despues sobre la diestra mano  
La ya rugosa y abrumada frente,  
Y un pensamiento fúnebre, tirano,  
Fija y domina, al parecer, su mente.  
Borrarlo intenta en su ansiedad en vano;  
Vuelve á leer, y en tanto que obediente  
Se somete su vista á su porfia,  
Lánzase á otra region su fantasia.

«¡ Todo es mentira y vanidad, locura! »  
Con sonrisa sarcástica exclamó;  
Y en la silla tomando otra postura,  
De golpe el libro y con desden cerró.  
Lóbrega tempestad su frente oscura  
En remolinos densos anubló,  
Y los áridos ojos quemó luégo  
Una sangrienta lágrima de fuego,

«¡Ay! ¡Para siempre—dijo—la ufanía  
Pasó ya de la hermosa juventud,  
La música del alma y melodía,  
Los sueños de entusiasmo y de virtud!...  
Pasaron ¡ay! las horas de alegría,  
Y abre su seno hambriento el ataúd,  
Y único porvenir, sola esperanza,  
La muerte á pasos de gigante avanza.  
»¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es  
[la vida?  
¡Un misterio también!... Corren los años  
Su rápida carrera, y escondida  
La vejez llega envuelta en sus engaños:  
Vano es llorar la juventud perdida,  
Vano buscar remedio á nuestros daños;  
Un sueño es lo presente de un momento,  
Muerte es el porvenir, lo que fué, un cuento...  
»Los siglos á los siglos se atropellan,  
Los hombres á los hombres se suceden,  
En la vejez sus cálculos se estrellan,  
Su pompa y glorias á la muerte ceden;  
La luz que sus espíritus destellan  
Muere en la niebla que vencer no pueden,  
Y es la historia del hombre y su locura  
Una estrecha y hedionda sepultura.  
»¡Oh! ¡Si el hombre tal vez lograr pudiera  
Ser para siempre joven é inmortal,  
Y de la vida el sol le sonriera  
Eterno de la vida el manantial!  
¡Oh! ¡Cómo entonces venturoso fuera!  
Roto un cristal, alzarse otro cristal  
De ilusiones sin fin contemplaría,  
Claro y eterno sol de un bello dial...  
»Necio, dirán, ¿tu espíritu altanero  
Dónde te arrastra, que insensato quiere

En un mundo infeliz, perecedero,  
Vivir eterno mientras todo muere?  
¿Qué hay inmortal, ni áun firme y duradero?  
¿Qué hay que la edad con su rigor no altere?  
¿No ves que todo es humo, y polvo, y viento?  
¡Loco es tu afán, inútil tu lamento!...»

Todos más de una vez hemos pensado  
Como el honrado viejo en este punto;  
Y mucho nuestros frailes han hablado,  
Y Séneca y Platon sobre el asunto.  
Yo, por no ser prolijo ni cansado  
(Que ya impaciente á mi lector barrunto),  
Diré que, al cabo, de pensar rendido,  
Tendióse el viejo, y se quedó dormido.

Tal vez será debilidad humana  
Irse á dormir á lo mejor del cuento,  
Y cortado dejar para mañana  
El hilo que anudaba el pensamiento.  
Dicen que el sueño del olvido mana  
Blanco licor que calma el sentimiento;  
Mas ¡ay! ¡que á veces, fijo en una idea,  
Bárbaro en nuestro llanto se recrea!

Quedóse en su profundo sueño, y luégo  
¡Unavision!...—¡Vision!... Frunciendo el labio,  
Oigo que clama, de despecho ciego,  
Un crítico feroz.—Perdona ¡oh sabio!  
Sabio sublime, espérate te ruego,  
Y yo te juro por mi honor ¡oh Fabio!...  
(Si no es Fabio tu nombre, en este instante  
A dártelo me obliga el consonante)

Juro que escribo para darte gusto  
A tí solo, y al mundo entero enojo,  
Un libro en que á Aristóteles me ajusto,  
Como se ajusta la pupila al ojo:  
Mis reflexiones sobre el hombre justo

Que sirve á su razon, nunca á su antojo,  
Publicaré despues, para que el mundo  
Mejor se vuelva. ¡oh crítico profundo!

Que yo bien sé que el mundo no adelanta  
Un paso más en su inmortal carrera,  
Cuando algun escritor, como yo, canta  
Lo primero que salta en su mollera;  
Pero no es eso lo que á mí me espanta,  
Ni lo que acaso espantará á cualquiera;  
Terco escribo en mi loco desvarío  
Sin ton ni són y para gusto mio.

La zozobra del alma enamorada,  
La dulce vaguedad del sentimiento,  
La esperanza de nubes rodeada,  
De la memoria el dolorido ácento,  
Los sueños de la mente arrebatada,  
La fábrica del mundo y su portento,  
Sin regla ni compas canta mi lira:  
¡Sólo mi ardiente corazon me inspira!

Y á la extraña vision volviendo ahora  
Que al triste viejo apareció en su sueño  
(Que algunas veces cuando el alma llora,  
La muerte en consolarnos pone empeño,  
Y bienes y delirios atesera  
Que hacen más duro, al despertar, el ceño  
De la suerte fatal, que en esta vida  
Nos persigue con alma empedernida)

Es fama que soñó... y hé aquí una prueba  
De que nunca el espíritu reposa;  
Y esto otra vez á digresar me lleva  
De la historia del viejo milagrosa;  
Y á nadie asombre que afirmar me atreva  
Que siendo el alma la materia odiosa,  
Aquí, para vivir en santa calma,  
O sobra la materia ó sobra el alma.

Quiere aquélla el descanso, y en el lodo  
Nos hunde perezosa y encenaga;  
Esta presume adivinarlo todo,  
Y en la region del infinito vaga.  
Flojo, torpe, á traspies, como un beodo  
Que con sueños su mente el vino estraga,  
La materia al espíritu obedece,  
Hasta que yerta al fin cede y fallece.

Llaman pensar así filosofía,  
Y al que piensa filósofo, y ya siento  
Haberme dedicado á la poesia  
Con tan raro y profundo entendimiento.  
¡Yo con erudicion, cuánto sabria!...  
Mas vuelta á la vision y vuelta al cuento,  
Aunque, ahora que un sastre es *esprit-fort*,  
No hay ya vision que nos inspire horror.

Más me valiera el campo lisonjero  
Correr de la política, y revista  
Pasar con tanto sabio y financiero,  
Bibliógrafo, letrado y alquimista,  
Orador, diplomático, guerrero,  
Filósofo, erudito y periodista  
Como honra el siglo: espléndidos varones,  
¡Dicha no, pero honor de las naciones!

Y mucho más sin duda me valiera  
Que no andar por el mundo componiendo,  
De niño haber seguido una carrera  
De más provecho y de menor estruendo;  
Que si no sabio, periodista fuera,  
Que es punto ménos; mas ¡dolor tremendo!  
Mis estudios dejé á los quince años  
¡Y me entregué del mundo á los engaños!  
¡Oh padres! ¡Oh tutores! ¡Oh maestros,  
Los que educais la juventud sencilla,  
Sigán senda mejor los hijos vuestros

Donde la antorcha de las ciencias brilla !  
Tenderos ricos, abogados diestros,  
Del foro y de la bolsa maravilla  
Pueden ser, y si no, sean diputados  
Graves, serios, rabiosos, moderados.

Y si llega á ministro el tierno infante,  
Llanto de gozo ¡oh padres! derramad,  
Al contemplarle demandar triunfante  
*A las Cortes un bill de indemnidad.*

Perdon, lector, mi pensamiento errante  
Flota en medio á la turbia tempestad  
De locas reprensibles digresiones :

¡Siempre juguete fui de mis pasiones!...

Por la inerte materia vaga incierta  
El alma en nuestra fábrica escondida ;  
A otra vida durmiendo nos despierta,  
Vida inmortal, á un punto reducida.

De la esperanza la sabrosa puerta  
El espíritu abre, y la perdida  
Memoria renovando, allí en un punto  
Cuanto fué, es y será, presenta junto.

¿Será que el alma su inmortal esencia  
Entre ensueños revela, y desatada  
Del tiempo y la medida su existencia,  
La eternidad formula á la espantada  
Mente oscura del hombre? ¡Oh ciencia, oh ciencia,  
Tan grave, tan profunda y estirada!

Vergüenza ten y permanece muda :

¿Puedes tú acaso resolver mi duda?  
Duerme entre tanto el venerable anciano,  
Mientras que yo discurre sin provecho,

Figuras mil en su delirio insano  
Fingiéndolo en torno á su encantado lecho.  
El sueño su invisible y grave mano  
Posando silencioso sobre el pecho,

Formas de luz y de color sombrío  
Arroja al huracan del desvarío.

Y como el polvo en nubes que levanta  
En remolinos rápidos el viento  
Formas sin forma, en confusion que espanta,  
Alza el sueño en su vértigo violento;  
Del vano reino el limite quebranta  
Vago escuadron de limites sin cuento,  
Y otros mundos al viejo aparecian,  
Y esto los ojos de su mente viañ.

En lóbrego abismo que sombras eternas  
Envuelven en densa tiniebla y horror,  
Do reina un silencio que nunca se altera,

Y ahuyenta el olvido del mundo el rumor,  
Con lástima y pena, mirando al anciano,

Vaporosa sombra de un lejano bien,  
De vagos contornos confusa figura,  
Cual bello cadáver, se alzó una mujer.

Y oyóse en seguida lánguida armonía,  
Música suave, y luégo una voz  
Cantó, que el oído no la percibia,  
Sino que tan sólo la oyó el corazon :

Débil mortal, no te asuste

Mi oscuridad ni mi nombre ;

En mi seno encuentra el hombre

Un término á su pesar.

Yo compasiva le ofrezco

Léjos del mundo un asilo,

Donde á mi sombra tranquilo

Para siempre duerma en paz.

Isla yo soy de reposo

En medio el mar de la vida,

Y el marinero allí olvida

La tormenta que pasó :

Allí convidan al sueño  
Aguas puras sin murmullo,  
Allí se duerme al arrullo  
De una brisa sin rumor.  
Soy melancólico sauce  
Que su ramaje doliente  
Inclina sobre la frente  
Que arrugara el padecer,  
Y aduerme al hombre, y sus sienas  
Con fresco jugo rocia,  
Mientras el ala sombría  
Bate el olvido sobre él.

Soy la virgen misteriosa  
De los últimos amores,  
Y ofrezco un lecho de flores  
Sin espinas ni color,  
Y amante doy mi cariño  
Sin vanidad ni falsía:  
No doy placer ni alegría,  
Mas es eterno mi amor.

En mí la ciencia enmudece,  
En mí concluye la duda,  
Y árida, clara, desnuda  
Enseño yo la verdad;  
Y de la vida y la muerte  
Al sabio muestro el arcano,  
Cuando al fin abre mi mano  
La puerta á la eternidad.

Vén, y tu ardiente cabeza  
Entre mis manos reposa;  
Tu sueño, madre amorosa,  
Eterno regalaré.  
Vén, y yace para siempre  
En blanda cama mullida,  
Donde el silencio convida

Al reposo y al no sér.

Deja que inquieten al hombre,  
Que loco al mundo se lanza,  
Mentiras de la esperanza,  
Recuerdos del bien que huyó:  
Mentira son sus amores,  
Mentira son sus victorias,  
Y son mentira sus glorias,  
Y mentira su ilusion.

Cierre mi mano piadosa  
Tus ojos al blando sueño,  
Y empape suave beleño  
Tus lágrimas de dolor:  
Yo calmaré tu quebranto  
Y tus dolientes gemidos,  
Apagando los latidos  
De tu herido corazon.

¿ Visteis la luna reflejar serena  
Entre las aguas de la mar sombría,  
Cuando se calma nuestra amarga pena,  
Y siente el corazon melancolía,  
Y el mar que allá á lo léjos se dilata,  
Imágen de la oscura eternidad,  
Y el horizonte azul bañado en plata,  
Rico José! que desvanece el mar?  
¿ Y del aura sutil que se desliza  
Por las aguas oísteis el murmullo,  
Cuando las olas argentadas riza  
Con blanda queja y con doliente arrullo?  
¿ Y sentísteis tal vez un tierno encanto,  
Una voz que regala el corazon,  
Dulce, inefable y misterioso canto  
De vago afán é incomprensible amor?  
Blanda así la quimérica armonía

Sonó del melancólico cantar ;  
Vibraciones del alma y melodía  
De un corazón que fatigó el pesar.

Y la amorosa y pálida figura  
Los amarillos brazos extendió ;  
Y sus lánguidos ojos de dulzura  
Al triste viejo con piedad volvió.

Ojos sin luz cuya mirada hiela,  
Íntima, intensa el corazón domina,  
En densas sombras los sentidos vela,  
En mudo pasmo la razón fascina.

Coagularse su sangre el viejo siente  
Poco á poco en sus venas con sabroso  
Desmayo, y que se trueca su impaciente  
Afan en un letargo vaporoso.

Entorpece sus miembros y embriaga  
Su mente aquella mágica figura ;  
La breve luz de su existencia apaga  
Con su mirada de fatal ternura.

Sus labios besa con mortal anhelo  
Carifosa la pálida visión ;  
Y á las entrañas se desprende el hielo  
De sus áridos labios sin color.

Sus ojos fijos en los muertos ojos,  
Desvanecidos de mirar sentía  
Los rayos de su luz, yertos despojos  
Que la mirada mágica absorbía.

Por su cuerpo un deleite serpeaba,  
Sus nervios suavemente entumeciendo ;  
Y el espíritu dentro resbalaba,  
Grato sopor y languidez sintiendo.

Ya su delgada, amarillenta mano,  
Sobre su pecho á reposarla extiende ;  
Y exánime, mirándola el anciano,  
Yerto é inmóvil su destino atiende.

Así al viajero fatigado, cuando  
El sueño los sentidos entorpece,  
Las fuerzas poco á poco van faltando,  
Y el cuerpo perezoso desfallece ;

Y perdido en el áspera montaña,  
Sobre la nieve desplomado cae,  
Su juicio se devana y enmaraña,  
Gratas visiones su desmayo trae ;

Y lenta y muellemente adormecida  
La máquina mortal, lánguidamente  
Bostezar torpe la ondulante vida  
Entre los brazos de la muerte siente.

¿ Será que consumida por los años  
Sienta placer la vida fatigada,  
En dejar de este mundo los engaños,  
El término al tocar de su jornada ?

La trabazón de la materia inerte  
Desatada, ¿ disuelto el cuerpo espira,  
Y el espíritu, cerca ya la muerte,  
Por la perdida libertad suspira ?

Rendido en tanto el moribundo anciano,  
Con deleite la eterna paz espera ;  
Su mano estrecha la aterida mano  
Que marca el fin de su vital carrera,

Cuando á otra parte con estruendo el suelo  
Crujir y el muro de su estancia siente,  
Y ven sus ojos un inmenso cielo  
Desarrollarse en luz de oro candente,

Rico manto de lumbre y pedrería,  
Tachonado de soles á millares,  
Olas de aljofarada argentería  
Meciendo el aire en esparcidos mares.

Y un sol con otro sol que se eslabona  
En torno á una deidad orlan su frente ;  
Y los rayos de luz de su corona

En un velo la envuelven trasparente.

Majestuosa, diáfana y radiante  
Su hermosura en su lumbré se confunde,  
Agitada columna coruscante,  
Júbilo y vida por doquier difunde.

Eterno amor, inmarcesibles glorias,  
Armas, coronas de oro y de laurel,  
Triunfos, placeres, esplendor, victorias,  
Ilusiones, riquezas y poder:

Eterna vida, eterno movimiento,  
Los sueños de la dulce poesía,  
El sonoro y quimérico contento  
De la rica extasiada fantasía;

El eco blando del primer suspiro,  
La dulce queja del primer amor,  
La primera esperanza y el respiro  
Que pura exhala la aromosa flor;

La faz hermosa de la noche en calma  
Y el són del melancólico laud,  
Los devaneos plácidos del alma,  
El sosiego y la paz de la virtud;

La santa dicha del hogar paterno,  
Del amigo la plática sabrosa,  
El blando sueño en el regazo tierno  
De la feliz, enamorada esposa;

El puro beso del alegre niño  
Que en torno de sus padres juguetea,  
Prenda de amor, emblema del cariño  
En que el alma gozosa se recrea;

La fe, la religion, bálsamo suave  
Que vierte en el espíritu consuelo,  
Y de las ciencias el estudio grave  
Que alza la mente á la region del cielo;

La máquina del mundo y su hermosura  
Que arrobado el espíritu contempla;

La augusta soledad que la amargura  
Tal vez del alma combatida templea;

De la pasión el goce turbulento,  
Siguiendo atropellado á la esperanza,  
Ligero tamo que arrebató el viento  
Y despeñado á su ilusión se lanza;

El aplauso del mundo y la tormenta,  
Y el afán y el horrisono vaiven,  
El noble orgullo y la ambición sangrienta,  
De nombre avara y de esplendente prez;

Del tronante cañon el estampido,  
El lujo y el furor de la batalla,  
Del corazón el bélico latido,  
Que hace que hierva la abrasante malla;

El oro que famélico codicia  
El hombre y en montones lo atesora,  
Alimento infernal de la avaricia,  
Que hambre más siente cuanto más devora;

La crápula, el escándalo y mareo  
De, en vicios rica, estrepitosa orgía,  
El pudor resistiéndose al deseo  
Y mezclándose el vino en la porfía;

La alegre danza en movimiento blando  
Que orna voluptuosa liviandad,  
Al goce, al apetito convidando  
Con sus mórbidas formas la beldad;

Cuanto fingió é imaginó la mente,  
Cuanto del hombre la ilusión alcanza,  
Cuanto creára la ansiedad demente,  
Cuanto acaricia en sueños la esperanza

La radiante visión maravillosa  
Brinda con mano pródiga en monton,  
Y en óptica ilusoria y prodigiosa  
Pasar el viejo ante sus ojos vió.

Y entre aplausos, y músicas, y estruendo,

Y de ella en pos la humanidad entera,  
Y en torno de ella armónica volviendo  
En giro eterno la argentada esfera,  
Suenan voces y cánticos sonoros  
Que el aire en ecos derramando hienden,  
Y ángeles mil, en matizados coros  
El aire rasgan y en fulgor lo encienden.  
Y una voz como ráfaga de viento,  
Palpitando de vida y de armonía  
Sobre el vário magnífico concierto,  
Así cantando resonar se oía.

¡Salve, llama creadora del mundo,  
Lengua ardiente de eterno saber,  
Puro gérmen, principio fecundo  
Que encadenas la muerte á tus piés !  
Tú la inerte materia espoleas, ¡  
Tú la ordenas juntarse y vivir,  
Tú su lodo modelas, y creas  
Miles seres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano  
Vencedora la muerte tal vez ;  
De sus restos levanta tu mano  
Nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas,  
Tú revistes los cielos de azul,  
Tú la luna en las sombras argentas,  
Tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,  
Verde pompa á los árboles das,  
Melancólica música al río,  
Ronco grito á las olas del mar.

Tú el aroma en las flores exhalas,  
En los valles suspiras de amor,  
Tú murmuras del aura en las alas,

En el Bóreas retumba tu voz.  
Tú derramas el oro en la tierra  
En arroyos de hirviente metal,  
Tú abrillantas la perla que encierra  
En su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes extiendes,  
Negro manto que agita Aquilon ;  
Con tu aliento los aires enciendes,  
Tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,  
Manantial sempiterno del bien ;  
Luz del mismo Hacedor desprendida,  
Juventud y hermosura es tu sér.

Tú eres fuerza secreta que el mundo  
En sus ejes impulsa á rodar,  
Sentimiento armonioso y profundo  
De los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan  
Incansables artifices son,  
Del espíritu ardiente cincelan  
Y embellecen la estrecha prision.

Tú en violento, veloz torbellino  
Los empujas enérgica, y van ;  
Y adelante en tu rudo camino  
A otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se alzando,  
Desparecen y llegan sin fin,  
Y en su eterno trabajo se alcanzan,  
Y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean  
En tu inmenso taller sin cesar,  
Y en la tosca materia golpean,  
Y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo Océano  
Flota el hombre en perpétuo vaiven,

Y derrama abundante su mano  
La creadora semilla en su sér.  
Hombre débil, levanta la frente,  
Pon tu labio en su eterno randal;  
Tú serás como el sol en Oriente,  
Tú serás, como el mundo, inmortal.

Calló la voz y el armonioso coro,  
Y el estruendo y la música siguió;  
Y repitiendo el cántico sonoro  
Turbas inmensas pasan en monton.  
Sus alas lanzan luminosa estela,  
Como la nave en la serena mar;  
Y entre su viva luz la luz riela  
Más pura de la imágen inmortal.  
Cruzando va cual fulgurante tromba  
Su cortejo magnífico en redor;  
Y el viento rompe cual lanzada bomba  
Sobre otros soles desprendido sol.  
Atónito la faz alza el anciano,  
Como el que vuela en sí en el ataud,  
Con ánsia, angustia y con delirio insano  
Aire buscando y anhelando luz;  
Que en el regazo del no sér dormido,  
El alto estruendo en su estupor sintió,  
El intrépido canto hirió su oído,  
Y súbito sus nervios sacudió.

Y el yerto brazo de la sombra fría  
Que vierte al corazón hielo mortal,  
Aparta con su afán en su agonía,  
Volar ansiando á la gentil deidad.  
Y entrambos brazos con anhelo tiende,  
Atento, el canto animador escucha,  
De la vision de muerte se desprende,  
Y por moverse y levantarse lucha.

Los ojos abre al resplandor inciertos,  
La luz buscando que su luz excita,  
Sienten grato calor sus miembros muertos,  
Con nuevo ardor su corazón palpita.

La sangre hierve en las hinchadas venas,  
Siente volver los juveniles bríos;  
Y ahuyentan de su frente albas serenas  
Los pensamientos de la edad sombríos.

Y desprendidas ráfagas de lumbre  
Su cuerpo bañan y su sien circundan;  
Torrentes mil, de la argentada cumbre  
Vertiendo vida, en su esplendor le inundan.

Y bajando la diosa encantadora,  
Mecida en olas de encendido viento,  
En torno de él la tropa voladora  
Esparce juventud y movimiento.

Y su rostro se pinta de hermosura,  
Viste su corazón la fortaleza,  
Brilla en su frente juvenil tersura,  
Negros rizos coronan su cabeza.

El alma en su mirar se trasparente,  
Mirar sereno, vivido y ardiente;  
Y su robusta máquina alimenta  
La eterna llama que en el pecho siente.

Contra su seno la deidad le abraza,  
Y en su vuelo le envuelve y le ilumina;  
Y á su ruina y su destino enlaza  
El destino del mundo y su ruina.

«Tú los siglos hollarás  
(Sonó la voz de la altura),  
Pasar los hombres verás,  
Del mundo la edad futura  
Como el mundo correrás.  
»El sol que hoy nace en Oriente

Y que ilumina tu frente  
Pasarán edades cien,  
Y cual hoy resplandeciente  
La iluminará también.

»El crudo invierno, sombrío,  
Del pintado Abril las flores,  
Las galas del bosque umbrío,  
Los rigurosos calores  
De los meses del estío

»Pasarán, y contarás  
Hora á hora y mes á mes,  
Y un año y otro verás,  
Y un siglo y otro despues,  
Sin que se acabe jamas.

»Y eternamente bogando  
Y navegando contino,  
Sin hallar descanso, andando  
Irás siempre, caminando,  
Sin acabar tu camino.

»Y los siglos girarán  
En perpétuo movimiento,  
Las naciones morirán,  
Y se escuchará tu acento  
En los siglos que vendrán.

»Pero si acaso algun día  
Lloras tal vez tu orfandad,  
Y al cielo clamás piedad  
Y en lastimosa agonía  
Maldices tu eternidad,

»Acuérdate que tú fuiste  
El que fijó tu destino;  
Que ser inmortal pediste  
Y arrojarte al torbellino  
De las edades quisiste.

»Y que el mundo te dará

Cuanto el mundo en sí contiene;  
Que tuyo el mundo será,  
Y ya para tí previene  
Cuanto ha tenido y tendrá.»

En tanto, el luciente coro  
Repitió luégo el cantar;  
Y remontándose al cielo  
La luz plegándose va

Entre nubes de oro y nácar  
Que esconden á la deidad;  
Y las voces en los aires  
Perdidas se escuchan ya  
Allá en lejana armonía  
Como un eco resonar:

«Y que el mundo te dará  
Cuanto el mundo en sí contiene;  
Que tuyo el mundo será,  
Y ya para tí previene  
Cuanto ha tenido y tendrá.»

Dicha es soñar cuando despierto sueña  
El corazón del hombre su esperanza,  
Su mente halaga la ilusion risueña  
Y el bien presente al venidero alcanza;  
Y tras la aérea y luminosa enseña  
Del entusiasmo, el ánimo se lanza  
Bajo un cielo de luz y de colores,  
Campos pintados de fragantes flores.

Dicha es soñar, porque la vida es sueño,  
Lo que fingió tal vez la fantasía,  
Cuando embriagada en lánguido beleño  
A las regiones del placer nos guía;  
Dicha es soñar, y el riguroso ceño  
No ver jamas de la verdad impía;

Dicha es soñar, y en el mundano ruido

Vivir soñando y existir dormido.

Y un sueño á la verdad pasa la vida,  
Sueño al principio de dorada lumbre,  
Senda de flores mil, fácil subida

Que á un monte lleva de lozana cumbre;

Después vereda áspera y torcida,

Monte de insuperable pesadumbre,

Donde cansada de una en otra breña,

Llora la vida y lo pasado sueña.

Sueños son los deleites, los amores,

La juventud, la gloria y la hermosura;

Sueños las dichas son, sueños las flores,

La esperanza, el dolor, la desventura;

Triunfos, caídas, bienes y rigores

El sueño son que hasta la muerte dura,

Y en incierto y continuo movimiento

Agita el ambicioso pensamiento.

Siento no sea nuevo lo que digo,

Que el tema es viejo y la palabra rancia,

Y es trillado sendero el que ahora sigo,

Y caminar por él ya es arrogancia.

En la mente, lector, se abre un postigo,

Sale una idea y el licor escancia

Que brota el labio y que la pluma vierte,

Y en palabras y frases se convierte.

*Nihil novum sub sole*, dijo el sabio;

*Nada hay nuevo en el mundo*, harto lo siento,

Que, como dicen vulgarmente, rabio

Yo por probar un nuevo sentimiento.

Palabras nuevas pronunciar mi labio,

Renovado sentir mi pensamiento

Ansio, y girando en dulce desvarío,

Ver nuevo siempre el mundo en torno mio.

Uniforme, monótono y cansado

Es sin duda este mundo en que vivimos;

En Oriente, de rayos coronado,

El sol que vemos hoy ayer le vimos;

De flores vuelve á engalanarse el prado,

Vuelve el otoño pródigo en racimos,

Y tras los hielos del invierno frío,

Coronado de espigas el estío.

¿Y no habré yo de repetirme á veces

Decir también lo que otros ya dijeron,

A mí, á quien quedan ya sólo las heces

Del rico manantial en que bebieron?

¿Qué habré yo de decir que ya con creces

No hayan dicho tal vez los que murieron,

Byron y Calderon, Shakspeare, Cervantes,

Y tantos otros que vivieron ántes?

Y áun asimismo ¿acertaré á decirlo?

¿Saldré de tanto enredo en que me he puesto?

Ya que en mi cuento entré, ¿podré seguirlo

Y el término tocar que me he propuesto?

Y aunque en mi empeño logre concluirlo

¿A tí no te será nunca molesto,

Oh caro comprador, que con zozobra

Imploro en mi favor, comprar mi obra?

Nada ménos te ofrezco que un poema

Con lances raros y revuelto asunto,

De nuestro mundo y sociedad emblema,

Que hemos de recorrer punto por punto.

Si logro yo desenvolver mi tema,

Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto

De la vida del hombre y la quimera

Tras de que va la humanidad entera.

Batallas, tempestades, amoríos

Por mar y tierra, lances, descripciones

De campos y ciudades, desafíos,

Y el desastre y furor de las pasiones;

Goces, dichas, aciertos, desvarios,  
Con algunas morales reflexiones  
Acerca de la vida y de la muerte,  
De mi propia cosecha, que es mi fuerte;

En varias formas, con diverso estilo,  
En diferentes términos, calzando  
Ora el coturno trágico de Esquilo,  
Ora la trompa épica sonando:  
Ora cantando plácido y tranquilo,  
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,  
Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,  
Y allá van versos donde va mi gusto.

Verás, lector, á nuestro humilde anciano,  
Que inmortal de su lecho se levanta,  
Lanzarse al mundo de su dicha ufano,  
Rico de la esperanza que le encanta.  
Verás luégo tambien... ¿pero á qué en vano  
Me canso en ofrecerte empresa tanta,  
Si hasta que el uno al otro nos cansemos  
Tú y yo en compañía caminando iremos?

Más vale prometerte poco ahora,  
Y algo despues cumplirte, lector mio,  
No empiece yo con voz atronadora  
Y luégo acabe desmayado y frio.  
No una altiva columna vencedora  
Que jamas rinda con su planta impio  
El tiempo destructor alzar intento;  
Yo con pasar mi tiempo me contento.

No es dado á todos alcanzar la gloria  
De alzar un monumento suntuoso  
Que eternice á los siglos la memoria,  
De algun hecho pasado grandioso;  
Quédele tanto al que escribí la historia  
De nuestro pueblo, al escritor lujoso,  
Al Conde que, del público tesoro,

Se alzó á sí mismo un monumento de oro.

Al que supo, erigiendo un monumento  
(Que tal le llama en su modestia suma) (1)  
Premio dar á su gran merecimiento  
Y en pluma de oro convertir su pluma;  
Al ilustre asturiano, al gran talento,  
Flor de la historia y de la hacienda espuma;  
Al necio audaz de corazon de cieno,  
A quien llaman el CONDE DE TORENO.

¡Oh gloria! oh gloria! lisonjero engaño,  
Que á tanta gente honrada precipitas!  
Tú al mercader pacífico en extrañio  
Guerrero truecas, y á lidiar le excitas;  
Su rostro vuelves bigotudo, hurafío,  
Con entusiasmo militar le agitas,  
Y haces que sea su mirada horrenda  
Susto de su familia y de su tienda.

Tú, al que otros tiempos acertaba apenas  
A escribir con fatigas una carta,  
Animas á dictar páginas llenas  
De verso y prosa en abundante sarta:  
Político profundo en sus faenas,  
Folletos traza, artículos ensarta,  
Suda y trabaja, y en manchar se emplea  
Resmas para envolver alcarabea.

Otros ¡oh gloria! sin aliento vagan  
Solicitos huyendo acá y allá,  
Suponen clubs, y con recelo indagan  
Cuándo el Gobierno á aprisionarlos va:  
A éstos, si los destierran, los halagan;  
Nadie en ellos pensó ni pensará,

(1) En una de las sesiones de esta última legislatura tuvo el egregio Conde la llaneza de decir que habia erigido á la gloria de su patria un monumento en su *Historia de la Revolucion de 1808*.

Y andan ocultos y mudando trajes,  
Creyéndose terribles personajes.

Estos por lo comun son buena gente,  
Son á los que llamamos *infelices*,  
Hombres todo entusiasmo y poca mente,  
Que no ven más allá de sus narices;  
Baza que el pecho denodado siente  
Antes que ¡oh fiero mandarín! atices  
Uno de tus legales ramalazos,  
Que les dobla ante el rey los espinazos.

Otros te siguen, engañosa gloria,  
Que allá en sus pueblos son pozos de ciencia,  
Que creyéndose dignos de la historia,  
Varones de gobierno y experiencia,  
Ansiosos de alcanzar alta memoria,  
O abusos corregir con su elocuencia,  
Diputados al fin se hacen nombrar,  
Tontos de buena fe pára callar.

Estos viven despues desesperados,  
Del ministro ademas dasatendidos,  
En el mundo político ignorados  
Y del pueblo tambien desconocidos;  
Andan en la cuestion extraviados,  
Siempre sin tino, torpes los sentidos;  
Dando á saber con pruebas tan acerbas,  
Que pierden fuerzas en mudando hierbas.

¿A todos, gloria, tu penden nos guía,  
Y á todos nos excita tu deseo:  
¿Apellidarse socio quién no ansía,  
Y en las listas estar del Ateneo?  
¿Y quién, aficionado á la poesía,  
No asiste á las reuniones del Liceo,  
Do la luz brilla dividida en partes  
De tanto profesor de bellas artes?

Es cierto que allí van tambien profanos

En busca de las lindas profesoras,  
Hombres sin duda en su pensar livianos,  
Que de todo hacen burla á todas horas,  
Sin gravedad, de entendimiento vanos,  
Gentes de natural murmuradoras,  
Que se mofáran de Villena mismo (1)  
Evocando los diablos del abismo.

Y yo ¡pobre de mí! sigo tu lumbre,  
Tambien ¡oh gloria! en busca de renombre,  
Tregar ansiando al templo de tu cumbre,  
Donde mi fama al universo asombre;  
Quiero que de tu rayo á la vislumbre  
Brille grabado en mármoles mi nombre,  
Y espero que mi busto adorne un día  
Algun salon, café ó peluquería.

O el lindo tocador de alguna hermosa  
Coronaré en figura de botella,  
Lleno mi hueco vientre de olorosa  
Agua que pula el rostro á la doncella;  
*L'eau véritable* de colonia y rosa  
El rótulo en francés dirá á mi huella;  
Que de su vida al fin tanto blason  
Ha logrado alcanzar Napoleon.

En tanto ablanda ¡oh público severo!  
Y muéstrame la cara lisonjera;  
Esto le pido á Dios, y algun dinero,  
Mientras sigo en el mundo mi carrera;  
Y porque fatigarte más no quiero,  
Caro lector, al otro canto espera,  
El cual sin falta seguirá, se entiende,  
Si éste te gusta y la edicion se vende.

(1) Todo el mundo sabe que el Marqués de Villena se hizo picar y encerrar en una redoma para renacer inmortal; tengo para mí que ha de ser fastidioso y dülzon al paladar el picadillo de sabio.

## CANTO II (1).

A TERESA.

DESCANSA EN PAZ.

Bueno es el mundo, bueno! bueno! bueno!  
Como de Dios al fin obra maestra,  
Por todas partes de delicia lleno,  
De que Dios ama al hombre hermosa muestra.  
Salga la voz alegre de mi seno  
A celebrar esta vivienda nuestra:  
¡Paz á los hombres! ¡gloria en las alturas!  
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

(*Maria*, POR DON MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.)

¿Por qué volveis á la memoria mia,  
Tristes recuerdos del placer perdido,  
A aumentar la ansiedad y la agonía  
De este desierto corazon herido?  
¡Ay! que de aquellas horas de alegría  
Le quedó al corazon sólo un gemido;  
Y el llanto que al dolor los ojos niegan  
Lágrimas son de hiel que el alma anegan.  
¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas  
De juventud, de amor y de ventura,  
Regaladas de músicas sonoras,  
Adornadas de luz y de hermosura?  
Imágenes de oro bullidoras,  
Sus alas de carmin y nieve pura

(1) Este canto es un desahogo de mi corazon: sáltele el que no quiera leerlo, sin escrúpulo, pues no está ligado de manera alguna al Poema. (*N. del A.*)

Al sol de mi esperanza desplegando,  
Pasaban ¡ay! á mi alrededor cantando.  
Gorjeaban los dulces ruiseñores,  
El sol iluminaba mi alegría,  
El aura susurraba entre las flores,  
El bosque mansamente respondia;  
Las fuentes murmuraban sus amores....  
¡Ilusiones que llora el alma mia!  
¡Oh, cuán suave resonó en mi oído  
El bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entónces cual guerrera nave  
Que el puerto deja por la vez primera,  
Y al soplo de los céfiro suave  
Orgullosa desplega su bandera,  
Y al mar dejando que sus piés alabe  
Su triunfo en roncos cantos va velera  
Una ola tras otra bramadora  
Hollando y dividiendo vencedora;  
¡Ay! en el mar del mundo, en ánsia ardiente  
De amor volaba; el sol de la mañana  
Llevaba yo sobre mi tersa frente,  
Y el alma pura de su dicha ufana;  
Dentro de ella el amor, cual rica fuente  
Que entre frescuras y arboledas mana,  
Brotaba entonces abundante río  
De ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento  
Exaltaba mi ánimo, y sentía  
En mi pecho un secreto movimiento,  
De grandes hechos generoso guía.  
La libertad con su inmortal aliento,  
Santa diosa, mi espíritu encendia,  
Contino imaginando en mi fe pura  
Sueños de gloria al mundo y de ventura.  
El puñal de Caton, la adusta frente

Del noble Bruto, la constancia fiera  
Y el arrojo de Scévola valiente,  
La doctrina de Sócrates severa,  
La voz atronadora y elocuente  
Del orador de Atenas, la bandera  
Contra el tirano Macedonio alzando  
Y al espantado pueblo arrebatando;  
El valor y la fe del caballero,  
Del trovador el arpa y los cantares;  
Del gótico castillo el altanero  
Antiguo torreón, do sus pesares  
Cantó tal vez con eco lastimero,  
¡Ayl arrancada de sus patrios lares,  
Jóven cautiva, al rayo de la luna,  
Contemplando su ausencia y su fortuna;

El dulce anhelo del amor que aguarda,  
Tal vez inquieto y con mortal recelo;  
La forma bella que cruzó gallarda,  
Allá en la noche, entre el medroso velo;  
La ansiada cita que en llegar se tarda  
Al impaciente y amoroso anhelo;  
La mujer y la voz de su dulzura,  
Que inspira al alma celestial ternura

A un tiempo mismo en rápida tormenta

Mi alma alborotaban de continuo,  
Cual las olas que azota con violento  
Cólera impetuoso torbellino.  
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta  
En mi voz escuchaba su destino;  
Ya al caballero, al trovador soñaba,  
Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto  
Que el alma sólo recogida entiende,  
Un sentimiento misterioso y santo,  
Que del barro al espíritu desprende

Agreste, vago y solitario encanto  
Que en inefable amor el alma enciende,  
Volando tras la imagen peregrina  
El corazón de su ilusión divina.

Yo, desterrado en extranjera playa,  
Con los ojos estáticos seguía  
La nave audaz que en argentada raya  
Volaba al puerto de la patria mía;  
Yo, cuando en Occidente el sol desmaya,  
Solo y perdido en la arboleda umbría,  
Oír pensaba el armonioso acento  
De una mujer al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo  
De la mágica luna se colora;  
Del sol poniente al lánguido desmayo,  
Léjos entre la nube se evapora;  
Sobre las cumbres que florece Mayo  
Brilla fugaz al despuntar la aurora;  
Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,  
Juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslizase en el cielo  
Allá en la noche desprendida estrella;  
Si aroma el aire recogió en el suelo,  
Es el aroma que le presta ella.

Blanca es la nube que en callado vuelo  
Cruza la esfera y que su planta huella;  
Y en la tarde la mar olas le ofrece  
De plata y de zafir, donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,  
Mujer que nada dice á los sentidos,  
Ensueño de suavísima ternura,  
Eco que regaló nuestros oídos;  
De amor la llama generosa y pura,  
Los goces dulces del amor cumplidos,  
Que engalana la rica fantasía,

Goces que avaro el corazon ansia.

¡Ay! aquella mujer, tan sólo aquella,  
Tanto delirio á realizar alcanza,  
Y esa mujer tan cándida y tan bella  
Es mentida ilusion de la esperanza:  
Es el alma que vívida destella  
Su luz al mundo cuando en él se lanza;  
Y el mundo con su magia y galanura  
Es espejo no más de su hermosura:

Es el amor que al mismo amor adora,  
El que creó las sílfides y ondinas,  
La sacra ninfa que bordando mora  
Debajo de las aguas cristalinas;  
Es el amor que recordando llora  
Las arboledas del Eden divinas:  
Amor de allí arrancado, allí nacido,  
Que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡celestial anhelo!  
¡Sentimiento purísimo! ¡memoria  
Acaso triste de un perdido cielo,  
Quizá esperanza de futura gloria!  
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!  
¡Oh mujer! que en imagen ilusoria  
Tan pura, tan feliz, tan placentera,  
Brindó el amor á mi ilusion primera!...

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mias,  
¡Ah! ¿dónde estais que no correis á mares?  
¿Por qué, por qué como en mejores dias,  
No consolais vosotras mis pesares?  
¡Oh! los que no sabeis las agonias  
De un corazon que penas á millares  
¡Ay! desgarraron y que ya no llora,  
Piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh, dichosos mil veces, sí, dichosos  
Los que podeis llorar! y ¡ay! sin ventura

De mí, que entre suspiros angustiosos  
Ahogar me siento en infernal tortural  
¡Retuércese entre nudos dolorosos  
Mi corazon, gimiendo de amargura!  
Tambien tu corazon, hecho pavesa,  
¡Ay! llegó á no llorar, pobre Teresa!

¿Quién pensára jamas, Teresa mia,  
Que fuera eterno manantial de llanto  
Tanto inocente amor, tanta alegría,  
Tantas delicias y delirio tanto?  
¿Quién pensára jamas llegase un dia  
En que, perdido el celestial encanto  
Y caida la venda de los ojos,  
Cuanto diera placer causára enojos?

Aun parece, Teresa, que te veo  
Aérea como dorada mariposa,  
Ensueño delicioso del deseo,  
Sobre tallo gentil temprana rosa,  
Del amor venturoso devaneo,  
Angélica, purísima y dichosa;  
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro  
Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aún miro aquellos ojos que robaron  
A los cielos su azul, y las rosadas  
Tintas sobre la nieve, que envidiaron  
Las de Mayo serenas alboradas;  
Y aquellas horas dulces que pasaron  
Tan breves ¡ay! como despues lloradas,  
Horas de confianza y de delicias,  
De abandono, y de amor, y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,  
Y pasaba á la par nuestra ventura;  
Y nunca vuestras ansias las contaban,  
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura:  
Las horas ¡ay! huyendo nos miraban,

Llanto tal vez vertiendo de ternura,  
Que nuestro amor y juventud veían  
Y temblaban las horas que vendrían.  
Y llegaron en fin. ¡Oh! ¿quién impío  
¡Ay! agostó la flor de tu pureza?  
Tú fuiste un tiempo cristalino río,  
Manantial de purísima limpieza;  
Después torrente de color sombrío,  
Rompiendo entre peñascos y maleza;  
Y estanque, en fin, de aguas corrompidas,  
Entre fétido fango detenidas.  
¿Cómo caíste despeñado al suelo,  
Astro de la mañana luminoso?  
Ángel de luz ¿quién te arrojó del cielo  
A este valle de lágrimas odioso?  
Aun cercaba tu frente el blanco velo  
Del serafín, y en ondas fulguroso  
Rayos al mundo tu esplendor vertía,  
Y otro cielo el amor te prometía.  
Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído,  
O mujer nada más y lodo inmundo,  
¡Hermoso sér para llorar nacido,  
O vivir como autómatas en el mundo!  
Sí, que el demonio en el Eden perdido,  
Abrasara con fuego del profundo  
La primera mujer; y ¡ay! aquel fuego  
La herencia ha sido de sus hijos luego.  
Brota en el cielo del amor la fuente  
Que á fecundar el universo mana,  
Y en la tierra su límpida corriente  
Sus márgenes con flores engalana;  
Mas ¡ay! huid: el corazón ardiente,  
Que el agua clara por beber se afana,  
Lágrimas verterá de duelo eterno,  
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no quereis que llegue un día  
En que enredado en retorcidos lazos  
El corazón, con bárbara porfía  
Lucheis por arrancároslo á pedazos;  
En que al cielo en histérica agonía  
Frenéticos alceis entrambos brazos,  
Para en vuestra impotencia maldecirle,  
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusión pasaron;  
Las dulces esperanzas que trajeron  
Con sus blancos ensueños se llevaron,  
Y el porvenir de oscuridad vistieron;  
Las rosas del amor se marchitaron,  
Las flores en abrojos convirtieron,  
Y de afán tanto y tan soñada gloria  
Sólo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! ¡al recordarte siento  
Un pesar tan intenso! Embarga impío  
Mi quebrantada voz mi sentimiento,  
Y suspira tu nombre el labio mío.  
Para allí su carrera el pensamiento,  
Hiela mi corazón punzante frío  
Ante mis ojos la funesta losa  
Donde, vil polvo, tu beldad reposa.

Y tú, feliz, que hallastes en la muerte  
Sombra á que descansar en tu camino  
Cuando llegabas mísera á perderte,  
Y era llorar tu único destino;  
¡Cuando en tu frente la implacable suerte  
Grababa de los réprobos el sino!  
¡Feliz! la muerte te arrancó del suelo,  
Y otra vez ángel te volviste al cielo.

Röida de recuerdos de amargura,  
Arido el corazón, sin ilusiones,  
La delicada flor de tu hermosura

Ajaron del dolor los aquilones.  
Sola, y envilecida, y sin ventura,  
Tu corazon secaron las pasiones.  
Tus hijos, ¡ay! de tí se avergonzáran,  
Y hasta el nombre de madre te negáran.  
Los ojos escaldados de tu llanto,  
Tu rostro cadavérico y hundido;  
Unico desahogo en tu quebranto,  
El histérico, ¡ay! de tu gemido:  
¡Quién, quién pudiera en infortunio tanto  
Envolver tu desdicha en el olvido,  
Disipar tu dolor y recogerte  
En su seno de paz? ¡Sólo la muerte!  
¡Y tan jóven, y ya tan desgraciada!  
Espiritu indomable, alma violenta,  
En tí, mezquina sociedad, lanzada  
A romper tus barreras turbulenta,  
Nave contra las rocas quebrantada,  
Allá vaga á merced de la tormenta,  
En las olas tal vez náufraga tabla,  
Que sólo ya de sus grandezas habla.  
Un recuerdo de amor que nunca muere  
Está en mi corazon, un lastimero  
Tierno quejido que en el alma hiere,  
Eco suave de su amor primero.  
¡Ay! de tu luz, en tanto yo viviere,  
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,  
Que iluminaste con tu luz querida  
La dorada mañana de mi vida.  
Que yo, como una flor que en la mañana  
Abre su cáliz al naciente dia,  
¡Ay! al amor abrí tu alma temprana,  
Y exalté tu inocente fantasía.  
Yo inocente tambien; ¡oh! cuán ufana  
Al porvenir mi mente sonreía;

Y en alas de mi amor, con cuánto anhelo  
Pensé contigo remontarme al cielo!  
Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,  
En tus brazos en lánguido abandono,  
De glorias y deleite rodeado  
Levantar para tí soñé yo un trono;  
Y allí, tú venturosa y yo á tu lado,  
Vencer del mundo el implacable encono,  
Y en un tiempo sin horas ni medida  
Ver como un sueño resbalar la vida.  
¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos  
Áridos ni una lágrima brotaban;  
Cuando ya su color tus labios rojos  
En cárdenos matices se cambiaban;  
Cuando de tu dolor tristes despojos  
La vida y su ilusion te abandonaban,  
Y consumía lenta calentura  
Tu corazon al par de tu amargura;  
Si en tu penosa y última agonía  
Volviste á lo pasado el pensamiento;  
Si comparaste á tu existencia un dia  
Tu triste soledad y tu aislamiento;  
Si arrojó á tu dolor tu fantasía  
Tus hijos ¡ay! en tu postrer momento  
A otra mujer tal vez acariciando,  
Madre tal vez á otra mujer llamando;  
Si el cuadro de tus breves glorias viste  
Pasar como fantástica quimera,  
Y si la voz de tu conciencia oiste  
Dentro de tí gritándote severa;  
Si, en fin, entónces tú llorar quisiste  
Y no brotó una lágrima siquiera  
Tu seco corazon, y á Dios llamaste  
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste;  
¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel! ¡martirio horrendo!

¡Espantosa expiación de tu pecado!  
¡Sobre un lecho de espinas maldiciendo  
Morir, el corazón desesperado!  
Tus mismas manos de dolor mordiendo,  
Presente á tu conciencia lo pasado,  
Buscando en vano con los ojos fijos,  
Y extendiendo tus brazos á tus hijos!  
¡Oh! ¡cruel, muy cruel!... ¡Ay! yo entre tanto  
Dentro del pecho mi dolor oculto,  
Enjugo de mis párpados el llanto  
Y doy al mundo el exigido culto.  
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,  
Mi propia pena con mi risa insulto,  
Y me divierto en arrancar del pecho  
Mi mismo corazón pedazos hecho.  
Gocemos, sí; la cristalina esfera  
Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!  
¡Quién á parar alcanza la carrera  
Del mundo hermoso que al placer convida?  
Brilla radiante el sol, la primavera  
Los campos pinta en la estación florida:  
Truéquese en risa mi dolor profundo...  
Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

### CANTO III.

«¡Cuán fugaces los años,  
» ¡Ay, se deslizan, Póstumo!» Gritaba  
El lírico latino, que sentía

Cómo el tiempo cruel le envejecía,  
Y el ánimo y las fuerzas le robaba.  
Y es triste, á la verdad, ver cómo huyen  
Para siempre las horas, y con ellas  
Las dulces esperanzas que destruyen  
Sin escuchar jamás nuestras querellas.  
¡Fatalidad! ¡fatalidad impia!  
Pasa la juventud, la vejez viene,  
Y nuestro pié, que nunca se detiene,  
Recto camina hácia la tumba fría.  
Así yo meditaba  
En tanto me afeitaba  
Esta mañana mismo, lamentando  
Cómo mi negra cabellera riza,  
Seca ya, como cálida ceniza,  
Iba por todas partes blanqueando;  
Y un triste adiós mi corazón sentido  
Daba á mi juventud, mientras la historia  
Corría mi memoria  
Del tiempo alegre por mi mal perdido,  
Y un doliente gemido  
Mi dolor tributaba á mis cabellos,  
Que canos se teñían,  
Pensando que ya nunca volverían  
Hermosas manos á jugar con ellos.  
¡Malditos treinta años,  
Fue esta edad de amargos desengaños!  
Perdonad, hombres graves, mi locura,  
Vosotros, los que veis sin amargura,  
Como cosa corriente,  
Que siga un año al año antecedente,  
Y nunca os rebeláis contra el destino.  
¡Oh! será un desatino;  
Mas yo no me resigno á hallarme viejo  
Al mirarme al espejo,

¡Espantosa expiación de tu pecado!  
¡Sobre un lecho de espinas maldiciendo  
Morir, el corazón desesperado!  
Tus mismas manos de dolor mordiendo,  
Presente á tu conciencia lo pasado,  
Buscando en vano con los ojos fijos,  
Y extendiendo tus brazos á tus hijos!  
¡Oh! ¡cruel, muy cruel!... ¡Ay! yo entre tanto  
Dentro del pecho mi dolor oculto,  
Enjugo de mis párpados el llanto  
Y doy al mundo el exigido culto.  
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,  
Mi propia pena con mi risa insulto,  
Y me divierto en arrancar del pecho  
Mi mismo corazón pedazos hecho.  
Gocemos, sí; la cristalina esfera  
Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!  
¡Quién á parar alcanza la carrera  
Del mundo hermoso que al placer convida?  
Brilla radiante el sol, la primavera  
Los campos pinta en la estación florida:  
Truéquese en risa mi dolor profundo...  
Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

### CANTO III.

«¡Cuán fugaces los años,  
» ¡Ay, se deslizan, Póstumo!» Gritaba  
El lírico latino, que sentía

Cómo el tiempo cruel le envejecía,  
Y el ánimo y las fuerzas le robaba.  
Y es triste, á la verdad, ver cómo huyen  
Para siempre las horas, y con ellas  
Las dulces esperanzas que destruyen  
Sin escuchar jamás nuestras querellas.  
¡Fatalidad! ¡fatalidad impia!  
Pasa la juventud, la vejez viene,  
Y nuestro pié, que nunca se detiene,  
Recto camina hácia la tumba fría.  
Así yo meditaba  
En tanto me afeitaba  
Esta mañana mismo, lamentando  
Cómo mi negra cabellera riza,  
Seca ya, como cálida ceniza,  
Iba por todas partes blanqueando;  
Y un triste adiós mi corazón sentido  
Daba á mi juventud, mientras la historia  
Corría mi memoria  
Del tiempo alegre por mi mal perdido,  
Y un doliente gemido  
Mi dolor tributaba á mis cabellos,  
Que canos se teñían,  
Pensando que ya nunca volverían  
Hermosas manos á jugar con ellos.  
¡Malditos treinta años,  
Fue esta edad de amargos desengaños!  
Perdonad, hombres graves, mi locura,  
Vosotros, los que veis sin amargura,  
Como cosa corriente,  
Que siga un año al año antecedente,  
Y nunca os rebeláis contra el destino.  
¡Oh! será un desatino;  
Mas yo no me resigno á hallarme viejo  
Al mirarme al espejo,

Y la razon averiguar quisiera  
Que en este nuestro mundo misterioso,  
Sin encontrar reposo,  
Nos obliga á viajar de esta manera.  
Y luégo las mujeres todavia  
Son mi dulce manía :  
Ellas la senda de ásperos abrojos  
De la vida suavizan y coloran ,  
Y á las mujeres los llorosos ojos  
Y los cabellos blancos no enamoran !  
*¡ Griegos liceos ! ¡ Célebres hospicios !*  
(Exclamaba tambien Lope de Vega  
Llorando la vejez de su sotana)  
*Que apénas de haber sido dais indicios,*  
Si moristeis del tiempo en la refriega  
Y ejemplo sois de la locura humana,  
*¡ Ah, no es extraño que el que á treinta llega*  
Llegue á encontrarse la cabeza canal  
*¡ Adios, amores, juventud, placeres !*  
*¡ Adios, vosotras, las de hermosos ojos,*  
Hechiceras mujeres,  
Que en vuestros labios rojos  
Brindais amor al alma enamorada !  
*¡ Dichoso el que suspira,*  
Y oye de vuestra boca regalada  
Siquiera una dulcísima mentira  
En vuestro aliento mágico bañada !  
*¡ Ah, para siempre adios ! Mi pecho llora*  
Al deciros adios : ¡ ilusion vana !  
Mi tierno corazon siempre os adora ;  
Mas mi cabeza se me vuelve cana.  
Coloraba en Oriente  
El sol resplandeciente  
Los campos de zafir con rayos de oro ;  
Y su rico tesoro

Del faldellin de plata derramaba  
La aurora, y esmaltaba  
La esmeralda del prado con mil flores,  
Brotando aromas y vertiendo amores ;  
Y llenaban el mundo de armonía  
La mar serena y la arboleda umbría,  
Rizando aquélla sus lascivas olas,  
Y ésta las verdes copas ondeando,  
Coronadas de vagas aureolas  
A los rayos del sol que se va alzando.  
Y era el año cuarenta en que yo escribo  
De este siglo que llaman positivo,  
Cuando el que viejo fué, por la mañana,  
En vez de hallarse la cabeza cana  
Y arrugada la frente,  
Se encontró de repente  
Jóven al despertar, fuerte y brioso,  
Y el ántes fatigoso  
Del triste corazon flaco latido  
En vigoroso golpe convertido,  
Y palpitantes conteniendo apénas  
La hirviente sangre las hinchadas venas.  
Y sintió nueva fuerza en los nervudos  
Músculos, ántes de calor desnudos,  
Mientras en su agitada fantasía  
Volando con locura al pensamiento,  
En vaga tropa imágenes sin cuento  
De oro y azul él porvenir traía,  
El corazon henchido de esperanza,  
Sin temor de mudanza  
Mecida el alma en el placer futuro,  
El ánimo seguro  
Tras su ilusion lanzándose á la gloria,  
Y libre de recuerdos la memoria,  
Y el alma y todo nuevo,

Todo esperanzas el feliz mancebo.

La nube más ligera  
No empañaba la atmósfera siquiera  
De su nuevo atrevido pensamiento;  
Nuevo su sentimiento,  
Y pura y nueva su esperanza era.  
A su espalda las aguas del olvido  
Sus antiguos recuerdos se llevaron,  
Y de la vida con raudal crecido  
Correr el limpio manantial dejaron.

Y era el primer latido  
Que daba el corazón, y era el primero  
Pensamiento ligero  
Que formaba la mente, y la primera  
Nacarada ilusión del alma era.  
Sus ojos á mirar no se volvian  
Los recuerdos que huían,  
Y el denso velo de la mente oculta,  
Porque muerto habían,  
Muerto ya hasta el recuerdo de su nombre,  
Que allá también la eternidad sepulta,  
Y al despertar amaneció otro hombre.

¿Quién dudará que el nombre es un tormento?

Todo el tiempo pasado  
Va para siempre atado  
Al nombre que conserva el pensamiento,  
Y trae á la memoria  
Un solo nombre, una deliente historia.  
Hilo tal vez de la madeja suelto,  
En el nombre va envuelto  
El despecho, el placer, las ilusiones  
De cien generaciones  
Que su historia acabaron  
Y cuyos nombres sólo nos quedaron.  
Clavo de donde cuelgan nuestras vidas

En mil jirones pálidos rompidas,  
Que traen á la memoria  
Cual rota enseña la pasada gloria,  
Porque el nombre es el hombre,  
Y es su primer fatalidad su nombre,  
Y en él se encarna á su existencia unido,  
Y en su inmortal espíritu se infunde,  
Y en su sér se confunde,  
Y arranca su memoria del olvido,  
Y viviendo de ajena y propia vida.  
Alma de los que fueron, desprendida  
Júntase al alma del que vive, y lleva,  
Cual parte de su vida, en su memoria  
La ajena vida y la pasada historia.

Cuanto diciendo voy se me figura  
Metafísica pura,  
Puro disparatar, y ya no entiendo.  
Lector, te juro, lo que voy diciendo.  
Vuelvo á mi cuento, y digo  
Que el viejo nuestro amigo  
Amaneció tan otro y tan ufano,  
Tan orondo y lozano,  
Que envidia y gloria diera  
A un jerónimo antiguo si le viera.  
No hablo de los jerónimos de hoy día,  
Que, flacos, macilentos,  
Tal vez recuerdan, con la panza fría,  
La abundancia y la paz de sus conventos.  
Tersa y luciente brilla  
La morena mejilla;  
Los afilados dientes  
Unidos, transparentes,  
Entre sus labios de carmin blanquean;  
Y en negros rizos por su espalda ondean  
Los cabellos de ébano bruñido,

En tanto que encendido  
Fuego sus negros ojos centellean ;  
Y su frente diáfana ilumina  
Su raudó pensamiento,  
Prestando á su semblante movimiento  
Vivido rayo de la luz divina ;  
Ancha la espalda ; levantado el pecho ;  
De férreos nervios hecho  
El vigoroso cuerpo, y la belleza  
Junta á la fortaleza :  
Maravillosa máquina formada  
Por ingenio divino,  
De siglos mil á resistir lanzada  
El choque y torbellino.

Y el alma, el corazón, la fantasía ?  
¡ Oh ! La aurora más pura y más serena  
De Abril florido en la estación amena  
Fuera junto á su luz noche sombría.  
Nosotros ¡ ah ! los que al nacer lloramos,  
Que paso á paso á la razón seguimos,  
Que una impresión tras otra recibimos,  
Que ora á la infancia, á la niñez llegamos,  
Luego á la juventud, ¡ ah ! no alcanzamos  
A imaginar la dicha y la limpieza  
Del alma en su pureza.

¿ Quién no lleva escondido  
Un rayo de dolor dentro del pecho ?  
¿ Por cuál dichoso rostro no han corrido  
Lágrimas de amargura y de despecho ?  
¿ Quién no lleva en su alma,  
¡ Ah ! por muy joven y feliz que sea,  
Un penoso recuerdo, alguna idea  
Que nublando su luz turba su calma ?  
Tal nuestro padre Adán... Pero dejando  
Comparaciones frías,

Que el alma atormentando  
Nos traen recuerdos de mejores días,  
Y de aquella fatal, negra mañana  
De la flaqueza ó robustez de Eva,  
Cuando alargó la mano á la manzana  
Y... Pero, pluma, queda ;  
¿ A qué vuelvo otra vez al Paraíso,  
Cuando la suerte quiso  
Que no fuera yo Adán, sino Espronceda,  
Ni el primer hombre, ni el varón segundo,  
Sino Dios sabe el cuántos, que no tengo  
Número conocido, y me entretengo  
En este mundo tan alegre y vario,  
Como en jaula de alambres el canario,  
Divertido en cantar mi *Diablo-Mundo*,  
Grandilocuo poema y elocuente,  
En vez de hablar allí con la serpiente...  
Reptil sin instrucción, poco profundo,  
Poco *espiritual*, y al cabo un ente  
De fe traidora y de melosa lengua,  
El cual tal vez me hubiera pervertido,  
Y como á Eva, para eterna mengua,  
Deshonrado además y seducido ?  
Al fin allí no había  
Cátedras ni colegios todavía.

Y dejando también mis digresiones,  
Más largas cada vez, más enojosas,  
Que para mí son tachas y borrones  
De las mejores obras, fastidiosas  
Haciéndolas, llevando al pacienzudo  
Lector confuso siempre, aunque es defecto  
De escritor concienzudo  
Que perdona el efecto,  
Con la intención de mejorar las ciencias  
Con sus disertaciones y advertencias ;

El hombre, en fin, se levantó del lecho  
Mancebo ardiente y vigoroso hecho,  
Fuera de sí de esfuerzo y de alegría,  
Rebosándole el gozo  
Al rostro, y en el alma el alborozo  
Al impulso secreto que sentía.

Era en el mes de Abril una mañana:  
Con un rayo de sol dorado el viento  
Alegraba el cristal de su ventana;  
Y mecidas en blando movimiento  
De varios tientos las pintadas flores  
Sus corolas erguían,  
Y al trasparente céfiro esparcían  
Juveniles aromas y colores.

Desplegaba ligera  
Entre las flores y el cristal sus alas,  
Ninfa de la galana primavera,  
De su color vestida y ricas galas,  
En círculo volando bulliciosa,  
Alegre mariposa,  
Sus alas dando al sol, rico tesoro  
De nieve y de zafir con polvos de oro;  
Y la amorosa flor que se mecía,  
Y el aliento del aura enamorada,  
Y la brillante luz que se bullía,  
Y el inquieto volar de la encantada  
Mariposa feliz girando en torno.  
Imágenes doradas de la vida  
Eran, y rico adorno  
Que á la ilusion del porvenir convida:  
Flores, luces, aromas y colores  
Que sueña el alma enamorada cuando  
Guardan su sueño á su alrededor cantando  
La virtud, la esperanza y los amores.  
Y un alegre rumor que el vago viento

En confundido acento  
De la calle elevaba,  
Bullicio de la gente que pasaba,  
Cada cual acudiendo á sus quehaceres,  
Y acá y allá esparcidos,  
Su afán mezclando y diferentes ruidos  
Al confuso rumor de los talleres,  
Escalando la estancia del mancebo  
Con estrépito alegre y armonía,  
A su encantado pensamiento nuevo  
Regocijo añadía.

¡Oh mundo encubridor, mundo embustero!  
¿Quién en la calle de Alcalá creyera  
Tanta felicidad que se escondiera,  
Y en un piso tercero?  
Mas todo son jardines de hermosura,  
Si con su vária tinta  
El alma en su ventura  
Y mágica ilusion el cuadro pinta,  
Y el más bello pensil trueca y convierte  
Del alma la amargura

En páramo erial de luto y muerte!  
*¡Bueno es el mundo! ¡Bueno, bueno, bueno!...*  
Ha cantado un poeta amigo mio:  
Mas es fuerza mirar así, de lleno,  
El cielo, el campo, el mar, la gente, el rio,  
Sin entrarse jamas en pormenores  
Ni detenerse á examinar despacio  
Que espinas llevan las lozanas flores,  
Y el más blanco diáfano topacio  
Y la perla más fina  
Manchas descubrirá si se examina.  
¿Pero qué hemos de hacer? ¿No examinar,  
Y el mundo que ande como quiera andar?  
Pasar por todo y darlo de barato

...vir cual sandio mentecato ;  
Elegir la virtud en un buen medio  
Es un continuo tedio ;  
Lanzarse á descubrir y alzarse al cielo  
Cuando apenas alcanza nuestro vuelo  
A elevarnos un palmo de la tierra,  
Miserables enanos,  
Y con voces hacer mezquina guerra  
Y levantar las impotentes manos,  
Es ridiculo asaz y harto indiscreto.  
Vamos andando, pues, y haciendo ruido  
Llevando por el mundo el esqueleto  
De carne y nervios y de piel vestido.  
Y ¡el alma que no sé donde se esconde!  
Vamos andando sin saber adonde.

Vagaba en tanto por la estancia en cueros,  
Sin respeto al pudor, como un salvaje,  
O como andaba allá por los oteros  
Floridos del Eden ó por los llanos  
Sin arcabuz ni paje  
El padre universal de los humanos,  
Que sin duda andaria  
Solo y sin su mujer el primer dia;  
O como van aún en las aldeas,  
Sucias las caras feas  
Y el cuerpo del color de la morcilla  
Los chicos de la Mancha y de Castilla,  
Nuestro héroe gritando,  
Gestos haciendo y cabriolas dando,  
Hasta que al fin al ruido  
Entró allí su patron medio dormido.  
Frisaba ya el patron en sus cincuenta,  
Hombre grave y sesudo,  
Tenido entre sus gentes por agudo,  
Con lonja de algodones por su cuenta,

Electo, del sensato movimiento  
Partidario en política y nombrado  
Regidor del heroico ayuntamiento  
Por fama de hombre honrado  
Y odiar en sus doctrinas reformistas  
No ménos al partido moderado  
Que á los cuatro anarquistas,  
Aunque éstos le incomodan mucho más.  
Por no verlos se diera á Barrabás,  
Y tiene persuadida á su mujer  
Que es gente que no tiene que perder.

Leyendo está las ruinas de Palmira  
Detras del mostrador á aquellas horas  
Que cuenta libres, y á educarse aspira  
En la buena moral,  
Y á la patria á ser útil en su oficio,  
Habiendo ya elegido en su buen juicio,  
En cuanto á religion, la natural;  
Y mirando con lástima á su abuelo,  
Que fué al fin un esclavo,  
Y el mezquino desvelo  
De los pasados hombres y porfias,  
Rinde gracias á Dios, que el mundo al cabo  
Ha logrado alcanzar mejores dias.  
Así filosofando y discuriendo,  
Sus cuentas componiendo,  
Cuidando de la villa y su limpieza,  
Sólo tal vez alguna ligereza  
Turba su paz doméstica, que ha dado  
En darle celos su mujer furiosa ;  
Y aunque sobremanera  
Los celos sin razon ella exagera,  
Suena en el barrio como cierta cosa,  
Que aunque viejo, es de fuego,  
Corriente en una broma y mujeriego.

En la estancia, al estruendo y algazara,  
Entra el discreto concejal gruñendo,  
Y con muy mala cara  
De las bromas del huésped maldiciendo,  
Bromas de un hombre de su edad ajenas,  
Con un pié en el sepulcro dando voces,  
Haciendo el niño y disparando coces...  
Mas lo que puede el regidor apénas  
(Don Liborio) llegar á comprender,  
Es cómo á tanto escándalo se atreve  
Un hombre que le debe  
Cuatro meses lo ménos de alquiler.  
«¿Es posible, al entrar dijo Don Pablo,  
(Sin reparar siquiera  
Que su huésped el mismo ya no era)  
Que os tiene así tan de mañana el diablo?  
¡Vive Dios, que os encuentro divertido!...  
¡Parece bien que un viejo que ya tiene  
Más años que un palmar, hecho un orate,  
Arme él solo más ruido  
Que cien chiquillos juntos!... ¡Botarate!  
¡Más valiera que tantas alegrías  
Fueran pagar contado  
Mis cuatro meses y diez y ocho dias!»  
Tal con rostro indigesto  
Dijo: y en ademan de hombre enojado,  
Con desden la cabeza torció á un lado,  
Y empujó el labio con severo gesto.  
Con una interjeccion y un fiero brinco  
Digno de Auriol, el saltarin payaso,  
Al grave regidor le salta al paso,  
Colgándose á su cuello con ahinco  
Y amorosa locura  
Su improvisado huésped, que se afana  
(Tal simpatiza la familia humana)

Por conocer aquel confuso eute  
De tan rara figura  
Que aparece á sus ojos de repente.  
Ambas manos le planta  
En los carrillos, y su faz levanta  
Por verle bien, y en la nariz le arroja  
Tan súbita y ruidosa carcajada,  
Fijando en él su vívida mirada,  
Que al pequeñuelo regidor enoja.  
¡Cómo! ¡A mí! ¡Voto á tall! gritó en su ira  
Furioso el pobre concejal, en tanto,  
Viendo aquel tagarote con espanto  
Que con salvaje júbilo le mira,  
Que le acaricia rudo,  
Hércules sin pudor, Sanson desnudo,  
Con atencion tan rara y tan prolija,  
Que al contemplar sus gestos y oír su voz  
Cada vez más se alegra y regocija  
Con delirio feroz,  
Crujiéndole de cólera los huesos.  
En su impotencia Don Liborio en vano  
A remediar se esfuerza los excesos  
De aquel bárbaro audaz y casquivano,  
Confuso y sin saber quién le ha traído,  
Ni por dónde ha venido,  
Ni cómo por qué arte prodigioso  
Su pacífico viejo en tan furioso  
Huésped se ha convertido;  
Alegre huésped, que le palpa y rie  
Como á juguete vil contempla el niño,  
Que en su brutal cariño  
Ni un punto le permite se desvie;  
Que imperturbable, en tanto que murmulla  
El patron amenazas y razones,  
Súplicas, maldiciones,

Gritos inortográficos le aulla.  
¿Qué hombre formal se vió  
En situación jamas tan apurada?  
Su grave dignidad comprometida,  
Y aquí la autoridad desconocida  
Yace ademas y ajada  
Con que la sociedad le revistió.  
Ya le levanta en alto y le examina,  
Y al verle mal formado y tan pequeño,  
Le contempla risueño  
Entre cariño y burla con ternura;  
Y que un poder providencial lo envia  
(¡Oh presunción del hombre!) se figura  
A servirle y hacerle compañía.  
En fin, los gritos fueron  
Tales, y tantas del patron las voces,  
Que todos los vecinos acudieron  
Al estruendo y estrépito feroces.  
Acudió, como era  
De su deber, al punto la primera  
Su mujer, con vestido de mañana,  
Y tres moños no más en la marmota,  
Dos de color de rosa, otro de grana;  
Que aunque el afán de ver quién alborota  
La hizo subir con el vestido abierto,  
La negra espalda al aire, y sin concierto;  
La marmota y los lazos con descuido,  
Por el bien parecer se los ha puesto,  
Que un traje limpio y un semblante honesto  
Decoro en la mujer dan al marido.  
Acudió á la par de ella  
Un pintor jóven, cuya mala estrella  
Trajo á Madrid, con más saber que Apéles;  
Mas no llegó á pintar, porque el dinero  
A su llegad le ganó un fullero,

Y no compró ni lienzos ni pinceles;  
Y en la buhardilla vive  
Léjos del ruido y pompas de este mundo,  
Junto á Dios nada ménos, que el profundo  
Genio de Dios la inspiración recibe;  
Mas tanto genio por causal tan fútil  
Estéril es, la inspiración inútil.  
Y ¡oh prosa! ¡oh mundo vill no inspiraciones  
Pide el pintor á Dios, sino doblones.

Un cachazudo médico, vecino  
Del cuarto principal, materialista,  
Sin turbarse subió; y entre ellos vino  
Un romántico jóven periodista,  
Que en escribir se ocupa folletines,  
De alma gastada y botas de charol,  
Que ora canta á los muertos paladines,  
Ora escribe noticias del Mogol,  
Cada línea á real, y anda buscando  
Mundo adelante nuevas sensaciones,  
Las ilusiones que perdió llorando,  
Lanzando á las mujeres maldiciones.

En tanto, le ha quitado su gorreta  
Griega al patron el héroe, y decidido,  
Sobre su noble frente la encasqueta  
Ancho de vanidad, de gozo henchido;  
Y en cueros con su gorro se pasea  
Por el cuarto, y gentil se pavonea,  
Que es natural al más crudo varon  
Ser algo retrechero y coqueton;  
Echándole al patron con desparpajo  
Miradas que le miden de alto á bajo,  
Sin hacer caso de sus voces fieras,  
Creyéndole en su estado natural,  
Ni atender al estrépito infernal  
De los que suben ya las escaleras,

Se abrió de golpe la entornada puerta,  
Y de tropel entraron los vecinos,  
Y hallaron al patron, que á hablar no acierta,  
Y al Hércules haciendo desatinos:  
Su esposa la primera, medio muerta  
De espanto y de dolor, gritó ¡asesinos!  
Porque tiene el amor ojos de aumento  
Y quita la pasion conocimiento.  
Fué del patron, cuando llegó socorro,  
Echarla lo primero de valiente,  
Y recobrar su dignidad y el gorro,  
Tomando un ademan correspondiente:  
Y así mirando indiferente al corro,  
Que es máxima que tiene muy presente  
La de *nihil admirari*, y la halló un dia  
En un tratado de filosofia,  
Tendió la mano al loco señalando,  
Y al mismo punto su inocente esposa,  
La misma infausta direccion, temblando  
Con los ojos siguió toda azarosa.  
¡O terrible visu! ¡cuadro infando!  
¡Oh! la casta matrona ruborosa  
Vió... ¡más que vió, que de matices rojos  
Cubrió el marfil y se tapó los ojos?  
Musas, decid qué vió... La Biblia cuenta  
Que hizo á su imagen el Señor al hombre,  
Y á Adán desnudo á su mujer presenta  
Sin que ella se sonroje ni se asombre:  
Despues se le ha llamado (y á mi cuenta,  
Mientras peritos prácticos no nombre  
La familia animal, está dudoso)  
Entre todos al hombre el más hermoso.  
Y muy cara se vende una pintura  
De una mujer ó un hombre en siendo buena,  
Y estimamos desnudo en la escultura

Un atleta en su rústica faena;  
Mas eso no; la natural figura  
Es menester cubrirla y darla ajena  
Forma, bajo un sombrero de castor,  
Con guantes, frac y botas por pudor.  
No que me queje yo de andar vestido,  
Y ahora mucho ménos en invierno;  
Y que el pudor se dé por ofendido  
De ver desnudo un hombre, lo discierno;  
Y mucho más si el hombre no es marido,  
Ni cuñado siquiera, suegro ó yerno,  
Que entónces la mujer no tiene culpa,  
Y el mismo parentesco la disculpa.  
Mas es el caso aquí, que aquella dama  
Mujer del-concejal... ¡Oh! sin lisonja,  
¡Cómo diré la edad que le reclama  
El tiempo que hace ya vive en la lonja,  
Yo que me precio de galan? La fama,  
Viéndola hacer escrúpulos de monja,  
A los presentes reveló la cuenta,  
Y hubo vecino que le echó cincuenta.  
¡Tanto pudor á los cincuenta años!  
¡Oh incansable virtud de la matrona!  
Despues de tanto ataque y desengaños  
En este mundo picaro, que abona  
El vicio con sus crímenes y amañios,  
El tiempo, que peñascos desmorona,  
No pudo su virtud jamas vencer:  
¡Oh feliz Don Liborio! ¡Oh gran mujer!  
¡Y habrá de irse sin mirar siquiera  
A un monstruo, á un loco? ¡Y dejará en el riesgo  
A su Liborio con aquella fiera  
En trance que ha tomado tan mal sesgo?  
No lo permita Dios; Liborio muera,  
Y ella tambien con él.—Y aquí yo arriesgo

Por seguir en octavas este canto,  
 Débilmente contar *devouement* tanto!  
 Ella, la pobre, á su pesar forzada  
 A ver un hombre en cueros, que no es  
 Su esposo, con rubor una mirada  
 Le echó de la cabeza hasta los piés;  
 Y aunque fuerte, y honesta, y recatada,  
 Un pensamiento la ocurrió despues,  
 Que la mujer al cabo ménos lista  
 Tiene en su corazon algo de artista.  
 Y al contemplar las formas majestuosas,  
 La robustez del loco y carnes blancas,  
 Recordó suspirando las garrosas  
 Del pobre regidor groseras zancas.  
 Son las comparaciones siempre odiosas,  
 Siempre; y en el archivo de Simáncas,  
 Si no me engaño, pienso haber leído  
 Que en el simíl perdió siempre el marido.  
 ¡Oh, cuán dañosas son las bellas artes!  
 ¡Y aún más dañosa la afición á ellas!  
 A sus maridos estudiar por partes  
 ¡Cuántas extravió mujeres bellas!  
 No pensó más moléculas Descártes,  
 Ni en más rayos se parten las estrellas,  
 Que en partes ¡ay! una mujer destriza  
 A su esposo infeliz y lo analiza.  
 Y á par que en él aplica el analítico,  
 Al ajeno varon le echa el sintético,  
 Y al más fuerte marido encuentra estítico,  
 Y al más débil galan encuentra atlético.  
 Juzga al primero un corazon raquíptico;  
 Halla en el otro un corazon poético;  
 La palabra de aquél ruda y narcótica,  
 Y la del otro tímida y erótica.  
 Y á mi este juicio me parece exacto,

Y parézcale mal á los maridos,  
 Que ellos han hecho con el mundo un pacto,  
 Y sus derechos son reconocidos;  
 Y si tienen mujer, justo *ipso facto*  
 Es que su condicion lleven sufridos,  
 Que habla con su mujer el que se casa,  
 Y yo con las paredes de mi casa.  
 El pensamiento que cruzó la mente  
 De la honrada mujer del concejal  
 Fué, sin pasion juzgado, estrictamente  
 Cuando más un pecado venial:  
 La honrada dueña que no sea siente  
 (Y este es un sentimiento natural)  
 Tan membrudo, tan noble y vigoroso  
 Como su huésped su querido esposo.  
 Y otra cosa ademas siente tambien,  
 Que no se ha de saber por mí tampoco,  
 Ya que ella la reserva, y hace bien,  
 Que al cabo el hombre aquel no es más que un loco;  
 Y hay quien dice ademas que con desden  
 Vió desde entonces, y le tiene en poco,  
 (Tal impresion en ella el huésped hizo),  
 A un mozo de la tienda asaz rollizo.  
 ¡Ay infeliz de la que nace hermosa!  
 Mas la verdad (si la verdad se puede  
 En materia decir tan espinosa)  
 Es (y perdon le pido si se excede  
 Mi pluma en lo demas tan respetuosa,  
 Y esto, ¡oh lector! entre nosotros quede)  
 Mas no lo he de decir, que es un secreto,  
 Y siempre me he preciado de discreto.  
 ¿Quién es el hombre aquel? ¿quién le ha traído?  
 ¿Adónde el viejo está que allí vivía?  
 ¿Cómo y de dónde en cueros ha venido?  
 La noche ántes Don Liborio habia

Visto en su cuarto al viejo recogido,  
Su cuenta preparada le tenía,  
Y cuando el ruido á averiguar hoy entra,  
Desnudo un loco en su lugar se encuentra.

Miran al loco todos entre tanto,  
Que por tal al momento le tuvieron,  
Y tal belleza y desenfado tanto  
Confiesan entre sí que nunca vieron.  
Viéranlo con deleite, si el espanto  
Que al encontrarlo súbito sintieron  
Les dejára admirarle; pero el susto  
Hasta á la dueña le acibára el gusto.

El los mira también entre gustoso  
Y extrañado con plácido semblante,  
Con benévola risa, cariñoso,  
Señalando al patron que está delante,  
Y festejar queriéndole amoroso  
Fija la vista en él; y al mismo instante  
La mano alarga, y el patron la evita,  
Se echa hácia atrás amedrentado, y grita.

Y su desvío y desdenoso acento  
Sin comprender tal vez, y ya impaciente  
El nuevo mozo, entre jovial y atento,  
De un salto avanza á la agolpada gente;  
En pronta retirada un movimiento  
Todos hicieron, y hasta el más valiente,  
El audaz regidor, lo ménos cinco  
Escalones saltó de un solo brinco.

No es retirarse huir, no, ni cordura  
Fuera trabar tan desigual combate  
Con un loco de atlética figura,  
Capaz de cometer un disparate:  
Gritando *¡satarlo!* bajan con presura;  
Gran medida, más falta quien le ate;  
Velos el loco, y más veloz que un gamo

Prepárase á saltar de un brinco un tramo.

¡Oh confusión! que al verle de repente  
Rápido desprendirse de lo alto,  
Cada cual baja atropelladamente,  
Con gritos de terror, de aliento falto;  
Rueda en monton la acobardada gente,  
Y el regidor, queriendo dar un salto,  
Entre los pies del médico se enreda,  
Se ase á su esposa y con su esposa rueda.

Y el médico también rueda detras,  
A un tobillo cogido del patron;  
Entrégase el pintor á Barrabas,  
Que en un callo le han dado un pisoton;  
Armase un estridor de Satanas;  
El poeta ha perdido una ilusión,  
Que ha visto de la dama no sé qué,  
Y á más acaba de torcerse un pié.

Y acude gente, y el rumor se aumenta,  
Y llénase el portal, crece el tumulto,  
Su juicio cada cual por cierto cuenta,  
Y se pregunta y se responde á bulto.  
Dicen que es un ladron; hay quien sustenta  
Que al pueblo de Madrid se hace un insulto,  
Prendiendo á un regidor, y que él resiste  
A la ronda de esbirros que le embiste.

Llega la multitud formando cola  
Al sitio en que se alzaba Mariblanca;  
Y la nueva fatal de que tremola  
Ya su pendon, y que asomó una zanca  
El espantoso monstruo que atortola  
Al más audaz ministro, y lo abarranca,  
El *Bú* de los gobiernos, la anarquía,  
Llegó aterrando á la Seeretaría.

Ordenes dan que apresten los cañones,  
Salgan patrullas, dóblense los puestos

No se permitan públicas reuniones,  
Pesquisas ejecútense y arrestos,  
Queden prohibidas tales expresiones,  
Obsérvense los trajes y los gestos  
De los enmascarados anarquistas,  
Y de sus nombres que se formen listas.

Que luego á són de caja se publique  
La ley marcial, y á todo ciudadano  
Cuyo carácter no le justifique,  
Luego por criminal que le echen mano;  
Que á vigilar la autoridad se aplique  
La mansion del Congreso soberano,  
Y bajo pena y pérdida de empleos,  
Sobre todo, la casa de Correos.

Pásanse á las provincias circulares,  
Y en la *Gaceta*, en lastimoso tono,  
Imprimense discursos á millares  
Contra los clubs y su rabioso encono;  
Píntanse derribados los altares,  
Rota la sociedad, minado el trono,  
Y á los cuatro malévolos de horriblas  
Miras mandando y destrozando haciendas.

¡Oh cuadro horrible! ¡pavoroso cuadro!  
Píntado tantas veces y á porfía

Al sonar el horrisono baladro  
Del monstruo que han llamado la anarquía.  
Aquí tu elogio para siempre encuadro,  
Que á ser llegaste el pan de cada día,  
Cartilla eterna, universal registro  
Que aprende al gobernar todo ministro.

¡Oh, cuánto susto y miedos diferentes,  
Cuánto de afán durante algunos años  
Con vuestras peroratas elocuentes  
Habeis causado á propios y á extraños!  
Mal anda el mundo; pero ya las gentes

Han llegado á palpar los desengaños,  
Y aunque cien tronos caigan en ruina  
No ménos bien la sociedad camina.

¡Oh imbécil, necia y arraigada en vicios  
Turba de viejas que ha mandado y manda!  
Ruinas soñar os hace y precipicios  
Vuestra codicia vil que así os demanda.  
¿Pensais tal vez que los robustos quicios  
Del mundo saltarán si aprisa anda,  
Porque son torpes vuestros pasos viles,  
Tropel asustadizo de reptiles?

¿Qué vasto plan, qué noble pensamiento  
Vuestra mente raquítica ha engendrado?  
¿Qué activo y generoso sentimiento  
En ese corazón respuesta ha hallado?  
¿Cuál de esperanza vigoroso acento  
Vuestra podrida boca ha pronunciado?  
¿Qué noble porvenir promete al mundo  
Vuestro sistema de gobierno inmundo?

Pasad, pasad como funesta plaga,  
Gusanos que roeis nuestra semilla;  
Vuestra letal respiracion apaga  
La luz del entusiasmo, apenas brilla.

Pasad, huid; que vuestro tacto estraga  
Cuanto toca y corrompe, y lo amancilla:  
Sólo nos podeis dar, canalla odiosa,  
Miseria, y hambre, y mezquindad, y prosa.

Basta; silencio, hipócritas parleros,  
Turba de charlatanes eruditos,  
Tan cortos en hazañas y rastrosos  
Como en palabras vanas infinitos,  
Ministros de escribientes y porteros,  
De la nacion eternos parasitos;  
Basta; que el corazón airado salta,  
La lengua calla y la paciencia falta.

Mientras al arma el ministerio toca,  
Y se junta la tropa en los cuarteles,  
Y ve la gente con abierta boca  
Edecanes á escape en sus corceles  
Cruzar las calles, y al motin provoca  
El gobierno con bandos y carteles,  
Y andan por la ciudad jefes diversos  
Cuyos nombres no caben en mis versos,  
Como el jefe político y sus rondas,  
Capitan general, gobernador,  
Los que por mucho, ¡oh monstruo! que te escondas  
Darán contigo en tu mansion de horror.  
Como del mar las agolpadas ondas  
Al impetu del viento bramador,  
La calle entera de Alcalá ocupando,  
Se va la gente en multitud juntando.  
Y ya el discorde estrépito aumentaba,  
Y la mentira y el afan crecía,  
Y la gente á la gente se empujaba,  
Codeaba, pisaba y resistía.  
El semblante y los ojos empinaba  
Cada cual para ver si algo veía,  
Y en larga hilera están ya detenidos  
Gentes, carros y coches confundidos.  
Como bosque de palmas que al violento  
Impetu dobla la gallarda copa,  
Cuando apiñado lo recoge el viento  
Y con su manto anchísimo lo arropa;  
Así ondulaba en sordo movimiento  
En la ancha calle la agolpada tropa;  
Y la apiñada muchedumbre ruje  
Al vaiven rudo de su propio empuje.  
Y cede, y vuelve, y crece el vocerío,  
La agitacion del popular tumulto;  
Y un pánico terror entre el gentío

Con asombro comun resbala oculto;  
Y en tan revuelto y congojoso lío,  
Con ronca voz y con violento insulto,  
Contrarios intereses y pasiones  
Se abren plaza á codazos y empujones.  
Y como negra nube en el verano  
Desátase en violento torbellino,  
Y piedras llueve, y el dorado grano  
Arroja al viento en raudo remolino;  
Súbito rompe el populacho insano,  
Se esparce y atropéllase sin tino,  
Y huyen acá y allá, y allá y acá  
Corre la gente sin saber do va.  
Ya habrá el lector, si como yo, del ruido,  
Y bulla popular y movimiento  
Alguna vez aficionado ha sido,  
Y con juicio observó y detenimiento,  
Visto alguno tal vez tan aturrido  
De la fuga en el critico momento,  
Que dos horas despues, si lo ha encontrado,  
Del impetu primero áun no ha aslojado.  
Y en bandadas derrámase y se extiende  
La ántes amontonada muchedumbre,  
Como gorriones que el gañan sorprende  
Vuelan del llano á la lejana cumbre.  
Nadie á la voz del compañero atiende,  
Nadie acude á lejana pesadumbre,  
Nadie presta favor, y todos gritan,  
Y en confuso tropel se precipitan.  
Y allí la voz aguardentosa truena,  
Grita asustada la afligida dama,  
Ladran los perros, y las calles llena  
La gente que en tumulto se derrama:  
Suspende el artesano su faena,  
Cuidoso el mercader sus gentes llama,

Puertas y tiendas ciérranse, añadiendo  
Nuevo rumor al general estruendo.

Y la prisa es de ver con que asegura  
Cada cual su comercio y mercancía,  
Y cómo alguno entre el tropel procura  
Mostrar serenidad y valentía,  
Y en torno de él la multitud conjura  
A reunirse con calma, y sangre fría  
Aconseja, mirando alrededor  
Con ojos que desmienten su valor.

Y otros, audaces, de intencion dañina,  
Gózanse en el tumulto, y de repente  
Donde la gente más se arremolina  
Prontos acuden á aturdir la gente;  
Y huyen por aumentar la tremolina  
Y confusion, y contra el más paciente  
Espectador pacífico se estrellan,  
Y con fingido espanto le atropellan.

Y en tanto que unos y otros alborotan,  
Perora aquél y el otro hazañas cuenta;  
Páranse en corro y furibundos votan,  
Y un solo grito acaso el corro ahuyenta;  
Y aquellos de placer las palmas frotan;  
Y éste el sombrero estropeado tienta,  
Párase, y el aliento ahogado exhala;  
Y el tambor va tocando generala.

Y algunos nacionales van saliendo,  
El ánimo á la muerte apercebido,  
El motín y su suerte maldiciendo  
Con torvo ceño y gesto desabrido;  
Y con voz militar, *Adios*, diciendo  
A su aterrada cónyuge el marido,  
Al són del parche y á la voz de alarma  
Carga el fusil y bayoneta arma.

Y entre tanto que vienen batallones,

Y órdenes mil el ministerio expide,  
Y envuelta en mil diversas confusiones  
La autoridad, en fin, nada decide,  
Y hay quien demanda á gritos los cañones  
Y quien las cargas de lanceros pide,  
Y tal vez otro cavilando calla  
Si escogerá la lanza ó la metralla;

Y en tanto que en Madrid, cual se derraman  
Por las faldas del rojo Mongibelo  
De lava mil torrentes, que recaman  
Con ígneas cintas el tremante suelo,  
Turbas de gente alborotadas braman,  
Y se derraman con insano anhelo,  
En turbiones las calles inundando,  
Los unos á los otros espantando;

Súbito con asombro ve la gente  
Que aun al portal del regidor espera,  
Salir desnudo á un hombre de repente  
Con veloz violentísima carrera;  
Y otro tras él con cólefa impotente,  
Chico y gordo y vestido á la ligera,  
Afligido, empolvado y sin aliento,  
Todos los pelos de la calva al viento;

Y á una mujer también desaliñada,  
Y seis ó siete más llenos de espanto,  
Todos tras él gritando con turbada  
Voz, *que tengan al loco*. Y entre tanto  
Por la calle, la faz alborozada,  
El loco va con regocijo tanto,  
Que causa gusto al verle tan esbelto  
Andando á brincos tan airoso y suelto.

Pero la gente, viendo la figura  
Desnuda de aquel hombre que corria  
Rápido como el viento, y la premura  
De la turba que ansiosa le seguía,

Y las voces oyendo, y la locura  
Temiendo del que loco parecía,  
Sin otra reflexion viento tomaron,  
Y hasta tomar distancia no pararon.  
Mas luégo que la calma sobrevino,  
Y los más animosos acudieron,  
Y que era huir un necio desatino,  
Los ménos advertidos conocieron,  
Y á todos de saber el caso vino  
Curiosidad, hácia el patron corrieron;  
Que eran el nuevo jóven y el patron  
De tanto laberinto la ocasion.  
Y en corro el caso del patron indagan,  
Y discuten tal vez puntos sutiles,  
Y los mages desvariando vagan  
Perdidos de la historia en los perfiles;  
Y oyen discursos sin que satisfagan  
Los discursos las mentes varoniles  
Que ánsian profundizar; y nadie entiende  
El caso que el patron contar pretende.  
— Es, pues, el caso, el regidor decia,  
Que este viejo es un loco huésped mio,  
Trocado en jóven de la noche al dia.  
— Mirad que estais diciendo un desvarío.  
— ¡Yo cuento la verdad! — ¡Necia porfía!  
Está loco. — Señores, no me rio,  
Yo no discurro nunca á troche y moche;  
Era un viejo á las doce de la noche.  
— Vamos, el regidor perdió un sentido.  
— Si eso no puede ser. — ¡No hay quien me asista!  
(Gritaba la mujer) es un perdido,  
Un servil, un ladron, un anarquista;  
Ha querido matar á mi marido.  
— Y á vos os viola si no andais tan lista;  
La repuso un chuzon, cara de pillo;

Que alegraba con chistes el corrillo.  
— Yo dije que era viejo; ahora no digo  
Que no sea jóven. — Id, y el diablo os lleve.  
— Y ahora se me va... — Sois un bodigo.  
— Con más de cuatro meses que me debe.  
— Vos os contradecís. — Me contradigo,  
Y no me contradigo. — Que lo pruebe  
(Gritaba el chusco de la faz burlona);  
Idos, buen hombre, á reposar la mona.  
Desnudo en tanto el nuevo mozo vuela,  
Párase, corre, alborozado grita,  
Mira alegre enredor, nada recela,  
Cuanto le cerca su entusiasmo excita.  
Palpar, gritar, examinar anhela  
Cuanto mira y en torno de él se agita,  
Como al amor de maternal cariño  
Mira la luz embelesado el niño.  
¡Pobre inocente, alma que entretiene  
El mundo, y le divierte cual gracioso  
Juguete, y á mirarlo se detiene  
Con pueril regocijo candoroso!  
La luz, las gentes en conjunto viene  
Todo á herirla, cual juego luminoso  
De prodigioso mágico que alzará  
Ideal otro mundo con su vara.  
Y la ciudad, y el sol, y sus colores,  
La gente, y el tumulto, y los sonidos  
En grata confusion de resplandores  
Y de armonias llega á sus sentidos,  
Cual las que esmaltan diferentes flores,  
Los verdes prados por Abril floridos  
Confunden con sonoro movimiento  
Ruido y colores si las mece el viento.  
Y les presta su alma su hermosura,  
Y el corazon su amor y lozania;

Su mente les regala su frescura,  
Y su rico color su fantasía;  
Les da su novedad luz y tersura,  
Regocijo les presta su alegría;  
Que el alma gozo al contemplarse siente  
Del mundo en el espejo trasparente.

Y en el continuo cambio y movimiento,  
Y algazara, y bullicio alegre y vario,  
Movido por recóndito portento  
Ve el mundo cual magnífico escenario;  
Lámpara el sol meciéndose en el viento,  
Y obras de artificioso estatuario  
Las figuras que en rápido tumulto  
Cruzan, y anima algún resorte oculto.

Y con su propio gusto satisfecho,  
Que en sí propia su alma se alimenta,  
Latir sintiendo alborozado el pecho,  
Nada se explica ni explicarse intenta;  
Corre al placer de su ilusión derecho,  
De su mismo placer sin darse cuenta;  
Que del placer que se gozó sin tasa  
Nadie se ha dado cuenta hasta que pasa.

Pobre inocente, alma que no sabe  
Que sólo al niño su inocencia abona,  
Y que en el mundo compasión no cabe  
Que en la inocencia mofador se encona;  
Alma llena de fe, cándida ave  
Que dulces trinos en el bosque entona;  
Que sencilla de rama en rama vuela,  
Sin que su gracia al cazador conduela;

Alma que en la aflicción y la agonía  
Del alboroto popular y estruendo  
Grata danza de amor y de alegría  
Con indecible júbilo está viendo;  
Cánticos la espantosa gritería,

Piensa tal vez, en su ilusión creyendo;  
Animadas escenas placenteras  
El susto de la gente y las carreras.

Y á tomar parte en el común contento  
Lánzase y rompe, y en mitad se arroja  
Del bullicio, más rápido que el viento,  
Y en torno de él la gente se amanoja.  
Ni cura del ajeno sentimiento,  
Ni de verse desnudo se sonroja,  
Y ora forman en torno de él corrillos,  
Ora le sigue multitud de pillos.

Fué aquel día el asombro de la villa  
Y escándalo de todo hombre sesudo,  
Yendo tras él de gente una trailla  
Que aterra á veces su ademan forzado:  
Allí corren los chicos, aquí chillan  
Una mujer al verle andar desnudo;  
Y algunas que los ojos se taparon,  
Por pronto que acudieren le miraron.

Y andando así, la gente ya le acosa;  
Y alguno allí de condición liviana  
Quiere que pruebe la intención graciosa  
Y el trato afable de la especie humana;  
Y arrojándole piedras, con donosa  
Burla por gusto é intención villana,  
Le hizo el dolor sentir, para que sepa  
Que no hay placer donde el dolor no quepa.

Que entró en el mundo nuestro mozo apenas  
Y su dicha y el mundo bendecía,  
É inocentes miradas y serenas  
Vertiendo en torno afable sonreía,  
Cuando la bruta gente á manos llenas  
Lanzaba en él cuanto dolor podía,  
Que en traspasar disfrutaban los humanos  
Su dolor en el alma á sus hermanos,

Sintió el dolor, y el rostro placentero  
Súbito coloró de azul la ira,  
Y ya el semblante demudado y fiero  
Con ojos torvos á la gente mira :  
Huye el cobarde vulgo á lo primero,  
Piedras despues sin compasion le tira,  
Gritan, *al loco*, y con temor villano,  
Huyen y le señalan con la mano.

¿Quién de nosotros la ilusion primera  
Recuerda acaso en su niñez perdida?  
¿Cuál fué el primer dolor, la mano fiera  
Que abrió en el alma la primer herida?  
¡Ay! desde entónces, sin dejar siquiera  
Un solo día, siempre combatida  
El alma de encontrados sentimientos,  
Ha llegado á avezarse á sus tormentos.

Mas ¡ay! que aquel dolor fué tan agudo  
Que el alma atravesó sin duda alguna ;  
Fué de todos los golpes el más rudo  
Que injusta nos descarga la fortuna,  
Cuando inocente el corazon desnudo,  
En el primer columpio de la cuna  
Se abre al amor en su ilusion divina,  
Y en él se clava inesperada espina.

¡Y despues! ¡y despues!.... Así el mancebo,  
Hombre en el cuerpo y en el alma niño,  
Todo á sus ojos reluciente y nuevo,  
Todo adornado con gentil aliño,  
Del falso mundo al engañoso cebo  
Corre y brinda bondad, brinda cariño;  
Y el mundo, que al placer falaz provoca,  
Dolor da en cambio al alma que lo toca.

Mas deje : el mundo por su amor se encarga  
Como un chorizo de curarla al humo,  
Y de hiel rica quinta esencia amarga

Sacar para bañarla con su zumo ;  
Luégo la ensancha más, luégo la alarga,  
La esquina, en fin, con artificio sumo,  
Hasta que endurecida y hecha callo,  
Suave al tacto le parece un rayo.

Grave dolor el del mancebo ha sido ;  
Grave dolor, porque de aquella gente  
La injusticia y crueldad ha comprendido  
Con que paga su amor tan inocente ;  
No en el cuerpo, en el alma le han herido,  
Que es niña el alma y varonil la mente,  
Y de juicio y razon Dios la ha dotado,  
Para que juzgue el mal que le ha tocado.

Sintió primero cólera, y pasando  
El físico dolor al pensamiento,  
Volvió los ojos tristes, implorando  
Piedad con amoroso sentimiento,  
Madre tal vez en su dolor buscando  
Que temple con caricias su tormento ;  
*Mas los hombres no sirven para madres,  
Y áun apénas si valen para padres ;*

Cuando llegó un piquete, y bien le avino,  
Que la gente ahuyentó con su llegada,  
Y el mozo, agradecido á su destino,  
Miraba con placer la gente armada.  
Pregúntanle despues de dónde vino,  
Cómo va en cueros, dónde es su morada ;  
Y él, que no sabe hablar, nada responde,  
Los mira, y sigue, sin saber adónde.

¿ Y adónde va ? A la cárcel prisionero,  
Que anda desnudo y es ya delincuente ;  
El, entre tanto, observa placentero  
Los colores que viste aquella gente ;  
Y de una bayoneta lo primero,  
Al mirarla tan tersa y reluciente,

Tocó la punta en su delirio insano,  
Y en su inocente afán se lirió la mano.  
Y este fué entónces el dolor segundo;  
Y dejáremos ya de llevar cuenta,  
Que para algo Dios nos echa al mundo,  
Y la letra con sangre entra y se asienta:  
Y así la razón gana, así el profundo  
Juicio con la experiencia se alimenta;  
Y porque aprenda, el mundo así recibe  
Al que no sabe cómo en él se vive.

CANTO IV.

Rizados copos de nevada espuma  
Forma el arroyo que jugando salta;  
Ricos países de vistosa pluma  
En campos de aire el pajarillo esmalta;  
Alzase lejos nebulosa bruma,  
De sombra rica, si de luces falta;  
Y el verde prado y el lejano monte  
Muro y término son del horizonte.

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre  
Su manto en el Oriente el alba tiende,  
Y blanca, y pura y regalada lumbre  
De su frente de nácares desprende;  
Cándida silfa á su fugaz vislumbre  
El aire en torno sonrosado enciende;  
Y en su frente la ondina voluptuosa  
Se mece al són del agua armoniosa.

Y tras la densa y tenebre cortina  
Del hondo mar sobre la rubia espalda,  
Ráfagas dando de su luz divina,  
Mécese el sol en lechos de esmeralda;  
La niebla á trozos quiebra y la ilumina  
Del terso azul por la tendida falda;

Tocó la punta en su delirio insano,  
Y en su inocente afán se lirió la mano.  
Y este fué entónces el dolor segundo;  
Y dejáremos ya de llevar cuenta,  
Que para algo Dios nos echa al mundo,  
Y la letra con sangre entra y se asienta:  
Y así la razón gana, así el profundo  
Juicio con la experiencia se alimenta;  
Y porque aprenda, el mundo así recibe  
Al que no sabe cómo en él se vive.

CANTO IV.

Rizados copos de nevada espuma  
Forma el arroyo que jugando salta;  
Ricos países de vistosa pluma  
En campos de aire el pajarillo esmalta;  
Alzase léjos nebulosa bruma,  
De sombra rica, si de luces falta;  
Y el verde prado y el lejano monte  
Muro y término son del horizonte.

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre  
Su manto en el Oriente el alba tiende,  
Y blanca, y pura y regalada lumbre  
De su frente de nácares desprende;  
Cándida silfa á su fugaz vislumbre  
El aire en torno sonrosado enciende;  
Y en su frente la ondina voluptuosa  
Se mece al són del agua armoniosa.

Y tras la densa y tñebre cortina  
Del hondo mar sobre la rubia espalda,  
Ráfagas dando de su luz divina,  
Mécese el sol en lechos de esmeralda;  
La niebla á trozos quiebra y la ilumina  
Del terso azul por la tendida falda;

Y de naranja, y oro, y fuego pinta  
Sobre plata y zafir mágica cinta.

Y en monte, y valle, y en la selva amena,  
Y en la de flores mil fértil llanura,  
Y en el seno del agua que serena  
Se desliza entre franjas de verdura,  
El ruido alegre y bullicioso suena  
De seres mil que cantan su ventura,  
Prestando su algazara y movimiento  
Voz á las flores y palabra al viento.

Las rosas sobre el tallo se levantan,  
Coronadas de gotas de rocío;  
Las avecillas revolando cantan  
Al blando són del murmurar del río;  
Chispas de luz los aires brillantan  
Salpicando de oro el bosque umbrío;  
Y si el aura á la flor murmura amores,  
La flor le brinda aromas y colores.

Y resonando... etcétera: que creo  
Basta para contar qué ha amanecido;  
Y tanta frase inútil y rodeo,  
A mí corto entender, no es más que ruido;  
Pero también á mí me entra deseo  
De echarla de poeta, y el oído,  
Palabra tras palabra colocada,  
Con versos regalar sin decir nada.

Quiero decir, lector, que amanecía;  
Y ni el prado, ni el bosque vienen bien,  
Que este segundo Adán no verá el día  
Nacer en los pensiles del Eden,  
Sino en la cárcel lóbrega y sombría;  
Que su pecado cometió también  
Viniendo al mundo por extraño hechizo,  
Y es justo que tal pague quien tal hizo.

Corrió, entre tanto, por Madrid la fama

De aquella aparición del hombre nuevo:  
De cómo viejo se acostó en su cama,  
Y al despertar se levantó mancebo.  
Nueva de que era causa se derrama  
Del gran tumulto que contado llevo,  
Cuando atento el patron, subiendo al ruido,  
Halló en otro á su huésped convertido.

Hay en el mundo gentes para todo:  
Muchos que ni aún se ocupan de sí mismos;  
Otros que las desgracias de un rey godo  
Leen en la historia y sufren parasismos;  
Quién, por saber la cosa y de qué modo  
Pasó, y contarla luego, á los abismos  
Es capaz de bajar; quién nunca sabe  
Sino es de aquéllas en que interés le cabe.

Quién, por saber lo que á ninguno importa,  
Anda desempolvando manuscritos  
Para luego dejar la gente aborta  
Con citas y con textos eruditos;  
Otro almacena provision no corta  
De hechos recientes, cuentos infinitos,  
Y mentiras apañadas, y cuanto pasa  
Se entretiene en contar de casa en casa.

Este raro suceso que yo cuento  
Aquí en la capital ha sucedido;  
Y es tanta la jarana y movimiento  
En que su vecindario anda metido,  
Que muchos no tendrán conocimiento  
De un caso no hace mucho acontecido;  
Y á otros tal vez tan verdadera historia  
Se habrá borrado ya de la memoria.

Mas yo, como escritor muy concienzudo,  
Incapaz de forjar una mentira,  
Confesaré al lector que mucho dudo  
De la verdad del caso que le admira;

Contaré el cuento con mi estilo rudo  
Al bronco són de mi cansada lira,  
Y el hecho á otros afirmar les dejo  
De haberse el mozo convertido en viejo.

*Como me lo contaron te lo cuento,*  
Y yo de la verdad sólo respondo,  
De que el mozo salvaje del portento  
Anda alegre por ahí mondo y lirondo :  
Raro misterio que en conciencia siento  
No poder descifrar por más que ahondo.  
Mas ¿ qué mucho, si necio me confundo  
Sin saber para qué yo vine al mundo ?

Que no es menor misterio este incesante  
Flujo y reflujo de hombres, que aparecen  
Con su cuerpo y su espíritu flotante,  
Que se animan y nacen, hablan, crecen,  
Se agitan con anhelo delirante,  
Para siempre despues desaparecen,  
Ignorando de dónde procedieron,  
Y adónde luégo para siempre fueron.

Baste saber que nuestro héroe existe,  
Sin entrarse á indagar arcano tanto;  
Que tiene para estar alegre ó triste  
Risa en los labios y en sus ojos llanto ;  
Que come, bebe, duerme, calza y viste,  
Ya más civil en este cuarto canto ;  
Y que Adan en la cárcel le pusieron,  
Cuando desnudo como Adan le vieron.

Baste saber que el *Diario*, en su importante  
Seccion que casos de la córte cuenta,  
En estilo variado y elegante,  
Que el interes del sucedido aumenta,  
Refiere este suceso interesante  
Al número dos mil seiscientos treinta,  
Y como sigue causa, el parte dado,

No me acuerdo qué juez ni qué juzgado,

Y todos los de todos los colores  
Periódicos, amable cofradía,  
Que se apellidan, ya conservadores,  
Ya progresistas, y que en lucha impía,  
Cebo de los políticos reneores,  
Mondan y pulen la cuestion del día,  
De ilustracion vertiendo ricas fuentes  
En caudales fructiferos torrentes.

Ahondando la cuestion de estrago tanto,  
Buscando el móvil de motin tan fiero,  
Hallaron unos y otros con espanto  
Que era un pagado y vil aventurero,  
No disfrazado bajo el noble manto  
De la santa virtud, sino altanero ;  
Agente digno de la trama impía,  
Saliendo en carnes á la luz del día.

Y acusó cada cual á su contrario  
De haber pagado y encerrado al loco,  
Y del absurdo cuento estrafalario  
Que honra por cierto su invencion muy poco :  
Cuál al Gobierno acusa atrabiliario,  
Cuál supone en los clubs que se halla el foco,  
Sin que ninguno ser quiera en su ira  
Autor de tan *ridícula mentira*.

Y con lógica sana y juicio recto  
Probaron, como cuatro y tres son siete,  
Que no cabe en el más rudo intelecto  
Que se convierta un viejo en mozalvete :  
Y alguno, á los milagros poco afecto,  
Con ódio á todo clerical bonete,  
Probó que nada, en un sabio discurso,  
Basta del mundo á trastornar el curso.

Y yo quedé de entónces convencido  
Casi de que era mentiroso el cuento,

Aunque siempre mis dudas he tenido,  
Que es muy dado á dudar mi entendimiento;  
Y cuanto llevo hasta ahora referido  
No lo afirmo ¡oh lector! ni lo desmiento,  
Que por mi honor te juro no quisiera  
Que nadie mentiroso me creyera.

Y casi, casi arrepentido estoy  
De haber tomado tan dudoso asunto  
Y de á pública luz sacarlo hoy  
Que la incredulidad llega á tal punto;  
Mas ya adelante con mi cuento voy  
Al són de mi enredado contrapunto,  
Que es mi historia tan cierta y verdadera  
Como lo fué jamás otra cualquiera.

Es el caso que Adán, preso y desnudo,  
Hace ya un año que en la córte vive,  
Do con áspero trato y ceño rudo  
Áspera y ruda educacion recibe.  
Es cada cual allí doctor sesudo  
Que practicando de su ciencia vive,  
Tomos que enseñan más filosofía  
Que cien años de estudio en solo un día.

Sociedad de filósofos aquélla,  
Andar allí desnudo á nadie espanta;  
Antes pondrán más bien pleito y querella  
Al que lleve chaqueta, capa ó manta;  
Y así á nadie extrañó cuando su estrella  
Trajo allí al jóven que mi lira canta;  
Y un año desde entónces ha corrido  
Y el mancebo se está como ha venido.

En cuanto á traje, y nada más, se entiende  
Que la sana razon su juicio aploma,  
Sus sentidos aviva y los enciende,  
Y su rústico ardor desbrama y doma.  
La gracia y ademan del jaque aprende

Las más punzantes voces del idioma,  
Y á sufrir, y á callar, y á caso hecho  
Guardarse la intencion dentro del pecho.

Y como el juicio su taleato rija,  
Comprende de derechos y deberes  
El intrincado código que fija  
Los goces de aquel mundo y padeceres;  
Y el noble ardor que el corazon le aguija,  
En ánsia de dominio y de placeres,  
Y su hercúlea simpática figura  
Del ajeno respeto le asegura.

Ni chiste ni pillada se le escapa,  
Ni gracia alguna sin respuesta queda,  
Ni las cartas mejor ninguno tapa  
Cuando entre amigos el cané se enreda;  
Revuelta al brazo con desden la capa,  
Con él, navaja en mano, no hay quien pueda,  
Que en la cárcel ahora ya no hay pilló  
Que maneje mejor que él un cuchillo.

Ni le hay más suelto y ágil, ni quien sea  
Más diestro á la pelota y á la barra,  
Ni más vivo y sereno en la pelea,  
Ni de apostura tal y tan bizarra;  
Y á tanto va su gracia, que puntea  
De modo que hace hablar una guitarra;  
Y para acompañar se pinta solo  
Su acento varonil cantando un polo.

Y áspero á par que jugueton y atento,  
Sin que de su derecho un punto ceda,  
Hombre de pelo en pecho y mucho aliento,  
Con los *ternes* y *jaques* entra en rueda;  
Y creciendo en arrojo y valimiento,  
En juez se erige y los insultos veda  
Del fuerte al débil, y animoso arguye,  
Y á su modo justicia distribuye.

Tal vez habrá quien diga escrupuloso  
Que es poco tiempo para tanto un año,  
Y poco fuera, cierto, si dichoso  
Vivido hubiera en lisonjero engaño;  
Mas allí, donde el látigo furioso  
La suerte vibra con semblante hurafío,  
Donde ninguno de ninguno cuida,  
Pronto se aprende á conocer la vida.

Allí, do hierve en ciego remolino  
La sociedad, ni títulos ni honores  
Son del respeto formulado sino,  
Ni sirven al que entra sus mayores:  
Tienen todos que abrirse su camino  
Breve mundo de más grandes dolores,  
Do lucha el triste en su afligido centro  
Contra la sociedad de fuera y dentro.

Siempre en eterna tempestad, impura  
Mar donde el mundo su sobrante arroja,  
Lucha náufrago el hombre á la ventura  
Sin puerto amigo que en su mal le acoja:  
Pechos que endureció la desventura,  
Y que el castigo de piedad despoja,  
Cada cual de su propio pesar lleno,  
Nadie se duele del dolor ajeno.

Y en qué parte del mundo, entre qué gente  
No alcanza estimacion, manda y domina  
Un jóven de alma enérgica y valiente,  
Clara razon y fuerza diamantina?  
Apura el jarro del licor hirviente  
Cuando el más esforzado desatina  
Y trastornado y balbuciente bebe,  
Y áun el cien jarros á apurar se atreve.

Y si es su malicia la malicia aquella  
Viva y gentil del despejado niño;  
Luz y candor su corazon destella

En medio de su alegre desalifio;  
Su noble frente y su figura bella,  
Su audacia inspira al corazon cariño;  
Que aquella fiera gente, en su rudeza,  
Admiran el valor y la grandeza.

Y aunque es su lengua rústica y profana,  
Y su ademan de jaque y pendenciero,  
Pura se guarda aún su alma temprana,  
Como la luz del matinal lucero.  
Bate gentil, cual mariposa ufana,  
El corazon sus alas placentero,  
Que abrillantan aún los polvos de oro,  
De inocencia y virtud breve tesoro.

Ni leyes sabe, ni conoce el mundo,  
Sólo á su instinto generoso atiende,  
Y un abismo de crímenes inmundo  
Cruza, y el crimen por virtud aprende;  
Y aquel pecho, que es noble sin segundo,  
Y que el valor y el entusiasmo enciendo,  
Aplica al crimen la virtud que alienta,  
Y puro es si criminal se ostenta.

Como niño que cándido se esfuerza  
Y hacerse el hombre en su candor presume,  
Y la echa de ánimo y de fuerza,  
Miente blasfemias, fuma aunque no fume,  
No hay nadie sobre él que imperio ejerza,  
Y habla de mozas; tal grato perfume  
Vertiendo en torno de inocencia pura,  
Al más bandido remedar procura.

Y como en mente y en valor les gana,  
Y aventaja en nobleza y bizarría,  
Tanto les vence cuanto más se afana  
En mostrarles mayor su gallardía;  
Y aquellas almas viejas su alma ufana  
Con noble anhelo superar ansía,

Sin cuidarse en los lances que le empeñan  
De si es vicio ó virtud lo que le enseñan.

Y por amor á adornos y colores,  
Y entender que lo exige su decoro,  
Bordado un marselles con mil primores  
Cuelga de su hombro izquierdo con desdoro:  
Charro un pañuelo de estampadas flores  
Ciñe á su cuello una sortija de oro;  
Calzon corto, la faja á la cintura,  
Botin abierto y gran botonadura.

Que aprendiendo á jugar ganó el dinero,  
Y allí á la reja la Salada viene,  
Moza que vive de su propio fuero  
Y en cuidar á los presos se entretiene:  
El parecer tal vez la hizo salero,  
Y ella, que es libre y que á ninguno tiene  
Cuenta que dar, dineros y comida  
Le trae, de amores por su Adan perdida.

Y ya le ha aconsejado en su provecho  
La pobre moza de su amor prendada;  
Que aunque de rumbo, y garbo, y franco pecho,  
Y en su modo y palabras desgarrada,  
Y aunque le mira en cueros que es bien hecho,  
Con dulce encanto y alma enamorada  
Le aconsejó vestirse por decencia,  
Y él se dejó vestir sin resistencia.

Vagando va confuso el pensamiento  
En torno á la mujer del mozo ardiente,  
Sin poderse explicar el sentimiento  
Que por sus nervios esparcido siente;  
Mas su vista le da dulce contento,  
Respira en ella un delicioso ambiente  
Que mágico embelesa sus sentidos  
Tras la ilusion de su placer perdidos.

Y su voz, aunque áspera, que suena

Grata á su oído, el corazon le adula;  
Y de ansiedad confusa su alma llena,  
Ni su ilusion ni su placer formula:  
Lejano són de amante cantinela  
Que entre la brisa perfumada ondula,  
Al aire de su dulce devaneo  
Perdido vaga su genial deseo.

Y cuando ella con amor le mira,  
En la ansiedad vehemente que le aqueja  
Y en el ardor violento que le inspira,  
Quiere romper la maldecida reja;  
Y la sacude con violenta ira,  
Porque acercarse á ella no le deja:  
Trémulo de furor sus miembros laten  
Y sus artérias dolorosas baten.

Látigo, y grillos, y penoso encierro,  
Pronta á saltar sobre él la muchedumbre,  
Tratado allí como indomable perro,  
Le impusieron forzada mansedumbre.  
Cual vigoroso potro tasca el hieiro,  
Bota y arranca de las piedras lumbre,  
El mozo así, sujeto á su despecho,  
Siente un dolor que le desgarrá el pecho;

Fiero leon que á la leona siente  
En la cercana jaula de amor llena;  
Que con lascivo amor ruge demente,  
De cólera erizando la melena;  
Y la garra clavando en la inclemente  
Reja, en torno los ámbitos atruena;  
Y el duro lierro sacudido cruje  
De tanto esfuerzo á tan tremendo empuje.

Que al placer la convida su hermosura,  
Más á sus ojos mágica que el cielo  
Con su sereno azul bañado en pura  
Luz que colora el trasparente velo;

Placer que inspira al corazón bravura,  
Fuerza á sus nervios y valiente anhelo,  
Su máquina impulsada y sacudida  
Al ignorado goce á que convida.

Que los ardientes ojos de la bella,  
Y el que Mayo pintó de rosa y nieve  
Semblante alegre que salud destella,  
Redondas formas y cintura leve,  
Y gallardo ademán, ligera huella,  
Pié recogido en el zapato breve  
Y blanca media que al tobillo pinta  
De negro á trechos la revuelta cinta;  
Y el hueco traje que flotante vaga  
En rica de lujuria y vaporosa  
Atmósfera de amor, que el alma halaga  
Y excita los sentidos codiciosos,  
Y que enseñar al movimiento amaga  
Cuanto finge tal vez la mente ansiosa,  
Que allá penetra en la belleza interna  
Tras la pulida descubierta pierna;  
Sácanle al rostro en torbellinos rojos  
El fuego del volcán que el pecho asila,  
Lanzando llamas sus avaros ojos,  
Encendida la lúbrica pupila.

¡Miseró del que entónces sus enojos,  
¡Ay! provocára! La ira que destila  
Su impotencia en su alma rebosando,  
Sobre él cayera su dolor vengando.

¿Visteis al toro que celoso brama,  
La cola ondeando sacudida al viento,  
Que el polvo en torno levantando inflama,  
Envuelto en nube de vahoso aliento,  
Y ora á su amada palpitante llama,  
Ora busca en su cólera violento,  
Con erizado ceño y frente torva,

Quién el deseo de su amor estorba?

Así el mancebo en derredor revuelve  
La vista en ánsia de feroz pelea;  
De nuevo á sacudir la reja vuelve,  
Que trémula á su empuje titubea;  
Calmarse, en fin, á su pesar resuelve;  
Siente que en vano lucha y forcejea;  
Y ella le habla, y él triste la mira,  
Y, sin saber qué responder, suspira.

Que él no sabe con ella hablar de amores,  
Sino sentir en su locura ciego;  
Suspiros son la voz de sus dolores,  
Y son sus ánsias en sus ojos fuego;  
Ella entre tanto calma sus furores,  
Que él siempre cede á su amoroso ruego,  
Y en sus salvajes ojos se desliza  
Dulce rayo de amor que los suaviza.

Porque es á un tiempo la manola airosa,  
Gachona y blanda como altiva y fiera,  
Y sabe con su Adán ser amorosa  
Y esquivar con los otros y altanera;  
Paloma fiel, cordera cariñosa,  
Aunque de rompe y rasga, y de quimera,  
Y mal hablada y de apostura maja,  
Y que lleva en la liga la navaja;

Y está de su pasión tan satisfecha,  
Tan ancha está de su gallardo amante,  
Que hasta la tierra le parece estrecha,  
Y no hay dicha á su dicha semejante.  
Cuando á la espalda la mantilla echa  
Y las calles se lleva por delante,  
Pensando en el gachón que su alma adora,  
En su propia hermosura se enamora.

Corazón toda ella, y alma, y vida,  
Y gracia, y juventud, desprecio siente

Hácia la sociedad, libre y erguida  
Hollandola con planta independiente.  
Dejando á su pasión franca salida,  
Un *pues mejor* rasgado é insolente,  
Con cara osada por respuesta arroja,  
Si alguno, reprimiéndola, la enoja.  
Pobre mujer, para sufrir criada,  
Vil la marcó la sociedad ímpia,  
Viviendo en medio de ella condenada  
A perpétua batalla y rebeldía;  
Hija del crimen, sola, abandonada  
A su propia experiencia y energía,  
Sin más lazo en el mundo ni consejo  
Que un padre preso, criminal y viejo.  
Era el tío Lucas, padre de la bella,  
Hombre de áspero trato, y de torcida  
Condición dura, y de perversa estrella,  
Sin cesar por su boca maldecida;  
Pocas palabras, de indolente huella,  
Mal encarado y de intención dormida,  
Chico, y ancho de espaldas, y cargado,  
Largo de brazos y patí-estevado;  
De chata y abultada catadura,  
De entrecana y revuelta espesa ceja,  
Ojos saltones y mirada dura,  
Blanca patilla á trechos y bermeja,  
La frente estrecha y de color oscura:  
Rojo el pelo como áspera guedeja,  
Inaccesible al peine, aborrecido,  
En vedijas la cubre enmarañado.  
No hay cárcel ni presidio en las Españas  
Que no conserve de él alta memoria;  
Ciudad que no atestigüe de sus mañas,  
Ni camino sin muestras de su gloria:  
Y consignada está de sus hazañas,

En procesos sin fin su inclita historia,  
Aunque oscura y truncada, que á la pluma  
Fió muy poco su modestia suma.

Lleva á rastra los pies andando, y mueve  
Pesada y vacilante la cabeza,  
Su pensamiento é intención aleve  
Mostrando en su abandono y su pereza.  
Mosquito insigne, por azumbres bebe  
Sin vacilar un punto su firmeza;  
Siempre fumando, el labio ya tostado  
Con el tabaco negro y requemado.

Raya en sesenta años, y cincuenta  
Hace ya que empezó sus correrías.  
Quiénes fueron sus padres no se cuenta,  
Ni dónde ha visto sus primeros días:  
Siempre sagaz, diversa historia inventa  
De sus viajes, familia y fechorías,  
Cambia su nombre y patria, dando largas  
Así á las horas de su vida amargas.

Este honrado varón, cuando desnudo  
Adán entró en la cárcel, y la gente  
Le examinaba con anhelo rudo,  
Explicó el caso con sesuda mente:  
— ¿No habeis, les dijo, visto nunca un mudo?  
¿Qué diablos os *chungais* de un inocente?—  
Y apartó á todos, con afecto raro,  
Dando á su mudo protección y amparo.

Y como luego el inocente diera  
Pruebas de su vigor y valentía,  
Y abriera á uno en desigual quimera  
Contra las piedras la cabeza un día;  
Tanto amor le cogió, que la severa  
Faz desplegando, que jamás reía,  
Hablaba siempre de él guiñando el ojo  
Con cierta sonrisita de reojo.

«¡ El chaval! — ¡ el chaval! » decía entre sí,  
« Meterle mano, que mejor gazapo  
» No ha regalado el Líbano al Buchí (1);  
» Vamos con él á quien es el más guapo »:  
Y cuando vió que el mozo hecho un zahorí  
Camina viento en popa á todo trapo,  
Y aprende á hablar, y en ardimiento crece,  
Y hacerse un hombre de provecho ofrece;  
Fundó esperanzas el astuto viejo,  
Y comenzó á formarle á su manera,  
Y le oyó el jóven con sagaz despejo  
Y con más atención que conviniera.  
A él y á nadie más pide consejo,  
Sometida al talento su alma fiera;  
Que en las cosas del mundo el viejo es ducho,  
Y el candoroso Adan le tiene en mucho.  
Su observancia profunda y su experiencia  
Ha reducido á máximas la vida;  
Es cada frase suya una sentencia,  
Cada palabra una ilusion perdida.  
Torpe y lento en hablar, vierte su ciencia  
En truncados periodos sin medida;  
Más en su gesto su intencion marcada  
Que en el valor de la palabra hablada.  
Como entreabierta garra alza la mano  
Siempre de quite al frente el movimiento,  
Y habla gruñendo como perro alano  
Con ojos de traves y sordo acento.  
Sobre la frente el pelo roji-cano,  
La barba sobre el pecho, al mozo atento,  
Que su doctrina codicioso espera,  
Una noche le habló de esta manera:

(1) *El Escribano al verdugo* en la jerga de la cárcel.

Hijo mio, pocos años  
Me quedan ya que matar,  
Porque á mí me han de acabar  
La viuda (1) ó mis desengaños.

A tí mañana, á mí hoy;  
Yo soy punta y tú eres mango;  
Este mundo es un fandango:  
Tú vienes y yo me voy.

Mira, de nadie te fies;  
Hijo Adan, vive en acecho;  
Lo que guardes en tu pecho  
Ni aun á tí mismo confies.

La gente... no hay un amigo:  
Al que cae, la caridad...  
De una mala voluntad  
Tienes un falso testigo.

Si *mojas* (2) á alguno, cuida  
De endiñarle al corazon...  
No se olvida una intencion  
Y un beneficio se olvida.

Eres mozo, al mundo sales;  
De los montes se hacen llanos;  
Buena suerte y muchas manos,  
Y callar y vengán males.

A malos trances, más bríos.  
Como la mar es en suma  
El mundo; pero en su espuma  
Se sustentan los navíos.

Las mujeres... la mejor  
Es una *lumia* (3); en el suelo,  
El diablo no tiene anzuelo

(1) *Viuda*, la horca.

(2) *Mojas*, dar de puñaladas.

(3) *Lumia*, mujer de mala vida, ramera.

Más seguro ni peor.

Ellas te chupan el jugo  
Y te espantan los *parnés* (1);  
Cuando carne comer crees,  
Estás comiendo besugo.

El hombre aquí ha de enredar  
Sin que lo enrede el enredo;  
Tú no te chupes el dedo,  
Que no hay que pestañear.

Mala siembra, mala siega:  
Nada me va, nada sé;  
Quien más mira, menos ve,  
Y di la verdad, Juan Niega.  
Esto es negro para tí;  
Pero ya lo entenderás,  
Y acaso te acordarás,  
Cuando lo entiendas, de mí.

Poco en verdad el candoroso mozo  
De tan profundas máximas comprende,  
Con tal misterio y maleante embozo  
Hablándole de un mundo que no entiende:  
Y al traves de su rústico rebozo  
Si el sentido tal vez sagaz trasciende  
De alguna frase, en su confuso empeño  
Cuanto adivina le parece un sueño.

Un mundo que una luz pura ilumina,  
Que viste y cubre un tan hermoso cielo,  
¿Mansion habrá de ser donde camina  
El hombre siempre con mortal recelo?  
¿Y será la mujer, creación divina,  
Vida del alma y generoso anhelo,

(1) El dinero.

Brillante de placer y de hermosura,  
Enemiga también, también impura?...  
¿Será del hombre el hombre el enemigo,  
Y en medio de los hombres solitario,  
Él, su sola esperanza y solo amigo,  
Verá en su hermano su mayor contrario?  
¿Grillos, cadenas, hambre y desabrigo  
Siempre serán el lúgubre sudario  
Que vista, al entregarle á su abandono,  
El hombre al hombre en su implacable encono?

¿Será tal vez que en bandos dividida,  
Luche furiosa en obstinada guerra  
La raza de los hombres fratricida  
Alterando el reposo de la tierra?  
¿Qué brazo audaz que justo se apellida  
Contra su voluntad allí le encierra?  
¿Quién llama criminal á aquella gente  
A quien oye decir que es inocente?

Y él, que recuerda como un sueño apenas  
De su vida el primer dulce momento,  
¿Por qué á vivir en ásperas cadenas  
Vino, y cruel con bárbaro tormento  
El hombre de dolor las manos llenas  
En su inocencia lo arrojó violento,  
Castigando con grillos y prisiones  
El natural vigor de sus pasiones?

Estas y otras reflexiones rudas  
Hierven en su ofuscada fantasía,  
Como aparece entre las sombras mudas  
Incierto rayo de la luz del día,  
Turbio su juicio, amontonando dudas,  
Sin fórmula vagando en la sombra  
Nube que de su mente está cubierta,  
Ni acierta á hablar, ni á preguntar acierta.  
Tosió entre tanto su mentor, que arrancó

Del pulmon á pedazos su catarro,  
Y remoja la voz, que se le atranca,  
Sorbiéndose de vino medio jarro.  
De un negro torcidon como una tranca  
Pica, lia y enciende su cigarro,  
Chupa y empuja con la uña el fuego,  
Y en su discurso así prosiguió luégo:

¿Tú que has hecho? no has salido,

*Chabato* (1), del cascaron :

Sin razon ó con razon

A la sombra te han traído.

Es sino de criaturas :

No te gruñirá el *bari* (2);

A mí me tienen aquí

Un *chota* (3) y mis desventuras.

Se *berreó* (4) el maldecido,

Y dos señores muy llanos

Vinieron con cuatro alanos

A sorprenderme en mi nido.

Yo, como soy muy cortés,

Excusé su compañía,

Hasta que vi no podía

Ni por manos ni por piés.

No se llevaron mal chasco :

Seis pobretes..... la del humo.....

Que por ahí andan presumo ;

Yo aquí á la sombra me rasco.

Por ellos me dí á partido ;

Dando largas ello irá ;

(1) Jóven, nuevo.

(2) Juez. *No te gruñirá el bari*, el juez poco te ha de hacer.

(3) Delator.

(4) Hablar más de lo que conviene.

Que no los traigan acá,  
Y nada se habrá perdido.

Tú, pobrecillo, reserva  
Lo que ahora vas á saber,  
Que en el mundo hay que aprender  
A sentir crecer la hierba.

El que lo gana lo jama (1);

A buscársela, hijo mio ;

A hacer tú mismo tu avío,

Que el que no llora no mama.

Y tú, para tí has de hacer.

Yo te pondré en buen camino.

Hijo, si tienes buen sino,

Pan te queda que roer.

Los seis pobretes..... más plata

Valen que ha dado el Perú.

Son muy gentes: verás tú,

Seis meloncitos de cata;

Muy hombres, muy campechanos.

No porque yo los alabe;

Pero, es cosa que se sabe,

Como las suyas no hay manos.

Saladilla te dirá

Lo que has de hacer: ¡malos mengues (2)!

Te lleven á tí y sus dengues,

Que tan derretida está!

Los seis pobretes reciben

Tambien de este pobre viejo

De cuando en cuando un consejo,

Y, Adán, como pueden viven.

Yo bien te quisiera dar

Rentas y capellanía ;

(1) Comer.

(2) Diablos,

Pero el que no tiene usía  
Se lo tiene que ganar.  
El refran dice, hijo Adan,  
Que Dios es omnipotente  
Y el dinero es su teniente,  
Y que sin el din no hay dan.  
Con que salud, y andar vivo,  
Que por tu bien tengo empeño,  
Y adios, que ya viene el sueño:  
Cada mochuelo á su olivo.

Quedóse Adan, mientras espera el día,  
Rumiando las palabras del bandido.  
Pasar el mundo en confusion veía  
Con loca fiebre y delirante ruido;  
Luégo, en grata embriaguez su fantasía,  
Embargándole el sueño su sentido,  
La imágen en vision encantadora  
Le trajo amor de la mujer que adora.

Grata vision, que venturosa calma  
Su loco enajenado pensamiento,  
Que trae regalo y esperanza al alma,  
Ignorado deleite y sentimiento;  
En mitad del desierto umbrosa palma  
Que templá su calor calenturiento,  
Y á cuyo pié el viajero se reposa.  
En paz de amor y languidez sabrosa.

Vision en cuyos brazos descansando,  
Su oscura cárcel y ansiedad olvida,  
En jardines de rosas respirando  
El encantado aroma de la vida:  
El alma allí con movimiento blando  
En el columpio mágico mecida  
De su propia ilusion, cuenta un tesoro  
De esperanzas sin fin, de ensueños de oro.

Alma jóven y pura, que suspende  
En la region del aire un devaneo,  
Y que en su propia luz la luz enciende,  
Y da forma y vision á su deseo.  
La atmósfera tal vez ruda le ofende  
Del ignorado mundo y su mareo;  
Más si siente sus puntas dolorida,  
Su propia juventud cura su herida.

Que hay en el alma, cuando nueva agita  
Sus áureas alas, una fuente pura,  
Que alegre riega la ilusion marchita  
Y renueva su fuerza y su hermosura;  
Bebiendo de ella el corazon palpita,  
Hasta que al fin secándose la apura,  
Y en vez de la ilusion se alza la pena  
Que el manantial purísimo envenena.

Así en su propia alma su consuelo  
Halla el mancebo, y de la pura fuente  
Con las aguas de vida su desvelo  
Templa, y el sueño perezoso siente:  
Y luégo, en alas de su propio anhelo,  
De la amada mujer cruza en su mente  
La blanca imágen que, por más delicia,  
Amorosa le besa y le acaricia.

Brilló entre tanto, si decirse puede  
Que brilla en una cárcel nunca el día,  
Donde á su luz la sombra nunca cede,  
Ni un rayo el sol al corazon envía;  
Donde la tregua que al dolor concede  
Un breve sueño con crueldad impía  
Rompe la aurora, y vuelve á su faena  
El cautivo amarrado á su cadena;

Donde las horas hilan su tejido  
Sin enredar tal vez una esperanza,  
Y el tiempo al parecer pasa dormido

Sin señales de alivio ni mudanza;  
Donde tal vez el término cumplido  
Que la ilusión del desdichado alcanza,  
Es en su ruda, inexorable suerte,  
En un suplicio una penosa muerte;  
Donde.... pero tambien el hombre olvida  
Allí su pena en su locura insana;  
Rie y canta, y devánase su vida  
Que entre el ayer se enreda y el mañana.  
La llaga del dolor adormecida  
Templa un olvido, una esperanza vana,  
Que es el presente lago alborotado,  
Do el porvenir se enturbia y lo pasado.  
La causa en tanto en un rincón dormía,  
Sin cuidarse de Adán el escribano,  
Y un año largo de prisión corría,  
Y nadie de él se acuerda; y un verano  
Y otro pasará, y ciento, y pasaría  
Un siglo entero, y mil, y todo en vano;  
Situación en las cárceles no extraña,  
Gracias al modo de enjuiciar de España;  
Cuando la hermosa que al mancebo adora  
Quién sabe cómo, acaso malamente,  
Logró de la pereza vencedora  
Del juez que diese á Adam por inocente.  
Vista la causa, en fin, llegó la hora  
De darle libertad, y delincuente  
No pudiéndole hallar, le sentenciaron  
Las costas á pagar que otros causaron.  
Las costas, pues, con otras bagatelas  
Pagó de sus ahorros la Salada;  
Cálzase el escribano las espuelas,  
La causa aviva, y la dejó *zanjada*.  
¡Oh! ¡cuánto, amor, el corazón desvelas  
De una hermosa mujer enamorada!

¡Cómo voló á la cárcel aquel día  
Rebosando de nuevo la alegría!

Párase ante la cárcel, precipita  
Acá y allá agitada sus paseos,  
Frenético su espíritu se agita,  
Sueña su alma amantes devaneos,  
Un siglo en su ansiedad loca, infinita,  
Cuentan cada minuto sus deseos,  
Allí esperando á que el escriba venga  
Y oír gritar: «Adán con lo que tenga» (1).

Llegó por fin el anhelado instante,  
Corrió á la reja la feliz manola,  
Toda turbada látele el semblante,  
Que amor con mil colores arrebola;  
Y trémula la mano, y anhelante  
Con un ansia no más y una idea sola,  
Entre la verja entrándola la agita,  
Y con el gesto y con la voz le grita.

Y como tigre que, acechando hambriento,  
Tal vez descubre presa en la llanura;  
Y en arco el cuerpo arrojase violento,  
Salta, y entre sus garras la asegura;  
No con ansia menor, al dulce acento  
Que entrando hasta en sus tuétanos murmura  
El mozo corre adonde ve su bella,  
Que al traves de la reja se atropella.  
¡Oh del primer amor dulces escenas  
Que presencia risueño un escribano!  
Palomas inocentes de amor llenas  
Que se huelgan delante del milano!  
Romped, en fin, romped esas cadenas

(1) Grito con que en la cárcel llaman al preso que piden en libertad; el mismo grito sirve para llamarlo y ponerlo en capilla.

Con que el destino os separó tirano,  
Y otras os teja de amorosas flores  
El buen Dios protector de los amóres.

Abrazó Adan al redomado viejo,  
Honrado padre de su amada prenda,  
El cual, frunciendo el rígido entrecejo,  
Le apartó donde nadie los entienda;

Y á solas repitiéndole el consejo  
De la noche anterior, le recomienda  
Prudencia y tino y ánimo en la vida,  
Y le abraza otra vez por despedida.

¡Cuánto júbilo al alma y alborozo,  
Cuánto loco placer, cuánta alegría  
Sintió alterado el indomable mozo  
Libre al mirarse y á la luz del día!  
Las artérias palpitante de gozo,  
Baña la luz su audaz fisonomía,  
Y, de contento el corazón deshecho,  
Suena á sus golpes conmovido el pecho.

Y ella veloz con su ademan de maja,  
Su planta firme y su gentil soltura,  
La calle al lado de su amante baja  
Llamando la atención su donosura;  
Y ambos en medio á la comun baraja  
De gentes que atraviesan con presura,  
Y que á su garbo y gentileza atienden,  
Ojos á un tiempo y corazón suspenden.

Y él al mirarse al lado de su bella  
Y al tocarla tal vez su tacto es fuego,  
Fuego que lanza vivida centella  
Que el alma y corazón penetra luego:  
Páranle á un tiempo su ignorancia y ella,  
Que contiene su ardor con blando ruego:  
Y acaso su ardimiento también doma  
Cuando recuerda la pasada broma,

Que ha comprendido Adan que aquella gente  
Que él con recelo y cuidadoso mira,  
Es acaso la misma que inclemente  
Piedras y lodo al inocente tira;  
Y cual furioso loco va impaciente  
Junto al loquero que temor le inspira,  
Así la rienda puesta á sus arrojós,  
Gira en redor sus recelosos ojos.

Un pobre cuarto bajo en una casa  
Pobre, la moza en Avapiés habita,  
De baja planta y de fachada escasa,  
Limpia por dentro y de esmerada cuita.  
La llave con incierta mano pasa,  
Y el mancebo feliz se precipita  
Tras ella en la mansion, que amor ahora  
Con tintas mil de su ilusión colora;

Tintas que bañan en su lumbre pura  
La pobre estancia con celeste encanto,  
Vertiendo en torno aromas de dulzura  
Que amor derrama de su aéreo manto;  
Morada acaso triste, acaso impura,  
Mas de la dicha ahora templo santo,  
Convertido en eden de ricas flores  
Al soplo germinal de los amóres.

Que solo allí con la mujer que adora,  
Cuya hermosura la mansion encanta,  
Bastan apenas al mancebo ahora  
Los ojos á admirar belleza tanta;  
Y el fuego que frenético atesora  
El corazón y su vigor levanta,  
Y su inquietud redobla fulminante,  
En ráfagas de luz brota al semblante.

Y entre sus manos trémulas su mano,  
Sus labios devorándose encendidos,  
Al rudo impulso y al furor tirano,

De sus tirantes nervios sacudidos,  
El, ignorante en su delirio insano,  
Respondiendo latidos á latidos,  
Al corazón la aprieta, el juicio pierde,  
La besa hambriento y con placer la muerde.

Y una nube quimérica ya vela  
Sus sentidos, y vaga y vaporosa,  
Placer, deleites y delirios cела,  
Y confunde su dicha vagarosa;  
Y la hermosura disipada vuela  
De la mujer que espárcese amorosa;  
Y donde quiera él gusta, toca y mira,  
Dicha, hermosura é ilusion respira.

Aire que con riquísimos olores  
Baña su negra cabellera riza;  
Luz vagarosa y blanda que de amores  
En los húmedos ojos se desliza;  
Voluptuosa niebla de colores  
Que un deliquio dulcísimo matiza,  
Los cerca en derredor, embebecidos  
En su lánguida mágia los sentidos.

Amor encuentra en su sabrosa boca,  
Y en sus ojos de amor amor respira;  
Afan de amores en su frente loca  
Latir contempla si á su hermosa mira;  
Furor ardiente que al amor provoca  
El en su aliento abrasador aspira;  
Y ella á su furia y su pasión demente  
Doblar su amor, al estrecharle siente.

Y amor en voluptad se desvanece,  
Y va á perderse en el remoto cielo,  
Que hasta allí disipándose parece  
Que elevan sus espíritus su vuelo;  
Y el aura del deleite que las mece  
Y confunde sus almas en un velo,

Cubriéndolas de gloria y de ventura,  
Allá las alza en sueños de dulzura;  
Sueños que en torno en formas nacaradas  
Vagos acá y allá revolotean,  
Y en las venas latiendo arrebataadas  
Entre la sangre trémulos serpean.  
En los rígidos nervios desplegadas  
Sus alas placidísimas ondean;  
Sobre la frente bulle su armonía,  
Y ofuscan con su luz la fantasía.

Genios de amor, deidades de hermosura,  
Dónde la juventud, nuevas creaciones,  
Que en el primer placer el alma pura  
Llueve desde su cielo de ilusiones;  
Inmenso amor, riquísima ventura  
Que ignoran los mortales corazones  
Que el varonil vigor aún no han sentido  
Y está el candor de su niñez perdido.

¡Oh! A su inocencia, á su infantil pureza  
La fuerza juvenil junta el mancebo,  
Nueva á sus ojos es tanta belleza,  
Nuevas sus ansias y su goce nuevo;  
Antes que la ilusion en su cabeza  
Seque el deseo con picante cebo,  
Dicha, ilusion, amores y delicias  
Se atropellan en él con sus caricias.

Y allí en tropel, cual vierte su rocío  
En las mañanas del Abril la aurora  
Sobre las verdes ramas del sombrío  
Y en las pintadas flores que enamora;  
Al alma y cuerpo con amante brío  
La turba de placeres voladora,  
Que en torno en algazara se levantan,  
En círculos de júbilo la encantan.

Olas que van y vienen en su mente

Son sus alborotados pensamientos,  
Confusos todos en tumulto ardiente;  
Brotando el corazón sus sentimientos;  
Y al armonioso estrépito latente  
Absortos los sentidos, los violentos  
Impulsos del amor muestran pasmados  
En éxtasis de gozo arrebatados.

¡Oh, cómo vibra y en acorde canto  
El alma de ella al alma de su amante!  
¡Oh, cómo tanto amor, delirio tanto  
Se retrata en su célico semblante!  
¡Oh, cuál le presta su ignorado encanto  
Su espíritu á su espíritu flotante,  
Como el arco del músico se agita  
Cuando violenta inspiración le excita!

Que, como cuando arrebatado azota  
Al muelle mar el huracán violento,  
Las apiñadas olas que alborota  
A merced van del combatido viento;  
Así en la llama eléctrica que brota  
El alma en cada nuevo sentimiento,  
Envuelta el alma ajena y sacudida  
Vaga á merced de la pasión perdida.

Y ahora que así las almas considero  
Préstándose placer, gloria y ternura,  
Pararme un punto y lastimarme quiero  
De mi propio disgusto y desventura;  
Que ya gastado de mi ardor primero  
El tesoro riquísimo se apura,  
Y en mi amargo dolor continuo lloro,  
Perdido malamente aquel tesoro.

Aunque por otra parte me consuela  
No tener ya que ir como iba un día  
A escape con el alma y dando espuela  
Al alma que en mi curso antecogía;

Ni soñada esperanza me desvela,  
Ni doy crédito ya á mi fantasía;  
Y si de amor no late el pecho mío,  
También en cambio á mi placer me hastío.

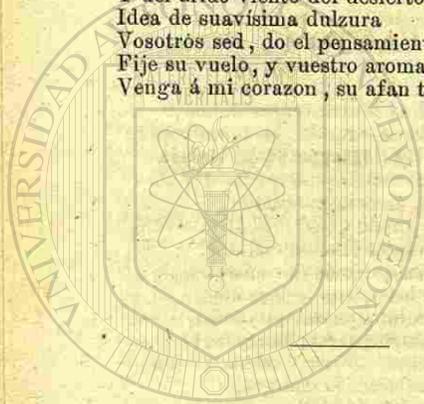
¡Oh, bendita mil veces la experiencia,  
Y benditos también los desengaños!  
Pírdese en ilusión, gánase en ciencia;  
Gastas la juventud, maduras años.  
Tanta profundidad, tanta sentencia,  
Tantos remedios contra tantos daños,  
¿A qué los debes, mundo, en tanta copia,  
Sino á la edad y á la experiencia propia?

¿Y habrá tal vez alguno que sostenga  
Que no vale la ciencia para nada?  
¿Y habrá menguado que á probar nos venga  
Que está la vida en ilusión cifrada?  
¿Pues hay cosa que más nos entretenga  
Que medir de los astros la jornada,  
Y saber que la luna es cuerpo oscuro,  
Y aire ese cielo al parecer tan puro?

¡Viva la ciencia! Viva, y si en el mundo  
Perdiste ya del alma la energía,  
Y en ella guardas con dolor profundo  
Algun recuerdo de un dichoso día;  
Con viva aplicación, meditabundo,  
Engólfate en los libros á porfía,  
Que aunque ellos nunca calmarán tu pena,  
Al menos te dirán qué es luna llena.

Y entre tanto vosotros, los que ahora  
Pinté embriagados de placer y amores,  
Gozad en tanto vuestras almas dora  
La primera ilusión con sus colores;  
Gozad, que os brinda la primera aurora  
Con el jardín de sus primeras flores;  
Coged de amor las rosas y azucenas

De granos de oro y de perfumes llenas.  
Y sed vosotros isla de verdura  
Donde repose yo cansado y yerto,  
Del sol que ennegreció mi frente pura  
Y del árido viento del desierto:  
Idea de suavísima dulzura  
Vosotros sed, do el pensamiento incierto  
Fije su vuelo, y vuestro aroma blando  
Venga á mi corazon, su afan templando.



## CANTO V.

### INTERIOR DE UNA TABERNA EN EL AVAPIÉS.

En un rincón, junto á una mesa, Adán con la Salada:  
ella contemplándole con recelosa curiosidad, él distraído. Grupo de majos á un lado, grupos de manolos y manolas que danzan. Un hombre, con traje mitad seglar, mitad eclesiástico, flaco, ruin de estatura, chato, lampiño, pellejo arrugado, pelo pobre, rojizo, chisgaravís, repugnante, toca la guitarra. Su edad cuarenta años (1).

#### UN MANOLO.

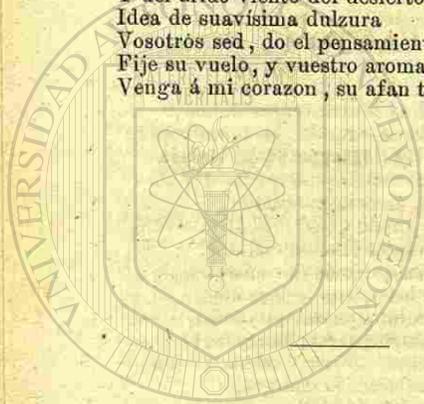
Buen ánimo, padre cura,  
Vamos, otra seguidilla.

#### PRIMERA MANOLA.

¡Qué sería está Saladilla!

(1) Si modelo y dechado de todas las virtudes son el mayor número de nuestros sacerdotes; en todos tiempos, y especialmente en los malaventurados que corren, ha habido y se encuentran algunos miserables, hez y escoria de tan respetable clase. El lector se acordará también, como nosotros, de haber hallado en su vida alguno que, haciendo gala de su desvergüenza, se parecía quizá al mezquino ente que aquí tratamos de describir.

De granos de oro y de perfumes llenas.  
Y sed vosotros isla de verdura  
Donde repose yo cansado y yerto,  
Del sol que ennegreció mi frente pura  
Y del árido viento del desierto:  
Idea de suavísima dulzura  
Vosotros sed, do el pensamiento incierto  
Fije su vuelo, y vuestro aroma blando  
Venga á mi corazon, su afan templando.



## CANTO V.

### INTERIOR DE UNA TABERNA EN EL AVAPIÉS.

En un rincón, junto á una mesa, Adán con la Salada:  
ella contemplándole con recelosa curiosidad, él distraído. Grupo de majos á un lado, grupos de manolos y manolas que danzan. Un hombre, con traje mitad seglar, mitad eclesiástico, flaco, ruin de estatura, chato, lampiño, pellejo arrugado, pelo pobre, rojizo, chisgaravís, repugnante, toca la guitarra. Su edad cuarenta años (1).

#### UN MANOLO.

Buen ánimo, padre cura,  
Vamos, otra seguidilla.

#### PRIMERA MANOLA.

¡Qué sería está Saladilla!

(1) Si modelo y dechado de todas las virtudes son el mayor número de nuestros sacerdotes; en todos tiempos, y especialmente en los malaventurados que corren, ha habido y se encuentran algunos miserables, hez y escoria de tan respetable clase. El lector se acordará también, como nosotros, de haber hallado en su vida alguno que, haciendo gala de su desvergüenza, se parecía quizá al mezquino ente que aquí tratamos de describir.

SEGUNDA MANOLA.

Chica, por poco se apura.

PRIMERA MANOLA. *(Al Cura.)*

Diga usted, cara de fuelle,  
¿No canta usted?

EL CURA.

*(Con ademán salado, que le sienta muy mal.)*

¡Salerosa!

PRIMERA MANOLA.

¡Viva la gracia!

SEGUNDA MANOLA.

¡Mohosa!

Mala mano te desuelle.

EL CURA. *(Apurando el vaso.)*

¡Sangre de Cristo! ¡Al avío!

SEGUNDA MANOLA.

Vamos, pues, toque usted aprisa.

EL CURA.

Consumé: siga la misa,  
Y ayúdame la, hijo mio.

*(A un mozalvete que alternará con él cantando. Mientras rasga la guitarra, desaparece la fisonomía del cura escuerzo entre millares de innobles gestos. Canta.)*

No hay religion más santa

Que la de Cristo,

Que señala á los moros

Como enemigos.

Guerra á los cueros,

Porque matando moros

Se gana el cielo. *(Danzan.)*

SALADA.

¿Estás triste, dueño mio?

¿No respondes?

ADAN *(Distraído.)*

No sé; siento

Una ansiedad, un tormento.....

SALADA.

Me matas con tu desvío.

Mira, Adan, me miro en tí

Como en Dios: ¿qué mal te oprime?

Por Dios, Adan, por Dios, dime

Que tambien me amas así.

ADAN. *(Con frialdad.)*

Sí, te amo.

SALADA. *(Con ternura.)*

No es verdad.

Yo, con locura: ¿suspiras?

¿No respondes? ¿no me miras?

*(Adan recorre la mesa con los dedos, y los ojos bajos, profundamente pensativo; ella le mira fijamente con zozobra y los ojos húmedos de lágrimas. Sigue la danza.)*

PRIMERA MANOLA. *(Con desgarró.)*

¡Jalea de Navidad!

¿Quién me la compra?

SEGUNDA MANOLA.

*(Señalando á Adan y á la Salada.)*

¡Qué par!

¡La romántica! Ya llora,

Traigan agua á la señora,

Porque se va á desmayar.

EL CURA. (*Canta.*)

La mujer y las flores

Son parecidas :

Mucha gala á los ojos

Y al tacto espigas ;

Y yo, que tengo

El corazón herido,

Nunca escarmiento.

(*Corro de guapos.*)

PRIMER GUAPO.

¿ Con que es aquel ?

(*Señalando á Adán con el gesto.*)

SEGUNDO GUAPO.

Aquél es.

TERCER GUAPO.

Un trago, que pase el miedo.

SEGUNDO GUAPO.

Señor Matorrales, quedo,

Que es muy hombre.

TERCER GUAPO.

¿ Por los piés ?

SEGUNDO GUAPO.

Y por las manos.

PRIMER GUAPO.

Amigo,

Dice el refran que su silla

Pierde el que se va á Sevilla.

SEGUNDO GUAPO.

Y es natural.

TERCER GUAPO.

Pues yo digo

Que la cortaré la cara.

(*Manolos bailando.*)

PRIMER MANOLO.

Coja usted tierra, salero.

SEGUNDA MANOLA.

Estoy por decir no quiero.

EL CURA. (*Mirando de reojo á los majos.*)

(*Canta.*) ¡ Buena danza se prepara !

Tienes una boquirris

Tan chiquitirris :

Yo me la comeriba

Con tomatirris.

EL CHICO. (*Canta.*)

Y en tus ojillos,

¡ Ay ! se me baila el alma,

Que me derrito.

PRIMER GUAPO.

¿ No te ha conocido ?

TERCER GUAPO.

No :

Está ella muy distraida.

SEGUNDO GUAPO.

Quien bien quiso, tarde olvida.

TERCER GUAPO.

Pues ella pronto olvidó.

TABERNERO.

Una azumbre se me debe.

TERCER GUAPO.

Eche usted otra, que quiero

Que el mozo aquél tan salero

Y aquella niña lo pruebe.

ADAN. (A la Salada.)

¡Me ahogo! siento un deseo,  
Salada, no sé de qué....  
Un afán....

SALADA.

Yo sí lo sé...  
No me quieres: bien lo veo.

ADAN.

¿Vistes aquel pez dorado  
Que en tu casa, en un fanal,  
Breve lago de cristal,  
Da vueltas aprisionado;  
Y en la ventana al sol mira  
Tejiendo en torno colores,  
Y en las macetas las flores  
Donde la brisa suspira;  
Y ya escucha su rumor  
Que le encanta y le suspende,  
Ya la llama que se enciende,  
Ya la beldad de la flor;  
Y en su cárcel cristalina  
Nada con más ligereza.  
Por gozar de la belleza  
Que los ojos le fascina?  
Pues así yo, dueño mío,  
La tierra, la luz, el cielo  
Disfrutar con loco anhelo,  
Y, sin saber cómo, ansio.

SALADA.

Mira; si tú, vida mía,  
Me amáras como yo á ti,  
Todo eso halláras en mí  
Y tu ansiedad calmaria.

Yo, que tu amor sólo anhelo,  
Para templar mis enojos,  
Busco mi luz en tus ojos,  
Hallo en tu frente mi cielo;  
Y estando á tu lado, Adan,  
Ni ese sol, ni el cielo veo,  
Que eres todo mi deseo  
Y eres tú todo mi afán.  
Decir ternuras ignoro,  
Ruda y salvaje nací:  
No sé que pasa por mí,  
Ni tampoco por qué lloro.  
¿Fuego en mi amargo dolor,  
Fuego de Dios en mi estrella,  
Que no me formó más bella  
Para aumentarte tu amor!  
¡Mal haya, mal haya, amén,  
Cuando te vi! y ¿quién te viera  
Que al mirarte no aprendiera  
Al momento á querer bien?

ADAN.

¿Ves tú cuando tornasola  
Los cielos la luz del día,  
Y huye la noche sombría,  
Y en tintas mil arrebola  
La aurora el blanco celaje,  
Y cantan á la alborada  
Las aves en la enramada  
Luciendo el vario plumaje?  
Más placer, más luz, más vida,  
Más amor vierte á torrentes  
Ese estrépito de gentes  
Que en multitud confundida  
Ayer vi cuando á tu lado,

Con tanto afán, tanto gozo,  
Tanta gala y alborozo,  
Bajaban tantos al Prado.  
Adornos tan relucientes,  
Ricos trajes y colores,  
Coches, caballos, primores  
Y gustos tan diferentes,  
Y el lujo y la gentileza  
De aquellos tan altaneros  
Que llamas tú caballeros  
Y damas de la nobleza,  
¿Cómo pueden no admirar  
Al que siquiera los mire?  
¿Quién habrá que no suspire  
Por su grandeza igualar?

SALADA.

¿Quién mejor que tú entre ellos?  
Por el mejor, de más brío,  
No trocará yo, Adán mío,  
Un rizo de tus cabellos.

ADAN.

O estoy loco, vive Dios,  
O no me entiendes, Salada.

TERCER GUAPO.

*(Se acerca al primero con el jarro de vino.)*

Vé y dales la cambiada,  
Y brinda tú por los dos.

*(Quedan en observación en el rincón opuesto los dos guapos.)*

PRIMER GUAPO. *(A Adán y á la Salada.)*

Dios bendiga lo que cria  
Bueno, y lo estoy mirando.

LA SALADA. *(Con desgarró.)*  
¡Vaya un don necio!

PRIMER GUAPO.

Estimando.

Mi alma, más cortesía.  
Mocito, un sorbo siquiera. *(A Adán.)*  
*(Adán, sin mirarle, continúa distraído.)*

SIGUE EL PRIMER GUAPO.

¿Y usted, niña?

SALADA.

Me hace mal

La espuma.

PRIMER GUAPO. *(Acercándose al oído de ella.)*

¡Viva la sal!

¿Está el gaché de quimera?

SALADA.

¿Sabe usted los mandamientos?  
Pues el quinto, no moler.

PRIMER GUAPO.

Se me olvidan sin querer  
A veces.

TERCER GUAPO.

*(Al segundo, en acecho desde el rincón opuesto.)*

Bebo los vientos

De pura cólera.

SEGUNDO GUAPO.

El májo

De monos sin duda está.

PRIMERA MANOLA. *(Corro de baile.)*

Un soponcio!.. ¡que me da!

PRIMER MANOLO.

¡Viva ese desparpajo!

EL CURA. (*Canta.*)

Nunca mató á los hombres

La pena negra :

Desventuras y males

Y penas vengan ;

¡Ay! las mujeres

A los hombres mejores

Les dan la muerte.

PRIMER GUAPO.

Mocito, usted ¿ha perdido (*A Adan.*)

El habla?

SALADA.

¡Vaya un moscon!

ADAN.

No gasto conversacion.

PRIMER GUAPO.

¿Se da usted por ofendido?

Pues lo siento.

ADAN. (*Con calma.*)

Se acabó.

SALADA.

¿Lo quiere usted claro?

PRIMER GUAPO.

Si.

SALADA.

Que está usted de más aquí.

PRIMER GUAPO.

(*Se rasca con sorna y meneos truanescos.*)

No entiendo indirectas yo.

TERCER GUAPO. (*Al segundo.*)

El demonio me retienta,

Compañero. (*Continúan en acecho.*)

SEGUNDO GUAPO.

Crie usted pecho.

PRIMER GUAPO.

¡Tengo una sangre!

SEGUNDO GUAPO.

El despecho.

PRIMER GUAPO.

Y la indina que lo aumenta.

(*Corro de baile.*)

PRIMERA MANOLA.

Pae cura, usted se enronquece.

SEGUNDA MANOLA.

Hija, dale un caramelo.

EL CURA.

De verte á tí me anartelo,

Pichona.

SEGUNDA MANOLA.

Me lo parece.

EL CURA. (*Canta.*)

Arrecógete y brinca,

Menéate y salta,

Porque tanto meneo

Me lleva el alma.

EL CHICO. (*Canta.*)

¡Jesus, qué liga!

Y es lo bueno que nunca  
Miente la pinta.

SALADA.

¿Con que no?

PRIMER GUAPO.

Pues por supuesto.

(*Adan se levanta y lo coge con fuerza del brazo.*)

ADAN.

Buen amigo, basta ya.

(*Le separa sujetándole sin trabajo y vuelve á sentarse.*)

PRIMER GUAPO. (*Echa mano á la navaja.*)

Un demonio bastará,  
Que el brazo me ha descompuesto.

TERCER GUAPO.

(*Al segundo, echándose ya en medio.*)

Compañero, me perdí.

SEGUNDO GUAPO. (*Siguiéndole.*)

Ya se armó.

TERCER GUAPO.

(*Desembozándose y presentándose á la Salada.*)

Mala carcoma,  
Dí ¿me conoces? pues toma.

(*Le tira una navajada á la cara, que no le da.*)

SALADA.

Esas se dan siempre así.

(*Le entra el cuchillo junto al corazón.*)

TERCER GUAPO.

¡La unción! ¡Favor! ¡Me han herido!

TABERNERO.

¡En mi casa!

EL CURA.

Las lió.

(*Tira la guitarra y sale á escape. Huyen todos precipitadamente; coge á Adan la Salada del brazo y salen juntos por la puerta de la trastienda.*)

ADAN.

¿Qué has hecho tú?

SALADA.

¿Qué sé yo?

Corre pronto.

TABERNERO.

Me han perdido.

Gente, justicia que acude, etc.

FIN DEL CUADRO.

Tú, el espíritu, amor, tú eres la vida  
De la mujer que en tu ilusión se ceba,  
Y halla en tí solo su ansiedad cumplida  
La que tu dardo penetrante prueba.  
El viento en remolinos sacudida  
Acá y allá inconstante el alma lleva  
Del hombre, y pasajero devaneo  
Eres no más de su primer deseo.

Inmenso mar que brinda al navegante  
Con mansas olas y sereno viento,  
Y una playa riquísima y distante  
Que ilumina á su gusto el pensamiento;  
Y una luz que se pierde rutilante,

Y brilla con su inquieto movimiento,  
Glorias, tesoros, la esperanza ofrece  
A su ambicion que su delirio acrece.

¡Cuánto en la juventud la vida es bella!  
Con músicas regala nuestro oído,  
Los ojos guía reluciente estrella,  
Brinda la flor aromas al sentido.

Lánzase el hombre con ardor tras ella,  
Como al dejar el águila su nido  
Buscando al sol, y con seguro vuelo  
Volando á hallarle en el remoto cielo.

¿Quién parará su rápida carrera?  
¿Quién pondrá coto á su afanar ardiente?  
Corre campo á buscar, como la fiera  
Que se lanza en el circo de repente.

Arrebata tal vez en su primera  
Locura al que se opuso indiferente;  
Lo abandona despues: ¡Ay! ¡deshchada  
La mujer que se oponga á su pasada!

Flor que arrebató de su tallo el viento  
La roba enamorado y se la lleva,  
Bésala y acaríciala violento;

Con nuevo ardor y con locura nueva  
Bebe su aroma de su olor sediento,  
Y las hojas la arranca; en ella ceba  
Su amoroso furor, y al fin la arroja.  
Cuando marchita y sin olor le enoja.

Y sigue, y allá va y allá se lanza,  
Y allá acomete, la region buscando  
Que la imaginacion apenas alcanza  
A pintarse, su vuelo remontando;  
Y él allá va, y ardiente se abalanza,  
Cayendo, y despeñado, y tropezando,  
A merced de su propia fantasia,  
Tras la engañosa estrella que le guía.

## CUADRO II.

### ESCENA PRIMERA.

Habitación de la Salada.

ADAN Y LA SALADA.

SALADA. (*Acariciándole.*)

Gachon mio, di, ¿no das  
Un beso á tu pobre amante?

ADAN.

¿Por qué has herido á aquel hombre?

SALADA.

¿Por qué? porque yo á mi padre  
He oído decir que aquel gana  
El pleito que pega ántes.

ADAN.

No sé por qué no me gusta  
Ver esas manos con sangre.  
¡Son tan lindas! llevar flores  
Mejor que un puñal les cae.

SALADA.

Bien puede ser; y si quieres,  
Tan sólo por agradarte,  
Nunca cogere un cuchillo,  
Y aún dejaré que me maten.  
(*Con gachonería.*)

ADAN.

¡Qué hermosa es! (*La da un beso. La Sa-  
lada juega con sus rizos.*)

SALADA.

¡Cómo en ondas  
Los negros rizos le caen!  
Quisiera tener millones  
De almas para adorarte,  
Y en cada cabello tuyo  
Enredar una. No sabes  
Cómo te amo, Adan mio;  
Y en esos ojos que arden,  
Quisiera ser mariposa  
Para en su luz abrasarme.  
Echafe, Adan, en mi falda.  
Así. ¿Estás bien? ¡cuál te late  
El corazón! ¿no es verdad  
Que es sólo mio? ¡Ah! dame  
Otro beso; mas... ¿qué tienes?  
¿No me escuchas?

ADAN. (*Entre sí.*)

¿Por qué nacen  
Pobres como yo los unos,  
Y nacen los otros grandes?

SALADA.

¿Qué murmuras?

ADAN.

Tú, que has visto  
Esos ricos tan galanes,  
Que en poderosos caballos  
Con jaeces tan brillantes  
Galopan, ó reclinados  
En magníficos carruajes  
Parece que se desdennan  
En su soberbia insultante  
De mirar á los que cruzan

A pié, como yo, las calles;  
Tú, en fin, que el mundo, aunque en vano,  
Quisiste ayer explicarme,  
Mundo que en mil confusiones  
Más me enreda á cada instante,  
Dime, ¿esas damas tan bellas,  
Con esos garbosos trajes,  
Viven así? Dime, ¿hablan  
Como nosotros? ¿Qué hacen?

SALADA. (*Con gesto desabrido.*)

Dueño mio, somos hijas  
Toditas de un mismo padre;  
Y la mejor es tan buena  
Como yo, y gracias.

ADAN.

Me hablaste  
De eso, de un padre comun  
Tambien ayer.

SALADA.

Son de carne  
Y hueso como tú y yo.\*

ADAN.

Es inútil que me canse:  
Ni yo te acierto á entender  
Ni tú aciertas á explicarte.  
Pero dime, ¿cuáles son  
Sus diversiones, sus bailes,  
Su vida, sus alegrías,  
Sus casas? ¿Cómo se hace  
Para juntarse con ellos,  
Con ellos vivir, hablarles,  
Y en lujo, poder y galas  
A su grandeza igualarse?

SALADA.

¿Te acuerdas, Adan, del pez  
Dorado, que entre cristales  
Gira admirando del sol  
Los rayos en que se parte,  
Y oyendo el rumor del aura  
Entre las flores suave,  
Embebecido en su música  
Ansía quebrantar su cárcel,  
Por gozar de la armonía  
De luces, flores y aire?  
Pues ¡pobre pez, si cumpliera  
Su voluntad! Que al hallarse  
En otro ajeno elemento  
Del elemento en que nace,  
Céfiro, luces y flores  
Le dieran muerte al instante.  
Sueños son esos, Adan,  
Los que tu mente distraen,  
Aire que anhelas coger,  
Porque los sueños son aire.  
Entre esas gentes altivas,  
Quien más de nosotros vale  
No alcanza sino desprecios  
En premio de su donaire.  
Nuestros enemigos son;  
Y el modo de ser iguales  
Es en la misma moneda  
En que nos pagan pagarles.  
Y piensa... pero no quiero  
Pensar en ello ni caben  
Pensamientos de otro amor  
En tu corazón de ángel;  
Pero... si acaso esas damas...  
(Con ira recelosa.)

Las de las blondas y encajes...  
Tal vez... Si tú en tu delirio  
De mí olvidado... ¡No sabes,  
Adan, de lo que es capaz  
Una mujer por vengarse!  
Pero no, no; no es verdad;  
Tu amor es mío. Adan, dame  
Mil besos, uno tan sólo  
Que mis inquietudes calme.

ADAN.

Puede ser; pero ¿por qué  
Riquezas que son palpables,  
Galas que miran mis ojos,  
No han de estar nunca á mi alcance?  
Tanta ansiedad me fatiga,  
Mil pensamientos combaten  
Dentro de mí, pasan, huyen...  
Un beso, mi bien.

(Le besa la Salada con amor.)

Regale

Tu boca mi corazón,  
Y entre tus brazos descanse  
De tanto afán. (Se duerme.)

(La Salada le contempla dormido con ternura  
intima y le hace aire con un abanico, mien-  
tras le guarda el sueño. Besa de cuando en  
cuando la frente hermosa y serena de Adan,  
y le separa los rizos que el aire suele traer á  
vagar sobre ella.)

SALADA.

Se ha dormido.  
¡Qué hermoso es! ¡Qué suaves  
Sobre sus cerrados ojos

Las negras pestañas caen!  
¡Cómo respira! No hay flores  
Que tan rico olor exhalen  
Como para mí su boca.  
¡Cómo en su frente se esparce  
Tanta belleza reunida  
Y tan varonil y grave  
Majestad! ¡Qué diferente  
De los otros hombres! ¡Nadie  
Más feliz que yo, amor mio!  
¡Ah! ¡Déjame que te ame  
Toda mi vida y me muera,  
Mi bien, así contempládotel!  
¿Pero por qué esta zozobra  
Con que el corazon me late?  
¿Por qué de súbito siento  
Ira y locura, y matarle  
A veces, cuando le miro,  
Quisiera, y luego matarme  
A mí tambien? Porque sea  
Mio sólo: ¿quién robarme  
Mi dicha y su amor intenta?  
Él es mio, no ama á nadie,  
Ni puede amar sino á mí,  
A mí sola, á mí; y ¿quién sabe  
Si siempre así me amará?  
¡Oh! ¡El corazon se me parte  
De sólo dudarlo! Entónces...  
¡Triste la que me arrebate  
Su corazon! ¡Oh! ¡morir  
Sólo me queda en tal trance!  
¡Matarle y morir, y luego  
Idolatrar su cadáver!  
¿Y qué mujer de mis brazos  
Será capaz de robarte,

Adan mio? (Con ternura.)  
¡Cómo suda!

(Le enjuga la frente con un pañuelo blanco.)

¡Oh! Sean mis manos cárcel  
De ese corazon que es mio;  
Que no me lo robe nadie.

(Le pone ambas manos sobre el pecho, como para aprisionarle el corazon.)

¡Oh! Deshojad sobre su frente flores  
Del noble mozo en su primer mañana;  
Guardad su sueño, amores;  
¡Mimid conmigo su beldad temprana!  
Dejadme en mi alegría  
Cuidar yo sola de la flor que es mia.

ADAN. (Despierta.)

¡Qué calor! ¿Dónde estoy?

SALADA.

Aquí, bien mio.

¿No me ves? A mi lado.

ADAN.

¡Oh! Sí, soñaba;

Pero un sueño tan dulce, un desvarío  
Tan alegre, que el alma me robaba.

SALADA.

No hay sueño alguno, por feliz que sea,  
Que yo no cambie por mirar tus ojos;  
Y tú el sueño al dejar que te recrea,  
Viéndome al despertar sientes enojos.

(Reconviniéndole dulcemente.)

ADAN.

Era un sueño... Sabrás, hermosa mia,

Que era una tarde en el florido Abril,  
 Cuando viste del campo la alegría  
 Hojas al bosque, flores al jardín.  
 Vagaba solo yo por la ribera  
 Del Manzanáres: lo que fué de tí  
 No sé, Salada mía, ni siquiera  
 Cómo yo solo me encontraba allí.  
 Cuando de pronto á la azulada cumbre  
 De un monte léjos me sentí volar,  
 Y un hilo suelto al aire en viva lumbre  
 Vi ante mis ojos fulgido ondear.  
 Yo, asido al hilo, trepo á la montaña:  
 ¡Oh, cuánto entónces á mis plantas vi!  
 ¡Cuántos acentos y algazara extraña,  
 Alzarse alegre de repente oi!  
 Luciendo generosa gentileza  
 Cien caballeros rápidos pasar  
 Agiles vi, domando la fiereza  
 De sus caballos que al galope van.  
 Y entre la luz de remolinos de oro  
 Que deslumbra los ojos como el sol,  
 Mujeres, de beldad rico tesoro,  
 Brindando glorias y vertiendo amor;  
 Y danzas, juegos y algazara y vida,  
 Magnífico tropel y movimiento,  
 Riqueza abandonada y esparcida  
 Cuanta puede crear el pensamiento.  
 Y yo tambien con ellos me juntaba,  
 Y con oro y con trajes de colores  
 Yo cual aquella gente me adornaba,  
 Y era tambien señor entre señores.  
 Y tambien mis caballos á mi brío..

SALADA.

¡Y ni un recuerdo para mí entre tanto!

¡Ni un recuerdo guardabas, Adán mio,  
 A esta pobre mujer que te ama tanto!

ADAN.

Y en un caballo con la crin tendida,  
 La cola suelta vagorosa al viento,  
 Y la abierta nariz de fuego henchida,  
 En alas iba yo de mi contento.  
 Y zanjas, montes, valles y espesuras,  
 Y ramblas, y torrentes traspasaba;  
 Y otros montes despues, y otras llanuras,  
 Y nunca fin á mi carrera hallaba.  
 Y siguiendo mi loca fantasia,  
 Jinete alborozado en mi bridon,  
 Latiendo de entusiasmo y de alegría  
 Mi anhelo redoblaba su furor.  
 Mi frente sudorosa palpitando,  
 Azotaba mi rostro el huracan;  
 Mis ojos fuego en su inquietud lanzaudo,  
 Campo adelante devorando van.  
 ¡Oh, qué placer! en medio al torbellino,  
 Oír el trueno rebramar y el viento,  
 Siguiendo en polvoroso remolino  
 El ímpetu veloz del pensamiento;  
 Y en incesante vértigo y locura,  
 Desvanecida en confusion la mente,  
 Cuanto el deseo y la ilusion figura  
 Arrojarse á alcanzarlo de repente!  
 ¡Oh! yo entendia voces y cantares,  
 Y vi mujeres ante mí volar;  
 Y atras quedaban gentes á millares,  
 Y encontraba otras gentes más allá.  
 ¡Oh! si me amas, si tu amor es cierto,  
 Llévame al punto donde yo soñé:  
 ¡Un caballo! ¡un caballo! ¡campo abierto,

Y déjame frenético correr!  
Viento que en torno de mí frente brame,  
Rayos que sienta sobre mí tronar,  
Triunfos y glorias y riquezas dame  
Que derramen mis manos sin cesar.

SALADA.

¡Oh! ¡Adan! ¡Adan! Tu corazón no es mío;  
¡Oh! ¡tu ambicioso corazón delira!  
¡Ay! ¡que me lo robó tu desvarío,  
Y por solo mi amor ya no suspira!  
Pobre mujer, ¿qué puedo yo ofrecerte,  
Ni qué te puedo en mi desdicha dar?  
Teu compasión de mí, dame la muerte:  
¡Oh! no me dejes sin tu amor llorar.  
¡Ah! dime, ¿dónde, dónde yo podría  
Hallar esas venturas para tí?  
¿Dónde? mas, ¡ah! que la desdicha mía  
En mi impotencia me arrojé á morir.  
Jamás, jamás, Adan, nunca hasta ahora  
Mi bajeza en el mundo he conocido:  
Mi corazón, que desgarrado llora,  
Tan amargo dolor nunca ha sentido.  
¡Oh! ¿qué me da mi condición villana,  
Despreciable mujer, juguete vil,  
Arrojada en el mundo una mañana  
Cuando la luz entre miserias vi;  
Cuando entre bosques que el viajante ignora  
Mi madre moribunda me parió,  
Nacida al mundo en maldecida hora,  
Fruto podrido, hija de un ladrón?  
¿Sabes, Adan, lo que le guarda el mundo  
A la que nace como yo nací?  
En una cárcel un rincón inmundo,  
Y un hospital quizá donde morir.

Una belleza, infame mercancía,  
Que una pobre mujer por oro trueca,  
Y gozando en su propia villanía  
Un corazón que el infortunio seca.  
Y en pecado y vergüenza concebida,  
Y en la frente el escándalo, marchar  
A abrirse campo en su azorosa vida  
Con lucha eterna é incesante afán.  
¡Miserable de mí! ¡yo había vivido  
Contenta con mi orgullo en mi bajeza!  
Tú no lo sabes; pero tú has herido  
Un alma, en fin, que á comprenderse empieza.  
Tú, Adan mío, sin querer has hecho  
Pedazos mi amargado corazón,  
Perdida ya la que guardó mi pecho  
Ilusión dulce de un dichoso amor.  
¡Oh! ¡ven acá te estreche entre mis brazos;  
Déjame en mi dolor llorar así;  
Fueran, Adan, eternos estos lazos,  
Y yo llorara en mi aflicción feliz!  
¡Déjame que te bese con locura,  
Déjame que te apriete el corazón!  
No sé qué voz secreta en mi amargura,  
Adan, me dice, que á perderte voy.  
¡Perderte! y ¡para siempre! y yo, que nada  
Quiero ya sino á tí, ¡voy á perderte!  
¡Déjame así morir; así abrazada  
Muriendo yo, bendeciré mi muerte!  
Mira, Adan mío, alma de mi vida,  
Yo no soy más que una infeliz mujer  
Pobre en el mundo, una mujer perdida,  
Con sólo desventuras que ofrecer.  
No tengo nada; ¡pero te amo tanto!  
¡Tengo un tesoro para tí de amor!  
¡Oh! no me dejes, muévate mi llanto,

Muévate mi affigido corazon.  
 ¡Oh! no me dejes, y pues ánsias oro  
 Y dichas que no alcanzo á darte yo,  
 El mundo te prodigue su tesoro,  
 Y yo, tu esclava, te daré mi amor.  
 Yo sufriré en silencio tus desvíos,  
 Yo, tu criada, partiré tu pan;  
 Y una mirada de esos ojos míos  
 Hará mi dicha, premiará mi afán.  
 ¡Ah! ¡no me dejes nunca!

ADAN.

¿Yo dejarte?

¿Y para qué, y por qué? ¡Tú, mi querida!  
 ¿Ni cómo, aunque quisiera, abandonarte,  
 Juntos tú y yo lanzados en la vida?  
 Tu desdicha en tus quejas adivino:  
 ¿Y habrá de ser eterno tu dolor?  
 ¿Qué poderosa mano á ese destino  
 Para siempre, Salada, te amarró?  
 ¡Oh! en esas tierras donde yo soñaba,  
 Allí, do todo es glorias y placer,  
 Allí, do nunca de gozar se acaba,  
 Vén, mi Salada, vén y te amaré.  
 Un caballo, un camino, y ese cielo  
 Yo escalaré; yo siento dentro en mí  
 Fuerza bastante en mi ambicioso anhelo  
 Para cambiar ¿quién sabe? el porvenir.

SALADA.

(*Dejándose arrebatar del entusiasmo  
 de Adan.*)

¡Juntos! ¡juntos los dos! ¡Oh! sí, marchemos,  
 Rompamos del destino las cadenas;  
 El mundo no es Madrid; juntos volemós  
 A otras gentes hallar y otras escenas,

¡Qué! ¿adonde quiera llevaré en mi frente  
 Grabado el sello de vergüenza? No,  
 Que en otras tierras y entre nueva gente  
 Ennoblecida brillaré en tu amor.  
 Huyamos, sí, de la laguna impura  
 Donde entre cieno sin tu amor viví;  
 Huyamos á esas tierras de ventura  
 Que á entrambos nos ofrece el porvenir.  
 ¡Gracias, gracias, amor! ¡bendito seas,  
 Que mi bajeza me revelás tú!  
 Huyamos luégo, Adan, donde deseas,  
 A otro país, que alumbrará otra luz!

ESCENA SEGUNDA.

*Dichos y el CURA.*

(*Poco despues hasta seis hombres de malas cataduras y  
 modales rústicos.*)

EL CURA. (*Erolándose las manos.*)

¡Albricias! No hemos salido  
 De mala. Por la tetilla  
 Derecha le entró; y si acierta  
 A entrarle más una línea,  
 Pax Cristi.

ADAN. (*Aparte á la Salada.*)

No sé por qué  
 Me irrita sólo la vista  
 De ese sapo.

SALADA.

Adan, huyamos.

(*Aparte.*) ¡Y yo contenta vivía!

EL CURA. (*Con tono truhanesco.*)

Vive Dios, señor Adan,  
Que tiene usted una niña  
Que da la vida á un cristiano,  
Lo mismo que se la quita;  
Tan buena para un barrido  
Como un fregado: ¡que vivan  
Esos ojuelos que matan,  
Princesa, y esas manitas!

ADAN. (*Con impaciencia.*)

¡Ea! ¡basta! ¿qué quereis?

EL CURA.

Si incomoda mi visita,  
Me iré: mas, ya me hago cargo,  
La gente se divertía  
Como Dios manda: solitos.  
¡El demonio me maldiga!  
Más siento yo interrumpir...  
Pero... vamos... yo creía...  
Que para todo habia tiempo...  
Luego, como corre prisa  
Nuestro negocio, y los otros  
Van á acudir á la cita...  
Y segun me han dicho, usted  
Es tambien de la partida...  
Yo, por eso... La señora,  
Que me conoce hace dias,  
Sabe muy bien que no soy  
Yo mosca nunca: en mi vida  
Le he estorbado para nada...  
Cada cual allá se avía,  
Y á vivir. Qué ¿no es verdad,  
Señora Salada?

SALADA. (*Aparte.*)

Grima

Me da de cirlo.

EL CURA.

Lo otro

No es cosa que á V. le aflija.  
Él ya habrá muerto á estas horas,  
Y la señora justicia,  
Como no sabe quién fué  
Quién le apagó, ni en su vida  
Sabrá tampoco á quién tiene  
Que acudir, queda *per istam*.  
Aquí no hay nada que hacer  
Sino apandarse unos dias,  
Y aguardar que Dios mejore  
Sus horas. ¡Tiberio viva,  
Y el pan á dos cuartos, prenda!

(*Acercándose al oído con instancia y picardiguela.*)

Vamos, una preguntilla:  
¿Qué le ha dado usted al mocito  
Que está que parece quina?

SALADA. (*Con desabrimiento.*)

Oiga usted, padre curiana,  
A un ladito, que me tizna.

(*Entran los seis.*)

PRIMERO.

La paz de Dios, caballeros.  
(*Van entrando: unos se sientan, otros se quedan de pié, algunos sacan tabaco.*)

EL CURA.

Ya está la gente reunida.

(*Da un silbido, y se asoma á una reja, adonde acude un chico con quien habla.*)

Pupas, ya sabes la seña,  
Corre á tu puesto y avisa.

SEGUNDO.

¿Con que es la cosa esta noche?

TERCERO.

(*Al primero, señalando á Adan.*)

¿Es este el mocito, Chispas,  
Que recomendó su padre?

PRIMERO.

Pues, el mismo.

CUARTO.

A Saladilla

El diablo le ha vuelto el juicio.

TERCERO.

Padre cura, ¿qué noticias  
Tiene?

EL CURA.

Muchas y muy buenas.

PRIMERO.

Pues desembuche.

QUINTO. (*Señalando á Adan.*)

La pinta  
Es de un elefante en leche.  
Mocito, ¿hay ánimo?

ADAN.

Y diga,

¿Para qué me ha de faltar?

SEXTO.

¿Como es la primer cabrita

Que desuella !.....

ADAN.

La primera  
Vez que he pensado en mi vida,  
Pensé alcanzar con la mano  
Donde alcanzaba la vista.

PRIMERO.

Bien dicho.

(*El padre Cura, entrè tanto, ha estado hablando á los otros.*)

CUARTO.

¿Y en eso está?

EL CURA.

Luégo que quedó Chiripas  
En abrir por la cochera  
Y darnos entrada arriba,  
Dije para mi capote :  
« Recemos la letanía,  
Y entonemos un *Te Deum*,  
Porque la ocasion la pintan  
Calva » ; y para sosegar  
Mi conciencia, dije á un quidam  
Que en la taberna de enfrente  
Estaba, que hiciese esquina  
Sin quitar ojo á la casa,  
Y pagára por Chiripas  
Cuanto bebiese, que yo  
Esta noche volvería  
Con mi guitarra y mi acólito  
A echar cuatro seguidillas  
Y alegrar el barrio.

CUARTO.

Y oiga;

¿ Entra en el ajo Chiripas?

EL CURA.

El, como es natural,  
No quiere que nunca digan  
Que fué capaz de vender  
Ni hacer una alevosía  
A la que le da su pan :  
¡ Eso no, bueno es Chiripas !....  
No digo yo á su ama, á nadie  
Hará una mala partida.

PRIMERO.

Y hace bien.

EL CURA.

Pero es distinto  
Que en estando ya dormida  
La gente, que entreis vosotros  
Y le ateis, y luégo os sirva,  
Llevándoos, sin hacer ruido  
Ni ver á nadie, á la misma  
Alcoba, donde su ama,  
Que no espera la visita,  
Dormirá; y así ha quedado  
En que la cosa se haría,  
Para no tener que ver  
Después él con la justicia,  
Cumplir como buen criado  
Y hombre de bien. Yo en la esquina,  
Mientras, haré la deshecha,  
Y allí con mi guitarrilla,

(Hace gestos de jaleador.)

Y cuatro coplas, y alza  
Que te se ve hasta la liga,  
Y toma y vuelve por otra,

Tendré la gente reunida  
De la calle, por si acaso  
Cacarea la gallina  
Que no se oiga, y que en paz  
Vosotros hagais la limpia.

TERCERO.

¿ Y habrá fango?

EL CURA.

Hasta los codos.  
Es la condesa de Alcira  
Viuda con muchos millones,  
Y alhajas y piedras finas,  
Y mas condados y rentas  
Y tierras que el mapa pinta.

PRIMERO.

Moneda acuñada, padre,  
Y deje de baratijas.

SEGUNDO. (Refregándose las manos.)

¿ Y es buena moza?

TERCERO.

¡ Me gusta  
La pregunta ! Que sea rica  
Y haya donde entrar la mano,  
Y más que tenga comida  
La cara de lamparones.

ADAN. (Con interés.)

¿ Y es de esas damas que habitan  
Palacios?

EL CURA.

Uno tan grande,  
Que en entrando no se atina

A salir; pero no hay miedo,  
Que para eso está Chiripas,  
El lacayo incorruptible  
Y fiel, que hallará salida  
Al laberinto de Creta.

(Se va haciendo de noche. La Salada entra con un velón encendido.)

ADAN.

¿Tendrá coches?

EL CURA.

Y berlinas,  
Y cabriolés, y oro y plata  
Más que producen las Indias.

PRIMERO.

¡El chibato! de oírlo sólo  
Los ojos se le encandilan.

LA SALADA. (Aparte. Con los ojos llenos de lágrimas.)

¡Pobre de mí!

PRIMERO.

¡Chica, lloras!

SEGUNDO.

¿Por qué llora usted, mi vida?

ADAN. (Sin reparar en ella.)

Vamos pronto, vean mis ojos  
Cuanto vió la fantasía;  
Toquen mis manos, en fin,  
Los sueños de mi codicia.

TERCERO.

Buen pollo; que á este le pongan

Donde haya.

PRIMERO.

Bien se explica.

SEGUNDO. (A la Salada.)

Pero ¿por qué llora usted?

PRIMERO.

Cosa de mujeres.

QUINTO.

Niña,

¿Le duele á usted algo?

LA SALADA.

El alma

Y el corazón. Adan, mira,

(Se adelanta con energía á Adan.)

¿Ves estas lágrimas? Son  
Las primeras que en mi vida  
Me ha hecho derramar un hombre.  
No hagas tú que mi desdicha  
Se trueque en rabia, y se cambie,  
Adan, mi ternura en ira.  
No quiero, no, tú no irás,  
Porque yo no quiero.

EL CURA.

¡Chispas!

¡Que mala hierba ha pisado  
La mocita!

SALADA.

Tú imaginas

Que esa mujer es hermosa:  
¿Pensabas que yo querría,  
Que lo imagino también,

Dejarte ir? ¡Ah! ¿tú olvidas  
Que yo te amo, y te finges  
Ilusiones y alegrías  
En otra parte, sin mi,  
Con otra mujer? ¿La hija  
Del ladrón cambiar presumes  
Con desprecio por la altiva  
Condesa, por la señora  
Que arrastra coche? Deliras.  
Sí, tú te has dicho á ti mismo :  
Es una mujer perdida ;  
La que ha nacido en el fango,  
Que llora en el fango y viva.  
Tú has olvidado mi amor,  
Mi delirio, mis caricias...  
Ingrato, que sin tu amor,

*(Con ternura y saliéndosele las lágrimas.)*

Sin tí detesto la vida ;  
Que no tengo mas que á tí,  
Que te amo. ¡Oh! de rodillas  
Yo te lo ruego, Adán mío ;  
No vayas ; te lo suplica  
Tu pobre Salada, no...  
Perdona, Adán, alma mía,  
No vayas, no : el corazón  
Me da que alguna desdicha  
Nos va á suceder... No vayas.  
¿No harás lo que yo te pida?

ADAN.

¿No ir, Salada, no ir yo  
Cuando fortuna me brinda,  
Y en realidades mis sueños,  
En verdad mi fantasía  
Trueca? ¿Quién? Yo, yo ¿no ir?

Yo, ¿no ir?... Tú desvarías.

PRIMERO.

Pero vén acá; ¿tú quieres  
Que tu galán sea un gallina?

SALADA.

¿Tú á qué has de ir? ¡Si supieras,  
Adán mío, cuán indigna  
Hazaña van á emprender  
Estos hombres! ¡Ah! tú huirías  
De ellos. Tu corazón  
Noble, di, ¿no te avisa  
De la bajeza del hecho?

EL CURA.

¡Vaya una rara salida!  
El demonio predicándonos  
Un sermón de moralista.

ADAN.

Mira, Salada, no sé  
Si la acción que se medita  
Es buena ó mala, ni entiendo  
Qué es mal ni bien todavía,  
Y allá voy. Cualquiera sea  
El hecho, dicha ó desdicha  
Nos traiga, yo he de seguir  
La inspiración que me anima.  
¿Acaso he nacido yo  
Para vivir en continua  
Agitación? ¿No podré  
Seguir á mi fantasía  
Jamás? No, Salada, no :  
Glorias y triunfos me pinta  
Mi deseo; la fortuna

A mi anhelo campo brinda  
Donde cumplirlo; yo quiero  
Ver, palpar cuanto imagina  
Mi mente; de una ojeada  
Ver todo el mundo que gira  
A mi alrededor: allí luego  
Tu vendrás, donde yo elija  
Un sitio para los dos.  
¡Oh! si me amaras, tú misma  
Me llevarías.—Y ¿quién  
Habrá jamás que me impida  
Volar donde yo desee?  
Fuera injusto y romperían  
Mis manos, sí, las cadenas  
Que aprisionaran mis iras.

PRIMERO.

Bien dicho.

LA SALADA. (*Con mimo.*)

Dime, Adan mio,  
¿Me amas? ¿Por qué te irritas?  
¡Oh! no te enojos conmigo:  
Dame un beso, una caricia;  
Ya que te empeñas en ir...  
Otro beso. ¿No podrías  
Ir otra vez, dueño mio?  
¿Dejarlo para otro día?  
Las horas se me hacen siglos  
Sin tí; todo me fastidia.  
¡Yo, que pensaba esta noche  
Pasarla en tu compañía  
Tan feliz, y acariciarte  
Tanto! No hay mayor desdicha,  
Tú ya lo sabes, Adan,  
Que una esperanza fallida.

Si te vas, ¿qué haré? Llorar.  
Otro beso: no hay delicia  
Igual: los dos aquí solos,  
Entre amores y caricias,  
Corriendo las horas. Yo,  
Te contaré mis fatigas,  
Mi amor, cuando estabas preso.  
¡A ti no te cansa oír!as!  
¿No es verdad, mi bien? ¡Ah! dame  
otro beso...

ADAN. (*Conmovido.*)

¡Vida mía!

¡No llores, no, yo te amo!...  
Yo haré lo que tú me pidas.

TERCERO.

Eso es, ya está hecho un mandria.

SEGUNDO.

¡Y lo que sabe la indina!..

EL CURA.

Señores, aquí se quede  
El que quiera, que maldita  
La falta que nadie hace.  
Nuestra Condesa de Alcira

(*Con intencion á Adan.*)

Nos aguarda con sus coches,  
Su palacio y joyerías.  
Nosotros vamos allá,  
Con que, amigo, hasta la vista.

(*Dándole á Adan en el hombro.*)

SALADA.

Maldita sea tu lengua

Que me arrebató mi dicha.

ADAN.

¡Oh! ¡es verdad! y yo olvidaba...

SALADA. (*Arrojándose en sus brazos.*)

¡Adán mío!

ADAN. (*Con aspereza.*)

Mujer, quita.

(*Se arranca de ella: la Salada cae desplomada de dolor en una silla. Salen los bandidos, y Adán el primero.*)

FIN DEL CUADRO.

## CANTO VI.

Era noche de danza y de verbena,  
Cuando alegre las calles el gentío  
Y en grupos mil estrepitosos suena  
Música alegre y sordo vocerío.

Sonó pausada en el reloj la una;  
La paz reinaba en el sereno azul;  
Bañaba en tanto la dormida luna  
Las altas casas con su blanca luz.

Y en un palacio, alcázar opulento  
De soberbia fachada, en un balcón  
Penetraba su rayo macilento  
Entreabierto el cristal por el calor.

Lámparas de oro, espejos venecianos,  
Aureos sofás de blanco terciopelo,  
Sillas de nácar y marfil indianos,  
Los pabellones de color de cielo;  
Caprichos raros de la industria humana,  
Relieves y elegantes colgaduras,  
Jarrones de alabastro y porcelana,  
Magníficas estatuas y pinturas

Ornan confusos la soberbia estancia  
Y se pierden en mágica cruja,  
Salones tras salones; y á distancia  
Se abre de mármol ancha gradería;

Que me arrebató mi dicha.

ADAN.

¡Oh! ¡es verdad! y yo olvidaba...

SALADA. (*Arrojándose en sus brazos.*)

¡Adán mío!

ADAN. (*Con aspereza.*)

Mujer, quita.

(*Se arranca de ella: la Salada cae desplomada de dolor en una silla. Salen los bandidos, y Adán el primero.*)

FIN DEL CUADRO.

## CANTO VI.

Era noche de danza y de verbena,  
Cuando alegre las calles el gentío  
Y en grupos mil estrepitosos suena  
Música alegre y sordo vocerío.

Sonó pausada en el reloj la una;  
La paz reinaba en el sereno azul;  
Bañaba en tanto la dormida luna  
Las altas casas con su blanca luz.

Y en un palacio, alcázar opulento  
De soberbia fachada, en un balcón  
Penetraba su rayo macilento  
Entreabierto el cristal por el calor.

Lámparas de oro, espejos venecianos,  
Aureos sofás de blanco terciopelo,  
Sillas de nácar y marfil indianos,  
Los pabellones de color de cielo;  
Caprichos raros de la industria humana,  
Relieves y elegantes colgaduras,  
Jarrones de alabastro y porcelana,  
Magníficas estatuas y pinturas

Ornan confusos la soberbia estancia  
Y se pierden en mágica cruja,  
Salones tras salones; y á distancia  
Se abre de mármol ancha gradería;

Y allá á un jardín, mansion encantadora  
De las hadas conduce, y mil olores  
Esparce en los salones voladora  
La brisa que los roba de las flores.

¿Quién la deidad, el ídolo dichoso  
De aquel templo magnífico será?  
Templo soberbio, alcázar grandioso  
Que con oro amasó la vanidad.

Bella como la luz de la serena  
Tarde que á la ilusión de amor convida,  
El alma acaso de amarguras llena,  
Hermosa en el verano de la vida,

Una mujer dormida sobre un lecho  
Riquísimo allí está, los brazos fuera;  
Palpitale desnudo el blanco pecho;  
Vaga suelta su negra cabellera;

La almohada á un lado, la cabeza hermosa  
En un escorzo lánguido caida.

Turbios casneños á su frente ansiosa  
Vuelan tal vez desde su alma herida.

Una velada lámpara destella  
Su tibia luz en rayos adormidos,  
En desórden brillando en torno de ella  
Mil lujosos adornos esparcidos.

Allí un vestido de francesa blonda,  
La piocha allí de espléndidos brillantes,  
La diadema de piedras de Golconda,  
Sobre el sofá los armados guantes;

De flores ya marchita la guirnalda,  
Allí sortijas de oro y pedrería,  
Arrojada en la alfombra rica banda,  
Bordada de vistosa argentería.

Bandas, sortijas, trajes, guantes, flores,  
No os quejeis si os arroja con desden:  
¡El placer, la esperanza y los amores

Ella arrojó del corazon tambien!

¡Ay! que los años de la edad primera  
Pasaron luego y la ilusión voló;  
Y al partirse dejó la primavera  
Al sol de Julio que agostó la flor.

Y al alma sólo le quedó un deseo,  
Y un sueño le quedó á su fantasía,  
Loco afán y engañoso devaneo,  
Que en vano en este mundo hallar porfia.

Y el corazon que palpitaba ufano  
Henchido de esperanza y de ventura,  
Donde placer halló, lo busca en vano,  
Perdida para siempre su frescura;

Y en vano en lechos de plumon mullido  
En rica estancia de dorado techo  
Se reclinan sus miembros adormidos,  
Mientras despierto le palpita el pecho,

Y en él inquieto el corazon se agita,  
Y un tropel de deseos y memorias  
Su mente á trastornar se precipita  
Volando ansioso tras mentidas glorias.

Y en vano busca con avaro empeño  
Paz para el corazon en sus rigores;  
Sus ojos cerrará piadoso el sueño;  
Pero no el corazon á sus dolores.

Despierta, cuenta con mortal hastío  
Las horas en su espléndida mansion;  
Lánzase al mundo y con afán sombrío  
Huye otra vez de su enojoso ardor.

Todo le causa, en su delirio inventa  
Cuanto el capricho forja á su placer;  
Y ya cumplido, su fastidio aumenta,  
Y arroja hoy lo que anhelaba ayer.

¡Oh! ¡que no hay artífice en el mundo  
Que sepa fabricar un corazon,

Ni sabio hay, ni químico profundo  
Que encuentre medicina á su dolor!  
Los trajes, bandas y aromosas flores,  
Aquéllos oros por allí esparcidos,  
Extranjeros riquísimos primores  
A que eligiese á su placer traídos,  
Viólos apénas y arrojólos luégo  
Acá y allá lanzados con desden;  
Que hasta su alma y el sentido ciego  
Todo le cansa cuanto en torno ve.  
Y duerme ahora, y su entreabierta boca  
Donde entre rocas se entreve el marfil,  
Respira del afán que la sofoca  
Fuego que el corazon lanza al latir  
Sus labios mueve, y en su hermosa frente  
Rasgos inquietos crúzanse en monton;  
Cual detras de la nube trasparente  
Sus rayos lanza moribundo el sol.  
Y acaso entre una lánguida sonrisa  
Resbalar una lágrima se ve,  
Cual suele el movimiento de la brisa  
Diáfana gota por la flor correr.  
¿Por qué esa angustia y respirar violento?  
¿Por qué soñando con dolor suspira?  
¿Tan hermosa y con tanto sentimiento!  
¿Ay! ¿por qué al corazon lástima inspira?  
Un hombre, en tanto, de feroz semblante,  
De repugnante y rústico ademán,  
Y en la diestra un puñal, con vigilante  
Faz cuidadosa y temeroso andar,  
Súbito entró en la estancia, y silencioso  
A la dormida dama se acercó;  
Contemplóla un momento silencioso,  
Y por sus pasos á salir volvió.  
«Duerme como un liron»,—dijo en voz baja

A otros que afuera y en aguardo están,  
Y añadió mientras cierra su navaja:—  
«Manos, pues, á la obra y despachar.»  
Y con destreza y silencioso tino  
Abren y descerrajan á porfía,  
Alegre el corazon del buen destino  
Que sus intentos favorece y guía.  
Y aquí amontonan, y acullá recogen,  
Rompen allí y arrojan con desden,  
Y aquí los unos con cuidado escogen,  
Despédazan los otros cuanto ven;  
Y con ánsia brutal oro buscando  
Con insaciables ojos la codicia,  
Riquezas y tesoros anhelando,  
Riquezas y tesoros desperdicia.  
Éstremécese el alma al menor ruido  
De temeroso sobresalto llena;  
Páranse un punto, aplican el oido,  
Y vuelven otra vez á su faena.  
Y en medio á su azaroso y mudo empeño  
Rompe el silencio súbito rumor;  
Y vuelven todos con airado ceño  
Los ojos con afán donde sonó.  
Y lleno de infantil sándia alegría,  
Miran á Adán, que escucha embelesado  
La estrepitosa súbita armonía  
Que oculta en un reloj de pronto ha hallado.  
De gozo el alma y de esperanzas llena,  
Y ávido de sorpresa el corazon,  
Indiferente actor de aquella escena,  
Registra todo con pueril candor.  
Y aquí contempla y palpa los colores  
De rico pabellon de oro bordado;  
Allí admira los nítidos primores  
Del limpio nácar y el marfil labrado;

Mas allá, en la pared, le maravilla  
Aparecida mágica figura,  
En cuyos ojos animados brilla  
Cándida luz de celestíal dulzura :  
Formas aéreas que copió en el cielo  
La mente de Murillo y Rafael,  
Virgen divina, celestial consuelo  
Que trasladó á la tierra su pincel.  
Y un caballero vió que le miraba,  
Que vivo allí lo trasladó Vandik,  
Que altivo y con desden le contemplaba,  
De noble aspecto y ademan gentil ;  
Y el tierno amor que el rostro de hermosura  
De la Virgen purísima le inspira,  
Trocó luégo en orgullo la bravura  
Del caballero aquel que adusto mira.  
Intrépidos en él clavó sus ojos  
Brillantes de belleza y juventud,  
Y provocar queriendo sus enojos,  
Llegóse á él y le acercó la luz.  
Tocóle, en fin, é imaginóse luégo  
Que sombra nada más la imagen era ;  
Y al irse despechado y con despego  
Lanzó al retrato una mirada fiera.  
Y volviendo la espalda, vió arrogante  
Un mancebo galan que hacía él venía,  
De negros ojos y gentil semblante.  
Que al suyo reparó se parecía ;  
Y sonrióse y vió con gusto extraño  
Su figura airosísima allí dentro,  
Que tan terso cristal de aquel tamaño  
Nunca hasta entónces la copió en su centro.  
Y alegre el corazón, miróse al punto  
De sí agradado, y reparó en su traje,  
Y volviendo al retrato cejijunto,

Luégo lo comparó con su ropaje ;  
Y parecióle que mejor cayera  
Aquel vestido en él que el que tenía,  
Y mejor que su daga considera  
Aquella larga espada que ceñía.  
Y una ninfa despues, blanda y desnuda,  
Al aire ve que suelta se desprende ;  
Gentil guirnalda que su salto ayuda  
En sus manos purísimas suspende :  
Suavisima figura y hechicera  
En escogido mármol de Carrara,  
Que al aire desprendida va ligera,  
El juicio pasma y los sentidos para.  
Todo lo mira Adán, todo lo teca,  
Todo lo corre con prolijo afán ;  
Y allá en los sueños de su mente loca  
Ser gran señor imaginando está ;  
Y carrozas, y triunfos, y contentos,  
Raudos caballos de indomables bríos,  
Y raros y magníficos portentos  
Brindan á su ansiedad sus desvaríos.  
Y esto deja entro tanto, aquello toma,  
Destapa un pomo de dorada china,  
Viértese encima su fragante aroma,  
Allá á otro objeto su atencion inclina ;  
Toca y enciende un rico pebetero,  
Báñase en ámbar súbito la estancia ;  
Y en un sillón sentándose frontero  
Gózase en su dulcísima fragancia.  
Más allá, relumbrante joyería  
Sobre una mesa derramada está,  
Y se prende una flor de pedrería ;  
Luégo al espejo á contemplarse va :  
Niño inocente que encantado vaga  
En medio al crimen que acompaña ciego,

Que cuanto en torno ve todo le halaga,  
Y á todo codicioso acude luégo ;

Que de la cárcel á los dulces lazos  
Pasó encantado en su primer amor,  
Y la bella Salada entre sus brazos  
Enamorada de él le aprisionó ;

Que luégo el mundo apareció á sus ojos  
Adornado de gala y alegría,

Y su vista creó nuevos antojos,  
Nuevos ensueños que gozar ansía.

Y libre allí, cual caprichoso niño,  
Que alegre corre y libre se figura,  
Si burló acaso el maternal cariño

Y por campo y ciudad va á la ventura ;

Así la dulce libertad sentida,  
Adan huyó de su infeliz manola ;  
Y allí en su gozo embebecido olvida  
La que le lora enamorada y sola.

Y así mirando y revolviendo todo,  
Párase ante un magnífico reloj,  
Y de gozarlo imaginando modo,  
Toca, y la oculta música sonó.

Al impensado estrépito los ojos  
Volvieron todos, y mirando á Adan  
Saltaron á sus rostros los enojos,

Y aun alguno echó mano á su puñal :

— «Clávale ahí ; ¡ maldita sea la hora  
Que ese menguado con nosotros vino ! » —

— «Por poco, señor Curro, se acalora» —  
Repuso Adan mirando al asesino.

Y con sereno rostro y con desdén,  
Señalando al puñal se sonrió ;

Dobló el bandido á su sonrisa el ceño  
Y colérico á herirle se arrojó.

Trabárase la lid, si un alarido,

Un agudo chillido penetrante,  
Parando el movimiento al foragido,  
No resonára en el preciso instante.

— «Alto, dijo volviéndose ; hablar quedo,  
Voy á tapar la boca á esa mujer :  
Nadie se mueva, no hay que tener miedo,  
Hacer el ható vivo y recoger.»

¡Favor, favor ! con afanoso acento  
Una mujer, en su desórden bella,  
Súbita en el salón falta de aliento

Y que en sus propios pasos se atropella,  
Preséntase, y mirando á los bandidos,  
Siente la voz helársele, y suspira,

Y piedad implorando entre gemidos  
Los bellos ojos temerosos gira :

Ojos que vierten lágrimas y velan  
Su clara luz realzando su ternura,  
Mientras suspiros en sus labios vuelan

Con fatiga que aumenta su hermosura,  
Y mientras caen los agitados rizos

Que la sofocan á su ansiosa faz,  
Aumenta en su congoja sus hechizos  
La blanca mano que á apartarlos va.

Y su voz, que se ahoga entre suspiros  
Simpática enternece el corazón,

Ecós suaves, regalados tiros  
Que al corazón de Adan lanza el amor.

Sintió piedad mirándola afligida,  
Que era su hermoso rostro como el cielo,  
Cuando si llueve en la estación florida  
Colora el sol el trasparente velo.

¿Qué ciegos ojos la beldad no encanta ?  
¿Qué duro corazón no vuelven blando

Los ojos lastimeros que levanta  
Al cielo la mujer que está llorando ?

Los ladrones allí y en torno de ella,  
Los estúpidos rostros agitados;  
Y ella postrada y en extremo bella  
Los ojos y los brazos levantados.  
— ¡Silencio, juro á Dios! — con mano ruda  
Dijo asiéndola un brazo el capataz —  
Atala ese pañuelo, atras lo anuda,  
Y que hable para sí si quiere hablar. »  
Dijole á otro, que á la dama hermosa,  
Un pañuelo doblando se acercó,  
Mientras el capataz con su callosa  
Mano la boca á la infeliz tapó.  
Miraba Adan, miraba á la hermosa  
De la gentil y dolorida dama;  
Miraba luégo á la cuadrilla impura  
Que su belleza con su aliento infama.  
Y cuando al bruto bandolero mira  
Poner su mano rústica en su boca,  
Arrebatado en generosa ira  
Que á fiera lid su corazón provoca,  
Tira de su cuchillo y se adelanta  
Saltando en medio al círculo, y cogió  
Del cuello al capataz con fuerza tanta  
Que en el suelo de espaldas le arrojó;  
Y en la diestra el puñal, la izquierda tiende  
Describiendo una línea circular,  
Y la turba, que al verle se sorprende,  
Dos ó tres pasos échase hácia atras.  
¡Oh! cuán hermoso en su gallardo empeño  
Palpitante la faz, vivos los ojos,  
Vuelve el bizarro mozo, y cuál su ceño  
Añade gentileza á sus enojos!  
Aquellos rizos que en sus hombros flotan  
Tirada atras la juvenil cabeza,  
Las venas que en su frente se alborotan,

Su ademan de bravura y ligereza;  
Y aquella dama que postrada llora,  
Yerta á sus piés y la razon perdida,  
Y que azorada y temerosa ahora  
Yace temblando á su rodilla asida;  
Y en torno de él las levantadas diestras  
De sus contrarios del cuchillo armadas,  
Con ademanes y feroces muestras  
Su muerte á un tiempo amenazando airadas;  
En medio aquel desórden y el despojo,  
¡Cuán grande en ardimiento y gallardia  
Muestran al mozo que en su noble arrojó  
Un genio fabuloso parecia!  
Alzase en tanto la navaja en mano,  
Los labios comprimidos de la ira,  
Como pisada vibora el villano  
Que cayó al suelo y que rencor respira;  
Y él y los otros al mancebo saltan,  
Salta el mancebo que los ve llegar,  
Y ántes que á él lleguen los que así le asaltan  
Logra la espalda en la pared guardar.  
Quieto allí contra el ángulo resiste  
Ojo avizor el impetu primero,  
Y á veces salta y en la turba embiste  
Con presto brinco y con puñal certero.  
Y en silencio, que sólo algun rugido  
Sordo rompe ó mascada maldicion,  
Sigue la lucha, y al mancebo ardido  
La vil canalla acosa en derredor.  
Como trailla de feroces perros  
Sobre el cerdoso jabali, que espera  
Con diente avaro y encrespados cerros,  
Se arrojan á cebar su saña fiera;  
Y aquí y allá con ávida porfia  
Le acosan, y el colérico animal

En cada horrible dentellada envía  
La muerte al enemigo más audaz ;  
Así, pero no así, sino más fieros,  
Con mayor furia y sin igual rencor,  
Acometen á Adán los bandoleros ;  
Crece la lucha y crece su furor.

Y cual ligero corzo que parece,  
Saltando zanjás, que en el aire va,  
Salta si un golpe á su intencion se ofrece,  
Y vuelve á la pared cuando lo da ;

Y entre ellos luchando, en medio de ellos  
Revuélvese y barájase y desliza  
Su cuerpo, y fatigados los resuellos,  
Pueden apenas sostener la liza ;

Y aquí derriba al uno, al otro hiere,  
Y como *terme* diestro se repara,  
Y á todos á uso de la cárcel quiere  
Marcarlos las heridas en la cara ;

Y unos, turbados de manejo tanto,  
Y otros caidos, de vencida van,  
Cuando los gritos á aumentar su espanto,  
Llegan de gentes que se acercan ya.

La justicia, dijeron : y el violento  
Choque suspenden, corren al balcon ;  
Y Adán corre también, y huye al momento  
Que la palabra de *justicia* oyó.

¡ Fatal palabra ! La primera ha sido  
Que oyó en su vida pronunciar tal vez ;  
Hospedado en la cárcel la ha aprendido,  
Y ni en sus sueños la olvidó despues.

Oyó justicia y olvidó á la hermosa  
Dama que generoso defendió ;  
Riquezas, lujo, estancia suntuosa,  
Y allá á la calle del balcon saltó.

Y sin pensar, sin calcular la altura

Unos tras otros á la calle van :  
Ninguno allí del compañero cura,  
Sálvase como puede cada cual ;

Pero hubo alguno que en tamaño aprieto,  
Más práctico y sereno, haciendo un lío  
De cuanto recoger pudo en secreto,  
Sin curar las palabras tuyo y mio,

Saltó á la calle con sagaz donaire  
Apretada su prenda al corazon ;  
Y desprendido se soltaba al aire  
Cuando la gente en el salon entró.

Cuenta la historia que el audaz mancebo,  
Como en Madrid tan nuevo,  
Corrió dos ó tres calles sin destino ;  
Y huyendo acá y allá y á la ventura,  
Sólo se halló, y en una calle oscura  
Al saltar del balcon perdido el tino.  
Y luego se asegura,  
Y mira alrededor si alguien le sigue,  
Y tranquilo prosigue,  
Mas sin saber á dónde, su camino.  
Iba despacio andando.

Súbito hirió su oído  
La bulla y bailoteo  
De una cercana casa, y al ruido  
Dirigió nuestro héroe su paseo.  
Rumor de gente y música se oía  
Y voces en confusa algarabía,  
Y al estrépito alegre se juntaba  
Choque gentil de vasos y botellas ;  
Y al són de la guitarra acompañaba  
Alguno que cantaba,

Y con lascivos movimientos ellas.  
Dió la vuelta á la esquina,  
Y en la casa del baile y la jarana  
Vió con sorpresa que á calmar no atina  
De par en par abierta una ventana;  
Y en una estancia solitaria y triste,  
Entre dos hachas de amarilla cera,  
Un fúnebre ataud, y en él tendida  
Una jóven sin vida,  
Que aun en la muerte interesante era.  
Sobre su rostro del dolor la huella  
Honda grabado habia  
Doliente el alma al arrancarse de ella  
En su congoja y última agonía.  
Y allí, cual rosa que pisó el villano,  
Y de barro manchó su planta impura,  
Marcada está la mano  
Que la robó su aroma y su frescura.  
Una mujer la vela,  
Vieja la pobre; y llora dolorida  
Junto al cadáver; y volverla anhela  
Con besos á la vida.  
Y ora llorando olvida  
Hasta el estruendo y fiesta bulliciosa,  
Que á alterar de la estancia dolorosa  
La lúgubre paz viene;  
Y en darla dulces nombres cariñosa,  
Y en besar á la muerte se entretiene.  
Y á veces abren súbito la puerta  
Que adentro lleva adonde suena danza,  
Y sin respecto y de tropel se lanza  
Un escuadron de mozos, que á la muerta  
Con impureza loca contemplando,  
Búrlanse de la vieja, profanando,  
Con torpes agudezas la sombría

Misera imágen de la muerte fria.  
Y allí es de ver, la vieja codiciosa  
En medio de su amarga  
Y sincera afliccion, cual la rugosa  
Mano al dinero alarga,  
Y á los mozos impíos  
Les llama entre sollozos *hijos míos*;  
Y de llorar ya rojos  
Enjuga en tanto sus hinchados ojos;  
Y entre suspiros mil echa su cuenta,  
Y luégo se lamenta  
De nuevo, y á su mísero quebranto  
Volviendo la infeliz, vuelve á su llanto.  
Y en tanto, alegre suena  
En la cercana sala el vocerío,  
La danza, el canto y bacanal faena,  
Regocijo, guitarra y desvarío.  
Miraba Adán escena tan extraña  
Con piadoso interes desde la reja,  
Y á la cuitada vieja,  
Que en agradar sus huéspedes se amaña,  
A par que en llanto de amargura baña.  
El cadáver aquel, que parecia  
Que con toda su alma lo queria.  
Y el baile y la alegría  
De la cercana estancia le admiraba,  
Y el bullicioso y placentero ruido  
Que confuso llegaba  
A mezclarse á deshora á su gemido.  
Y de saber y averiguar curioso  
El caso doloroso  
Que unos celebran tanto,  
Con tan amargo llanto,  
Llamó luégo á la puerta, y desfadada  
Una moza le abrió toda escotada,

El traje descompuesto,  
Con desgarrado modo y deshonesto.  
Y entró en un cuarto donde vió á una mesa  
Entre la niebla espesa  
Del humo de cigarros medio envueltos,  
Seis hombres asentados  
Con otras tantas mozas acoplados  
En liviana postura,  
Que beben y alborotan á porfía;  
Y aquel el vaso apura,  
Y el otro canta, y en inmunda orgía,  
Con loco desatino  
Al aire arrojan vasos y botellas,  
Ellos gritando y en desórden ellas,  
Y con semblantes que acalora el vino.  
Y aquel perdido el tino  
Tiéndese allí en el suelo;  
Y éste, bailando con la moza á vuelo,  
A las vueltas que traen  
Tropezando en su cuerpo de repente,  
Ella y él juntamente  
Sobre él riendo á carcajadas caen.  
Bebe tranquilo aquél; disputan otros,  
Brincan aquéllos como ardientes potros  
Que roto el freno por los campos botan;  
Y mientras todos juntos alborotan,  
Alguno con el juicio ya perdido  
Murmura en un rincón medio dormido.  
Solicita una moza al forastero  
Llegóse, y preguntóle que quería,  
Llamándole buen mozo lo primero.  
— «Quisiera yo, alma mía,  
Adan le respondió, si se me deja,  
Ver á esa pobre vieja  
Que está en ese aposento

Velando á la difunta.» — «¡ Ah, es su hija!  
A las seis se murió; buen sentimiento  
Nos ha dado la pobre, era una rosa:  
¡Todas nosotras la queríamos tanto!  
Dios la tenga consigo: ¡tan hermosa,  
Y ahora muerta! Vea usted, ¡pobre Lucía!  
Razon tiene en llorar doña María.  
Entre usted por aquí.» — Y abrió una puerta,  
Y hallóse Adan con la afligida madre,  
Y el cadáver miró, y á hablar no acierta:  
Reina siempre en redor del cuerpo muerto  
Una tan honda soledad y olvido,  
Tan inmensa orfandad, allí tendido  
Desamparado ya del trato humano,  
Sin voluntad, sin voz, sin movimiento,  
Que en vano el pensamiento  
Presume ahondar tan misterioso arcano,  
Y recogido su ambicioso giro  
Pliégame al corazón que ahoga un suspiro.  
Miraba Adan, miraba los despojos  
De aquella un tiempo que animó la vida,  
Sobre el cadáver los inmóviles ojos,  
Y el alma con angustia y dolorida:  
Y turbia y embebida  
La mente, contemplándola allí atento,  
Embargó sus sentidos  
Un mudo inexplicable sentimiento  
En el vacío del no ser perdidos.  
Y olvidó donde estaba,  
Parado y aturdido el pensamiento,  
Y miraba y callaba  
Sin hacer ademán ni movimiento,  
Mas que de cuando en cuando suspiraba.  
Rompió el silencio la angustiada vieja  
Con lastimada voz y entre quebrantos,

Que encuentra eco á su doliente queja  
Y halla un consuelo entre pesares tantos,  
Viendo al mancebo aquel desconocido  
Lloroso como ella y dolorido.

— «¡Véala usted, señor, cuando cumplia  
Apénas quince años!... ¡Hija mia!»

— «Buena mujer, repuso con ternura  
Volviendo Adan en sí de su letargo,  
¿Cómo en tanta tristura,

En tanto duelo y sentimiento amargo,  
Permitis ese estrépito á deshora,  
Y danza y bulla tanta,

Mientras dolor tan íntimo quebranta  
Vuestro llagado corazon que llora?»

— «¡Ay, respondió la vieja desolada,  
Vivo de eso, señor; no tienen nada

Que hacer esos señores  
Conmigo y mis dolores.

Vivan ellos allá con sus placeres,  
Y mientras besan el ardiente seno  
De esas locas mujeres,

Yo, con el corazon de angustias lleno,  
Beso aquí solitaria en mi agonía  
La boca de mi hija muda y fria.

¡Hija mia, hija mia!

¡Ah! ¡para el mundo demasiado buena!

¡Dios te llevó consigo!

Mas es dura mi pena,

Y cruel, aunque justo, mi castigo.»

Dijo: y rompió con tan amargo llanto,

Que la voz le robó su sentimiento,

Y en su mortal quebranto,

Convertido en sollozo su lamento,

El llanto, que hilo á hilo le caia,

Por sus mejillas pálidas corria,

— «Yo, buena madre, ignoro,  
Nuevo en el mundo aún, lo que es la muerte,  
Adan le respondió; pero ¿quién pudo  
Arrebatár sañudo

La que fué vuestro encanto, de esa suerte?  
¡Será imposible ya darla la vida!

La antorcha ahora encendida,  
Si la apaga mi soplo de repente,

Juntándola otra luz resplandeciente

Torna al punto á alumbrar; y aquella llama,  
Que en la existencia de esa niña ardia.

¿No hay otra luz que renovarla pueda?

¿Acaso inmóvil para siempre y fria

Con el aliento de la muerte queda?

Vos sois pobre tal vez... ¡Ah! Con dixero

Quizá se compre; débil y afligida,

Los muchos años vuestro ardor primero

Gastaron, y el elixir de la vida

Se halla léjos de aquí... Decidme dónde;

Decidme dó se esconde,

Y yo allá volaré; sí, yo un tesoro

Robaré al mundo y compraré la vida,

Y la apagada luz, luego encendida

Veréis brillar, y enjugaré ese lloro,

Volviendo al mundo la que os fué querida.

¿Dónde, decidme, encontraré yo fuego

Que haga á esos ojos recobrar su ardor?

¿Dónde las aguas cuyo fértil riego

Levante fresca la marchita flor?»—

Dijo así Adan con entusiasmo tanto,

Con tan profunda fe, con tanto celo,

Que la vieja, á pesar de su quebranto,

Alzó á él los ojos con curioso anhelo.

— «¡Pobre mozo! ¡delira!

Si comprar esa vida se pudiera,

Esta vieja infeliz, que yerta miras,  
Por una hora siquiera,  
Por un solo momento  
De ver abrir los ojos celestiales,  
Y otra vez escuchar el dulce acento  
De la hija querida de su alma,  
¿Qué puedes figurarte que no haría?  
¿Qué crimen, qué castigo  
Por recobrarla yo no arrostraría,  
Y otra vez verla palpar conmigo?  
¿Sabes tú que una hija es un pedazo  
De las entrañas mismas de su madre?  
Por un beso no más, por un abrazo,  
Y morirme despues, el mundo entero  
Pidiendo una limosna correría:  
Y con los piés desnudos y millanto  
Piedras enterneciera en mi quebranto,  
Y al mundo mi dolor lastimaría.  
¡Oh! ¡que del alma mía,  
Pobre Lucía, te arrancó la muerte,  
Y el corazon contigo de mi pecho  
Arrancó de esa suerte,  
A tantos males y aflicciones hecho!  
¡Hora fatal, maldita  
Por siempre la hora aquella  
Que el hombre aquel te contempló tan bella!!!  
¡El Señor me la dió y él me la quita!  
¡Cómo ha de ser!!! »—Y el corazon partido,  
Secos los ojos, exhaló un gemido.  
En remolinos mil su pensamiento  
Vagando Adan por su cabeza siente,  
Que no acierta á explicarse el sentimiento  
Que á par que el corazon turba su mente.  
«El Señor me la dió y él me la quita!»  
Repite luego en su delirio insano,

Y penetrar tan insondable arcano  
Su mente embarga y su ansiedad irrita.  
El Dios, ese que habita  
Omnipotente en la region del cielo,  
¿Quién es, que inunda á veces de alegría,  
Y otras veces cruel con mano impia  
Llena de angustia y de dolor el suelo?  
Nombrar le oye doquiera,  
Y á todas horas el mortal le invoca,  
Ora con ruego ó queja lastimera,  
Ora tambien con maldiciente boca.  
Tal devanaba Adan su pensamiento  
Que en vano ansioso comprender desea,  
Y en medio al rudo afan que le marea,  
Los hombros encogió. Dudas sin cuento,  
De su ignorancia y su candor nacidas,  
No del alma lloradas y sentidas,  
Sueños de su confuso entendimiento  
Su mente asaltan, y por vez primera  
Adan súbito siente,  
Volar queriendo, sin saber adonde,  
Del corazon ardiente  
La perpétua ansiedad que en él se esconde.  
—«¿Cómo en vuestro dolor, dijo inocente,  
Madre infeliz, la cana cabellera  
Tendida al aire, y los quemados ojos  
Con muestra lastimera  
Y bañados de lágrimas, de hinojos  
No os postrais ante Dios? ¡Ah! si él os viera,  
Desdichada, á sus piés, cual yo á los míos,  
Y los ojos de lágrimas dos rios,  
Y ese del corazon hondo lamento  
De amarga y melancólica querella  
Oyera, y el profundo sentimiento  
Que en esa seca faz marcó su huella

Y en vuestro corazon fijó su asiento,  
Contemplára cual yo: ¿ por qué á la rosa  
Que súbito secó ráfaga impura  
No renovára su color hermosa,  
Y volviera su aroma y su frescura?  
Desdichada mujer, ¡oh! vén conmigo,  
Juntos lloremos á sus piés tus penas:  
El nos dará su bondadoso abrigo.  
A la fuente volemos,  
Eterno manantial de eterna vida;  
Y la rica simiente allí escondida  
Juntos recogerémos.  
Seca, buena mujer, tu inútil llanto,  
Vuélvate la esperanza tu energía,  
Y el cuadro de tu mísero quebranto,  
Soledad y agonía  
Muestra á ese Dios, y con humildé ruego  
Que no será, confía,  
Sordo á tus quejas, ni á tu llanto ciego.» —  
La vieja en tanto levantó los ojos  
Al techo, y murmuró luégo entre dientes  
Quizá sordas palabras maldicientes.  
O quizá una oracion; que el más sufrido  
Suele echar en olvido  
A veces la paciencia y darse al diablo,  
Y usar por desahogo,  
Refunfuñando como perro dogo,  
De algun blasfemador rudo vocablo;  
Mas todo se compone  
Con un «Dios me perdone»;  
Que así mil veces yo salí del paso,  
Si falto de paciencia juré acaso;  
Y cierto, vive Dios, si no jurára,  
Que el diablo me llevará;  
Que cuando ahoga el pecho un sentimiento

Y el ánimo se achica, por que crezca,  
Y el corazon se ensanche y se engrandezca  
No hay suspiro mejor que un juramento;  
Y aún es mejor remedio  
Para librar el tedio,  
Mezclarlo con humildes oraciones,  
Como al són blando de acordada lira  
La voz de melancólicas canciones,  
Confundida suspira;  
Y así tambien se dobla la esperanza,  
Que adonde falta Dios el diablo alcanza.  
Yo á cada cual en su costumbre dejo,  
Que á na.lie doy consejo;  
Y así como el placer y la tristeza  
Mezclados vagan por el ancho mundo,  
Y en su cauce profundo  
A un tiempo arrastran flores y maleza;  
Así suelen tambien mezclarse á veces  
Maldiciones y preces;  
Y yo tan sólo lo que observo cuento,  
Y á fe no es culpa mia  
Que la gente sea impía  
Y mezcle á una oracion un juramento.  
Testigo aquella vieja  
De la antigua conseja  
Que á San Miguel dos velas le ponía,  
Y dos al diablo que á sus piés estaba,  
Por si el uno faltaba,  
Que remediase el otro su agonía.  
Mas juro, vive Dios, que estoy cansado  
Ya de seguir á un pensamiento atado,  
Y referir mi historia de seguida,  
Sin darme á mis queridas digresiones,  
Y sábias reflexiones  
Verter de cuando en cuando; y estoy hartó

De tanta gravedad, lisura y tino  
Con que mi historia ensarto.  
¡Oh, cómo cansa el orden! No hay locura  
Igual á la del lógico severo;  
Y aquí renegar quiero  
De la literatura,  
Y de aquellos que buscan proporciones  
En la humana figura,  
Y miden á compás sus perfecciones.  
¿La música no oís y la armonía  
Del mundo, donde el apacible ruido  
Del viento entre los árboles y flores  
Se oye y la voz del agua y melodía,  
Y del grillo y las ranas el chirrido,  
Yal dulce ruiseñor cantando amores,  
Y las de mil colores  
Nubes blancas y azules y de oro,  
Que el cielo á trechos pintan?  
¿La blanca luna, el estrellado coro  
No veis, y negras sombras á lo léjos  
Y entre luz y tinieblas confundidos  
El horizonte terminar perdidos  
Negros velos y espléndidos reflejos?  
Y la noche y la aurora...  
Pues entonces... Mas basta, que yo ahora  
Del rezo ó juramento  
Que allá entre dientes pronunció la vieja,  
Así como el que deja  
Senda escabrosa que acabó su aliento,  
Al llegar á este punto me prevalgo,  
Y de este canto y de su historia salgo.

FIN DEL POEMA.

UEV

OTEC